

Rita Black

Comenzar de nuevo

Roman Lectulandia

Comenzar de nuevo

Rita Black

A mi madre

NOTA EDITORIAL

Selección BdB es un sello editorial que no tiene fronteras. Es por eso que en esta novela que está escrita por una autora latina, en este caso mexicana, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedas darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

CAPÍTULO 1

Nataly miró su teléfono móvil con preocupación; tenía ocho llamadas perdidas de Max.

Sabía que esas alturas él estaría furioso, pero no había podido atenderlo, porque la intervención que tenía programada para esa mañana se había complicado y se prolongó más de lo previsto. Marcó de prisa el número que aparecía insistentemente en su pantalla y esperó:

—¿Se puede saber por qué rayos no me habías contestado? Debiste salir del quirófano hace horas. —Max ni siquiera alzó la voz, pero no hizo falta, ella podía notar el enojo en su tono engañosamente suave.

—La operación se complicó, el chico tiene un problema cardiaco que no habíamos detectado...

—Siempre hay complicaciones, siempre hay imprevistos —la interrumpió él sin miramientos.

—¿Y para qué me necesitas? ¿Qué es más urgente que mi trabajo? —le espetó ella, también molesta por el tono de él.

—Estoy en el banco, esperándote desde hace una hora, para firmar los papeles de la casa.

«Doctora Hoffman, se la solicita en pediatría. Doctora Hoffman, se la solicita en pediatría». El llamado en el altavoz ocupó toda la atención de Nataly, que no escuchó el resto de la explicación de Max.

—Me están llamado, tengo que dejarte. Te llamaré en cuanto pueda. —Y colgó antes de escuchar siquiera el inicio del acalorado sermón de su esposo.

Abrió la puerta sigilosamente, tratando de hacer el menor ruido posible. Todo estaba a oscuras y tenía la recóndita esperanza de que Max aún no hubiera llegado, o tal vez, que ya estuviera dormido. Pero sus ruegos no fueron escuchados, y tan pronto

cerró la puerta oyó el crujir de piel del sofá favorito de Max.

—El ejecutivo y el abogado estuvieron esperándonos por dos horas y media para firmar los papeles, y tú nunca apareciste. —Su voz ronca erizó la piel a Nataly.

Sabía que su aparente tranquilidad era el preludio de la tempestad.

—No pude llegar, discúlpame. Hubo un accidente en una escuela, y pediatría estuvo de locos.

En la penumbra alcanzó a ver que Max se frotaba la cara con una mano, en un ademán de enorme cansancio.

—Siempre hay un accidente, siempre hay una cirugía que se complica, siempre una emergencia o una junta con la directiva. Siempre estás tan ocupada, Nataly. No sé cómo podremos seguir así si tú siempre estás trabajando. —Ahora sí elevó un poco la voz, pero Nataly pudo ver que aún se estaba controlando.

—¿Qué quieres que haga? Así es mi trabajo.

—Ya te lo dije, no tienes que trabajar, yo puedo perfectamente cubrir todas tus necesidades sin ningún problema. ¿Quieres ropa, quieres autos, quieres viajar? —Había dejado el sofá y ahora estaba parado frente a ella—. Yo puedo dártelos.

Dio un paso y Nataly sintió que el corazón se le aceleró. Siempre que Max tocaba ese tema era motivo de peleas antológicas.

—No se trata de eso, y tú lo sabes. Amo mi trabajo. Me conociste así, sabías a lo que me dedico, no sé por qué ahora tienes que poner tantos reparos en ello.

—¡Porque tu trabajo está acabando con nuestro matrimonio!

Nataly se estremeció al escucharlo gritar.

—Prácticamente no nos vemos, no puedo contar contigo para nada, tengo que hacerlo todo yo solo. Ni siquiera te has dado el tiempo para que tengamos un hijo.

Bien, ahí estaba, el tópico inevitable: los hijos. Nataly siempre había pensado que no era precisamente maternal, pero no le desagradaba la idea de tener hijos. Sin embargo, siempre había dado prioridad a su carrera. Los hijos llegarían en su momento, en el momento perfecto... pero el tiempo corría, tenía 30 años y aún no encontraba ese «momento perfecto».

Max la había estado presionando al respecto desde hacía años, y cada vez era más insistente.

Y por otro lado estaban sus celos, esos celos que a veces, le parecía, rayaban en la obsesión. Sabía que él detestaba a sus compañeros de trabajo porque en todos creía ver la inevitable intención de seducirla. Más de una vez le había armado un escándalo por haberla encontrado en la cafetería o en los pasillos del hospital charlando alegremente con uno o varios compañeros de trabajo.

Cierto que Nataly tenía una manera de ser muy jovial, pero ella jamás le habría sido

infiel: creía fervientemente en la fidelidad, basada en el amor, el compromiso y la lealtad por convicción, tanto que, estaba segura, si algún vez cometiera una estupidez como esa, jamás podría volver a mirar a Max a la cara.

Al último reproche de su esposo no supo qué contestar. Estaba cansada de su larga jornada de trabajo, pero, sobre todo, de esa discusión que se repetía una y otra vez.

—¿Sabes qué? Discutiremos esto en la mañana, en este momento estoy exhausta. —Pasó cerca de él para dirigirse a las escaleras, rumbo a la habitación, pero Max se lo impidió; la tomó del brazo y la obligó a mirarlo.

—Lo vamos a discutir ahora, y lo vamos a resolver de una vez por todas.

—No creo que venga al caso discutirlo ahora, Max. Estás alterado, y así no llegaremos a ninguna parte. —En ese punto ella temía perder el control de sus emociones.

—Lo vamos a discutir ahora —enfaticó él mirándola a los ojos—. Tenemos que llegar a un arreglo, Nataly, esto no puede continuar así. Yo quiero tener hijos, quiero una esposa, no un fantasma que entra y sale de la casa a deshoras y que tiene cosas mucho más importantes que hacer que estar conmigo. —Para entonces ya la tomaba de ambos brazos, y Nataly no podía esquivar la fuerza de su mirada.

Aunque le costara mucho admitirlo en voz alta, tuvo que reconocer que la razón asistía a Max en mucho de lo que decía. Su trabajo era muy demandante, con mucha frecuencia tenía que quedarse después de su turno debido a emergencias o a guardias de última hora. Max había sido muy paciente al principio, pero debía aceptar que ya llevaban varios años con ese ritmo, y estaba empezando a resultar cansado y tedioso, y no solo para él, aunque le costara admitirlo.

Pero amaba su trabajo, la fascinaba la medicina, y le encantaba dedicarse a los niños. Max le había echado en cara en diversas ocasiones el que fuera pediatra precisamente, pero no se diera el tiempo para tener sus propios hijos.

—¿Y cuál es ese arreglo al que quieres llegar? ¿Que deje mi trabajo? Sabes bien que no lo haré.

—¡Sí lo harás! Dejarás el hospital y te dedicarás a tu familia.

Ella se revolvió un poco y Max, que quería mostrarse flexible, la soltó.

—Puedes tener tu consulta privada, poner tus propios horarios. Sabes que yo estaré encantado de ayudarte si quieres tener tu propia clínica, solo te pido que tengas horarios fijos para tu trabajo, y que dediques tiempo a nuestro hogar.

—Sabes que eso no es tan fácil. Y no creo que nuestro hogar esté desatendido —dijo ella en su defensa.

—No es fácil porque tú no quieres que lo sea. —Aspiró profundo, tratando de calmarse—. No quieres dejar el hospital, y no entiendo por qué. Siempre dices que

mis celos son irracionales, pero a veces pienso que no quieres irte porque tienes un amante.

—¡Tú sabes que eso no es cierto! ¡Jamás podría engañarte!

—¡Yo no sé nada, Nataly! Pasas hasta 30 horas seguidas en el hospital, en ese tiempo yo no puedo saber lo que haces o con quién.

Ambos se miraban con los ojos en llamas. Max, por la impotencia, y Nataly, porque no sabía qué responder a los reproches de su esposo. Respiró profundo. Estaba demasiado cansada, no solo físicamente.

—Es obvio que no vamos a llegar a ninguna parte con esta discusión. Hablaremos cuando ambos estemos más tranquilos. —Hizo ademán de dirigirse a las escaleras, rumbo a la habitación.

El apretó el mentón, en un último esfuerzo por contener su frustración.

—Mañana presentarás tu renuncia...

—No voy a renunciar...

—¡Mañana presentarás tu renuncia, o me encargaré de que sea el mismo hospital el que haga que te vayas!

—¿Y qué vas a hacer? ¿Utilizarás tus influencias? ¿Vas a amenazarlos para que me despidan? ¿Esa es tu manera de resolver esto?

—Haré lo que sea necesario, pero esto no puede seguir así.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? ¿De verdad serías capaz de obligarme a dejar mi trabajo? —A pesar de que Max le había pedido muchas veces que dejara el hospital, no podía dar crédito a su última advertencia.

Él aspiró profundo y se pasó una mano por el rostro, evidenciando lo cansado que se sentía.

—¿Acaso no ves que es por el bien de nuestro matrimonio? Ojalá fueras más razonable, Nataly. Por supuesto que no querría forzarte a hacer algo que no desees, pero tienes que reconocer que estás siendo egoísta e intransigente.

—¿Intransigente? —Cerró la boca de pronto, pues no hallaba las palabras adecuadas para expresar su indignación—. Solo te diré una cosa: si te atreves a hacer que me echen, me iré, ¿me oyes? —La voz le temblaba por la ira.

Él dio un paso hacia ella, consternado, pero Nataly no podía ver su dolor. Se sentía completamente indignada por la sola idea de que Max la forzara a dejar su trabajo.

—Solamente quiero que estemos juntos, Nataly, que tengamos una familia completa, ¿acaso es eso tan malo?

—No es malo, en absoluto, pero la forma en que quieres lograrlo sí lo es. Soy una persona independiente, Max. Tengo una carrera, a la que he dedicado mi vida. Ya te he dicho que tendremos hijos, pero tienes que darme tiempo. ¿No te das cuenta de

que no puedes controlar cada aspecto de mí y de mi vida?

—¡No pretendo controlarte!

—¡Por supuesto que sí! Quieres controlar mi trabajo, mis horarios, mis amistades. ¿Es que no confías en mí?

Max se la quedó mirando. Tuvo que reconocer que, definitivamente, no sabía cómo responder a ese último cuestionamiento. ¿Confiaba en Nataly? Sí, claro que sí, sabía que era una mujer íntegra, entregada y maravillosa, pero desconfiaba del mundo. ¡Sabía que eso era absurdo! Pero no podía evitarlo, la amaba demasiado.

Cuando se casaron pensó que, aunque ella era una joven y exitosa doctora, pasarían juntos mucho tiempo, construirían un hogar, tendrían una familia. Pero pronto las exigencias del trabajo de su esposa se convirtieron en una variable no deseada en la ecuación.

—Solo te estoy pidiendo que dediques más tiempo a nuestra relación, Nataly, eso es todo. Tienes que reconocer que he sido muy tolerante hasta ahora.

Sin poder evitarlo, ella puso los ojos en blanco. Ya habían discutido eso, más veces de lo que podía y quería recordar. Al mismo tiempo, se sentía dolida, pues él no había podido admitir siquiera que no confiaba en ella. Se dirigió a la escalera.

—Esta discusión no tiene sentido. Me voy a dormir.

Max pensó correr tras ella, pero lo dominó su frustración. Se sintió humillado por la forma en que ella se retiró, como si sus argumentos no tuvieran ninguna importancia para ella. Sintió que Nataly ya había decidido cuál quería que fuera el curso de su vida, y él no estaba incluido.

No quiso seguirla a la habitación. Se instaló en el sofá de su estudio, y ahí se quedó, dando vueltas, toda la noche.

CAPITULO 2

Cuando bajó a desayunar, Max ya se había ido.

Aunque lo había esperado durante un rato muy largo, él no había aparecido en su dormitorio la noche anterior. Nunca habían dormido en habitaciones diferentes y, aunque estaba molesta con él, lo había extrañado terriblemente. Además, el que hubiera decidido pasar la noche en otra parte de la casa solo significaba que estaba tan molesto que no podía soportar su presencia, mucho menos en su cama.

Al no verlo por la mañana sintió una mezcla de alivio y gran parte de decepción. Había pensado proponerle que esa noche fueran a cenar y hablaran del asunto como personas civilizadas. Pero era obvio que él no quería verla y se había marchado muy temprano.

Tratando de mantener la serenidad desayunó, luego se duchó, descansó un rato, y luego se preparó para ir al hospital. «Al menos el trabajo me distraerá» pensó, con cierta ironía.

Al llegar al hospital se dirigió a su casillero, se cambió de ropa y luego fue hacia al área de pediatría, que ese día estaba inusitadamente tranquila.

Iba a salir rumbo a la cafetería cuando la enfermera Walker la abordó:

—Doctora Hoffman, el doctor Penn quiere verla en su oficina.

Nataly no tenía la menor idea de cuál sería el motivo por el que el director del hospital querría hablar con ella.

—Buen día, doctor Penn. ¿Quería verme?

El médico se levantó al verla entrar. Asintió en silencio, y a ella le pareció que su gesto era de preocupación, pero no estaba segura.

—Siéntese, por favor, doctora.

Ella obedeció. Una idea se encendió en su mente, pero pensó que estaba siendo alarmista.

El doctor Penn se acercó a su escritorio y apoyó los codos en el borde.

—Doctora, usted sabe que se le valora mucho en este hospital, es un excelente elemento, preparada y dedicada. —Hizo una pausa, como si no supiera cómo continuar—. Es por ello que lo que voy a decirle me cuesta mucho trabajo, créame.

En ese momento, Nataly tuvo una revelación. Se puso tensa y miró al doctor Penn a los ojos, instándolo a continuar y terminar de una vez por todas con ese trance.

—Por decisión de la junta directiva, cuyas razones no me fueron informadas, me veo en la penosa necesidad de prescindir de sus servicios, doctora. Créame, siento tener que darle esta noticia, y me duele perder a un elemento tan valioso como usted, pero las decisiones ejecutivas en muchas ocasiones resultan incomprensibles.

Nataly sintió que su rostro se encendió, y por unos segundos no dijo nada. Así que Max había cumplido su amenaza, después de todo. Estaba indignada y humillada, pero, sobre todo, estupefacta, no podía creer que su esposo realmente hubiera utilizado sus contactos para dejarla sin trabajo.

Se puso en pie repentinamente y le dio la mano a Penn en señal de despedida.

—Gracias, doctor. Ha sido un privilegio trabajar con usted.

Él se la estrechó con fuerza y mirándola a los ojos le dijo:

—Créame que en verdad me apena perderla. Si necesita cualquier cosa, una recomendación o lo que sea, no dude en llamarme. Estaré encantado de apoyarla.

Ella sonrió tristemente, en un esfuerzo sobrehumano para contener las lágrimas.

Se dirigió de nuevo a su taquilla para recoger sus cosas. Por fortuna en el lugar no había nadie, pero a pesar de ello no se atrevió a dar rienda suelta a todas las emociones que la invadían.

Ni siquiera tuvo el valor de despedirse de sus compañeros en el área de pediatría ni de las enfermeras. Se sentía derrotada y humillada.

Subió a su automóvil, pero se quedó ahí, frente al volante, durante un rato muy largo, en shock. ¿Qué haría? ¿A dónde iría? Le había dicho a Max que lo dejaría si se atrevía a amenazar su trabajo, y aún así lo había hecho. ¿Qué seguiría? Sintió náuseas solo de pensarlo. Estaba furiosa.

Encendió el auto y empezó a manejar sin rumbo fijo; en una calle solitaria se detuvo y siguió pensando. Se dijo a sí misma que había puesto todo de su parte para que su matrimonio funcionara, había tratado de dividirse entre su trabajo y su esposo para dar a ambos el tiempo y la dedicación que merecían. Había tratado de llegar a un acuerdo con Max, pero él no la había comprendido. ¡Era tan egoísta!

Casi sin darse cuenta empezó a llorar.

Pasó mucho tiempo antes de que pudiera recobrar la compostura.

Estaba tan enfadada que ni siquiera quiso volver a su casa. Se dirigió a la oficina de

Max. Estaba furiosa y sabía que seguramente no tendría total control de sus palabras, pero tenía que verlo y escupirle en la cara su resentimiento por lo que acababa de hacerle.

Sabía que Max tenía los contactos suficientes para hacer algo así, tenía mucho dinero y demasiados amigos influyentes, y era muy probable que hubiera empleado ambos para sabotearla.

No le dio tiempo a Susan, la asistente de Max, de anunciarla, entró como un torbellino a la oficina de su esposo, donde él sostenía una videoconferencia con alguno de sus socios.

—Te llamaré más tarde —le dijo a su interlocutor tan pronto la vio entrar.

Se puso en pie para recibirla. Por supuesto que sabía con certeza cuál era el motivo de su visita.

—Supongo que ya estarás satisfecho —le soltó a bocajarro, roja de ira y con voz trémula.

Max se irguió, tenso.

—No, no estoy satisfecho, pero no me dejaste otra opción.

—¿Otra opción? —gritó, interrumpiéndolo—. ¡Por favor, Max, hiciste que me despidieran!

—Yo traté de razonar contigo, fuiste tú quien no quiso hacer nada para solucionar nuestros problemas.

—¡Me pedías que dejara mi trabajo! —protestó ella con los puños apretados.

—¿Y era mucho pedir? —Él dejó su lugar detrás del escritorio y se dirigió hacia ella—. Ya tuvimos esta discusión, Nataly, por favor. Te he dado opciones, puedes tener tu propia clínica si así lo quieres. —Hizo ademán de tomarla del brazo, pretendía ser más conciliador, pero ella se apartó bruscamente.

—Sí, ya tuvimos esta discusión, y yo te advertí lo que haría si te atrevías a meterte con mi trabajo.

—No permitiré que te vayas. —Ahora sí parecía molesto, aunque en realidad estaba alarmado.

No podía concebir la idea de perder a su mujer, pero tampoco podía entender que el enojo de Nataly no fuera únicamente por su trabajo.

—No te das cuenta, Max, ya es bastante malo que me presiones, pero que me sabotees en mi carrera... Simplemente no puedo tolerarlo.

—Ya te dije que yo no pretendo controlarte —se defendió él, pero se detuvo porque, no tan en el fondo, sabía que ella tenía razón al suponer eso.

—Esto no tiene remedio —dijo ella, más para sí que para él, mientras avanzaba hacia la puerta sin darse la vuelta.

—Nataly, por favor, tenemos que...

—No, no, por favor. —Ella lo detuvo con un ademán de la mano—. En este momento no puedo hablar contigo.

Max salió tras ella, pero tuvo que dejarla ir porque Susan le anunció que lo esperaban unos socios en la sala de juntas.

Quiso tranquilizarse pensando que Nataly se dirigiría a casa y pensaría las cosas con más calma. Había cedido a un arrebato cegador cuando habló con el presidente de la junta directiva del hospital, el señor McFarland, pero ahora no estaba seguro de que hubiera tomado la mejor determinación.

Nataly le había advertido que se marcharía si hacía algo así, pero en su momento pensó que era solamente un tipo de chantaje. ¿Sería capaz, realmente, de dejarlo? ¿En qué estaba pensando cuando cedió, cegado por su frustración, a hacer algo como eso?

CAPITULO 3

No tardó más de 10 minutos en llenar dos maletas con casi toda su ropa, unos cuantos zapatos, sus cosméticos y el dinero que guardaba en un abrigo viejo, y se dirigió a su coche.

Max le había preguntado hacía poco si ya no lo amaba. No quería pensar en eso, pero era inevitable. Llegó a la conclusión de que sí lo amaba. Si tuviera que explicar por qué, tal vez no pudiera, pero lo amaba.

Recordaba cuando su amor era nuevo, la forma en la que los brazos de Max la confortaban, le daban una seguridad tan maravillosa que la hacía desear no dejarlos nunca. La manera como la miraba, como si ella fuera lo máspreciado del universo; su dulzura, su carisma, se seguridad...

¿En verdad era Max un hombre seguro? Ella habría creído que sí, pero ahora no podría decirlo. La noche anterior ni siquiera había podido decirle si confiaba en ella.

En ese momento lo único que sabía con certeza es que sentía la imperiosa necesidad de romper todo contacto con él: su relación se había vuelto completamente tóxica en el último año, y no podían continuar así.

Una avalancha de emociones encontradas llenaba su mente de ideas contradictorias.

Se dijo a sí misma que una mujer como ella, independiente, autosuficiente, segura de sí, exitosa, no podía dejar que un hombre, por mucho que lo amara, controlara sus acciones y su destino.

Las lágrimas acudieron a sus ojos nuevamente casi sin que lo advirtiera; salieron furtivas y de pronto se convirtieron en torrentes por sus mejillas. Se dio cuenta de que algo se había roto en su vida: la ilusión de una vida juntos, de un proyecto de vida compartido; todo lo que había planeado se había venido abajo.

Tuvo que orillarse a un costado de la calle porque las lágrimas y sus sollozos le impedían ver por dónde iba. Estuvo ahí mucho tiempo, hasta que finalmente se calmó. Inhaló aire profundamente y se forzó a continuar.

Su madre se sorprendió mucho cuando le abrió la puerta y la vio con dos enormes maletas a los costados y aspecto de haber estado llorando.

Nataly esperó a que estuvieran dentro y que su madre hubiera cerrado la puerta para

empezar a hablar.

—Dejé a Max, mamá —empezó con voz temblorosa.

Su madre se llevó las manos a la boca; sabía, por algunas cosas que Nataly alguna vez había dejado escapar, que ella y su esposo tenían problemas, pero no imaginaba que pudieran ser tan graves.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó.

—Hizo que me despidieran del hospital, mamá. —Esa frase lapidaria era para Nataly el epílogo de su relación con Max.

Había soportado sus celos y su afán controlador durante años, pero creía que había logrado mantenerlos a raya. Que él la manipulara de ese modo era algo que no podía soportar.

Sylvia hubiera querido decirle que Max solo quería darse la oportunidad de tener un hijo y cuidarlo como se debe, pero pensó que en ese momento Nataly no necesitaba un sermón, y mucho menos que ella abogara por Max. Lo que su hija necesitaba era que la escuchara, y que la apoyara. Sabía cuánto amaba su hija la medicina, y entendía perfectamente su enojo.

—Te quedarás con nosotros —afirmó, más que preguntar.

—Me quedaré por un tiempo, mamá, solo mientras encuentro un lugar para mí.

CAPITULO 4

Tal como lo había previsto, Max fue a buscarla inmediatamente a casa de sus padres. Sylvia y Dan le confirmaron que Nataly se encontraba ahí, pero fueron tajantes al decirle que ella no quería verlo.

A pesar de apoyar completamente a su hija, no podían dejar de sentirse conmovidos por la patente desesperación de Max; era obvio que deseaba más que nada hablar con Nataly y tratar de solucionar las cosas. Pero ninguno de los dos se atrevía a sugerirle que, al menos, hablara con él.

Max suplicó, imploró, y casi pidió perdón, sin saber exactamente por qué, pero la respuesta siempre era la misma: ella no quería verlo.

Solo en una ocasión tuvo la suerte de poder verla cuando ella salió de la casa para acudir a una entrevista de trabajo. Max llevaba dos horas esperándola fuera, y tan pronto la vio salir, se dirigió hacia ella. Nataly reaccionó como si hubiera visto a un fantasma, pero luego se repuso, dejándole claro que no deseaba verlo.

—Nataly, por favor, tenemos que hablar. Estoy totalmente arrepentido de lo que hice, no sabes lo mal que me siento. Te juro que no volverá a suceder, estoy dispuesto a hacer lo que tú quieras, pero, por favor, dame otra oportunidad, regresa conmigo.

Ella lo escuchaba, incrédula. Parecía tan sincero, tan arrepentido. Pero esas casi tres semanas que llevaba en casa de sus padres, lejos de él, de sus celos terribles, de las discusiones, le habían servido para recuperar una tranquilidad que había perdido hacía tiempo. Además, todavía estaba muy resentida con él, y temía que no podría perdonarlo.

Durante esas semanas había tenido mucho tiempo para reflexionar. Analizaba la situación, el comportamiento de Max, y no entendía qué era lo que le había pasado.

Al principio él parecía tan seguro de sí mismo, tan confiado. Pero, luego de casarse, empezó a llamarla al móvil con una frecuencia insana; le preguntaba qué estaba haciendo y con quién estaba.

Sin que ella se diera cuenta al principio, le había sonsacado infinidad de detalles acerca de sus compañeros de trabajo, especialmente de los hombres, y en varias ocasiones le hizo verdaderas escenas al pasar por ella al hospital sin avisarla y

encontrarla charlando con alguno de ellos.

A pesar de que en los últimos dos o tres años había sopesado las posibles soluciones a sus problemas conyugales, no se le había pasado por la mente la idea de abandonar a Max. Él era el hombre del que se había enamorado, al que amaba, y con el que había planeado pasar el resto de su vida. A pesar de sus defectos, ella lo admiraba por su inteligencia, su tenacidad, su aplomo, y por tantas otras cualidades que le costaba enumerar.

Pero él había traspasado los límites, había llevado demasiado lejos su deseo de someterla al tipo de vida que él deseaba, y ella no era la clase de mujer sumisa que espera que su hombre la fastidie hasta el fondo.

—Max, creo que lo mejor que podemos hacer en este momento es darnos un tiempo, alejarnos uno del otro para pensar con claridad.

Él palideció.

—¿Quieres dejarme definitivamente?

—Te estoy pidiendo tiempo. Nuestra relación se ha vuelto insana. Nos estamos haciendo daño mutuamente, y yo no quiero eso. Creo que ambos tenemos mucho en qué pensar.

Max guardó silencio.

—Tengo que irme —se despidió ella.

—Haré lo que sea, Nataly, lo que me pidas. Solo quiero que estemos juntos.

Ella no contestó, simplemente se alejó.

CAPITULO 5

—**D**octora Larsen, el doctor Petersen la está esperando en la sala de juntas.

Nataly bebió el último sorbo de su café antes de levantarse de la mesa en la sala de descanso.

—Gracias, doctor Colton, iré enseguida.

La reunión con el doctor Peterson, el director del hospital, no duró más de 20 minutos. Solamente tenían que ultimar los detalles para la compra de nuevo equipo médico de pediatría. Gracias a las gestiones de la propia Nataly y su jefe, el doctor Donaldson, el hospital había obtenido importantes recursos de los inversionistas para mejorar esa área.

—Me parece que antes de decidimos debemos ver qué nos ofrece *Ultimate Med Tech*, doctora Larsen. Los directivos vendrán pasado mañana para hacer una presentación de sus equipos y me parece que vale la pena esperarlos.

—Para mí la oferta de *Health Tech* es excelente doctor, pero si usted quiere ver a un último proveedor, no tengo ningún inconveniente.

Al salir de la sala de juntas Nataly miró su reloj; su guardia de 24 horas estaba a punto de terminar. Estaba ansiosa por volver a casa, darse un largo y relajante baño, pero, sobre todo, por ver a Natasha.

Tan pronto abrió la puerta de su departamento, la pequeña de rizos castaños y ojos azules corrió a colgarle los brazos al cuello.

—¡Mami, mami!

Aquella era la mejor parte del día.

Abrazó a su pequeña hija y le dio un sonoro beso en la mejilla. Cerró la puerta y se dirigió al comedor.

—Merryl, querida, debes estar exhausta —le dijo a su amiga, que estaba despatarrada en el sofá con aspecto de haber tenido una ardua jornada de trabajo.

Merryl asintió, sonriendo. Recogió su bolso y algunos juguetes de Natasha para acomodarlos sobre la mesa.

—¿Y bien? Dime qué has hecho en todo este tiempo que no te he visto. ¿Has hecho muchas travesuras? —preguntó a su hija.

Natasha soltó una risita pícaro y empezó a parlotear sobre su día en el jardín de niños, y luego en casa de Meryll.

—Michael mordió a Cynthia, mami, ¡le dejó el brazo de color púrpura! La señorita Swanson regañó a Michael, incluso lo llevó al rincón de los castigos, donde lo dejó ¡por horas! Para que aprenda la lección y no vuelva a morder a nadie.

—¡No me digas! —Nataly le prestaba toda su atención mientras se disponía a terminar de preparar la cena, que Meryll ya había dejado adelantada.

Cuando vio que su amiga se dirigía a la puerta, le preguntó:

—¿No te quedas a cenar?

Meryll sonrió, enigmática.

—No, lo siento. Tengo una cita.

Natasha y Nataly se miraron mutuamente con aire cómplice.

—Oh. No me digas. ¿Y quién es el afortunado?

Meryll se encogió de hombros, tratando de restar importancia al asunto.

—Es mi dentista.

—¡Vaya! Tu dentista, excelente, tendrás seguro dental gratis. Debes presentármelo.

Ambas soltaron una carcajada.

—Por favor, no te adelantes, apenas es nuestra segunda cita.

—Bien, no hay que apresurarnos. Diviértete.

—Gracias. Te veré mañana.

Nataly y Natasha cenaron alegremente, contándose cada una cómo había estado su día. Nataly no podía dejar de mirar a su hija y reír mientras la pequeña le contaba todas las cosas que le habían pasado, con esa vocecita aguda que contrastaba con sus ademanes y su vocabulario de persona mayor.

Aunque estaba muerta de cansancio y Natasha tenía que ir al jardín de niños al día siguiente, se quedaron un rato viendo la televisión después de cenar.

—Señorita, es hora de ir a la cama —dijo cuando terminó la película infantil que veían.

—Pero mami... —protestó la pequeña, bostezando.

—Sin «peros». Vamos, a lavarse los dientes y ponerse el pijama.

La pequeña obedeció de mala gana.

Veinte minutos después la niña estaba dormida y Nataly se fue a su habitación tras cerciorarse de que todo estaba en orden.

Estaba exhausta, así que no tardó en conciliar el sueño.

«Mi móvil suena: es el doctor Daniels. No entiendo lo que me dice, aunque sé que me habla de una cirugía que tenemos que hacer al día siguiente. Digo su nombre, y entonces me doy cuenta de que Max está detrás de mí; está furioso. 'Así que el doctor

Daniels es tu amante, ¿no?’ me espeta sin miramientos. Trato de negar, pero las palabras no salen de mi boca, trato de explicarle que no hay nada entre el doctor Daniels y yo, pero Max no escucha, solo me estrecha en sus brazos. ‘Nunca voy a dejarte escapar’. Sus palabras taladran mi mente y en ese momento grito de angustia...»

El grito que salió de su garganta en su sueño la despertó. Desconcertada, Nataly miró alrededor. «Estoy en mi recámara, en mi departamento» pensó, mientras su mente se recobraba de la impresión, y su respiración trataba de volver a la normalidad.

Odiaba soñar con Max, pero las imágenes de su esposo reprochándole por su trabajo, celándola, poblaban con frecuencia sus sueños.

Con el fin de calmarse se levantó a por un vaso de agua y luego intentó volver a dormir, aunque le costó bastante.

CAPITULO 6

—Entonces, ¿cómo te fue con tu dentista?

Nataly estaba recargada en la barra, del lado de la cocina, mientras Merryl, sentada en el lado opuesto, tomaba tranquilamente un café. Su gesto adusto hizo sospechar a la joven doctora que la cita de su amiga no había salido muy bien. Pero luego Merryl sonrió de una forma que Nataly no le había visto en años.

—Me fue muy bien, de hecho. ¿Sabes? Paul me agrada mucho. Pareciera que nunca se enfada, y casi siempre está de muy buen humor. Me gusta mucho su manera de afrontar los problemas y los contratiempos de la vida cotidiana. —Se quedó pensativa unos segundos y agregó—: Te aseguro que no me gusta hacer comparaciones, pero no puedo evitarlo: es tan diferente a Matt.

—Pues yo creo que es inevitable hacer comparaciones, es lógico que tu exesposo sea tu punto de referencia.

—Sí, lo es, pero no debería. Quisiera pensar que estoy en una especie de «borrón y cuenta nueva», no quiero vivir en el pasado. Matt es historia. ¿Y tú, cuándo piensas volver a salir con un hombre?

Nataly hizo una mueca que a Merryl casi le hizo soltar una carcajada.

—¿Yo, salir con un hombre? No, Merryl, eso sí que ya es historia para mí. En este momento mi única prioridad es Natasha. No pienso tener citas ni nada parecido mientras ella me necesite.

—Pero, no tiene nada de malo. Una «canita al aire» como dice Juanita, la sirvienta de mis padres.

—¿Y eso qué significa? —Nataly no entendía absolutamente nada de español, y el modismo de su amiga sonaba como una complicada contraseña para ella.

—Significa que de vez en cuando puedes salir a un bar, con algún tipo agradable, no sé, tal vez un doctor, tomar unos tragos y luego ir a la casa de él o a un hotel.

Nataly rio de buena gana ante la descripción tan coloquial de Merryl.

—Bueno, eso suena bien, pero yo paso.

Merryl la observó.

—Nataly, por favor, no puedes permitir que lo que viviste con tu esposo te impida

disfrutar de la vida.

Nataly hizo un gesto de incredulidad.

—Eso no me impide disfrutar de la vida, no quedé traumatizada ni nada parecido, ¡por favor! Aunque no niego que tienes algo de razón. Pero no quiero arriesgarme a encontrar otro hombre controlador y posesivo.

—Pero no todos son así. Además, tienes que darte otra oportunidad. Mírame: mi exesposo es un ebrio empedernido, y heme aquí, intentando encontrar a otro hombre que me haga feliz.

—Ya sé que no todos son iguales. Pero estoy tan cómoda así, sin preocuparme porque un hombre me reproche por qué llegué tan tarde a casa, por qué hice guardias de 36 horas, o que me haga un escándalo porque me vio charlando con un colega. Además, tengo que pensar en Natasha; no pienso unirme a ningún hombre mientras la tenga a ella.

—En eso te concedo toda la razón. —Merryl apuró el último trago a su café y se levantó—. Tengo que irme. Recuerda que mañana no podré llevar a Natasha al jardín de niños. Paul me hará unas radiografías para ver cómo va el implante.

Ambas se dirigían a la puerta.

—Qué gran ventaja tener a un dentista en la familia —dijo Nataly en tono cómico.

Merryl se volvió hacia ella con los brazos en jarras.

—Efectivamente, es muy conveniente. Me pondré toda mi dentadura nueva y luego lo botaré.

Las dos mujeres soltaron una tremenda carcajada.

—No te atrevas, yo también necesito unos implantes —bromeó Nataly.

—Por supuesto que no lo haré. Sé que es muy pronto, pero tengo un buen presentimiento sobre Paul.

CAPITULO 7

—**N**atasha, apresúrate a terminar tu desayuno, cariño. No quiero que se nos haga tarde.

—Ya voy, mami.

El turno de Nataly empezaba a las 10:00, pero pretendía llegar más temprano para preparar la visita de los ejecutivos que les mostrarían los equipos médicos esa misma tarde.

Tuvo que dejar el auto a dos cuadras del jardín de niños porque el tráfico estaba en su apogeo. Caía una llovizna menuda, pero Natasha llevaba impermeable y Nataly, una sombrilla.

A la entrada del *kindergarden* Nataly se agachó para darle un sonoro beso a la pequeña.

—Cariño, la señora Stevens vendrá a recogerte, y luego te llevará a casa de tía Merryl, ¿de acuerdo? Le pedí que te lleve al cine, si puede; yo tendré mucho trabajo hoy, pero trataré de llegar lo antes posible.

—Está bien, mami.

—Te amo.

—Y yo a ti —respondió la niña, con esa sonrisa maravillosa que Nataly amaba.

Su teléfono móvil sonó cuando estaba entrando al hospital; era Sylvia, su madre.

—Mamá, hola, qué gusto que me llames. ¿Cómo están?

—Tu padre y yo estamos muy bien, cariño. Solamente queríamos saludarte. ¿Cómo están ustedes?

—Excelente, mamá. Acabo de dejar a Natasha en el jardín de niños.

—Tengo tantos deseos de verla. —La nostalgia era evidente en la voz de Sylvia.

—Lo sé, mamá. Y a mí me encantaría ir a visitarlos.

—Estaba pensando que tal vez tu padre y yo podríamos ir a Portland para Navidad. ¿Qué opinas?

—Sería estupendo. Deberían hacerlo, ¿por qué no?

—¿De verdad?

—Sería maravilloso poder reunirnos todos para las fiestas, mamá. Escucha, tengo

mucho trabajo. Hagan lo que puedan para venir a visitarnos, aún tenemos tiempo para planearlo.

Sylvia se despidió dando amorosos saludos a su hija y su nieta de parte de Dan, su esposo. Estaba desesperada por verlas.

Aunque Nataly nunca se había ocultado deliberadamente, sabía que no deseaba que Max supiera exactamente cuál era su paradero.

Cuando ella se fue, él insistió durante mucho tiempo para que Dan y Sylvia le dijeran dónde podía encontrarla, pero ellos le habían dicho que su hija no quería saber más de él, especialmente cuando él se negó de manera rotunda a otorgarle el divorcio.

Hacía casi un año que Max no los llamaba para preguntarles si sabían algo de Nataly, así que ella suponía que por fin se había dado por vencido y había dejado de buscarla.

La idea de tener a sus padres en casa para las fiestas le resultaba de lo más atractiva, y si sus hermanos, Carl y Dean pudieran unírseles, todo sería casi perfecto.

Contempló la posibilidad de invitarlos, y se propuso llamarlos esa misma noche.

Pensó en los riesgos, y supuso que muy probablemente dicha visita entrañaba muy pocos a esas alturas: habían pasado poco más de cuatro años, seguramente Max ya no estaba buscándola.

Al principio, tras dejarlo, se sentía cómoda y tranquila en casa de sus padres. Era cierto que extrañaba mucho a su esposo, fue lo suficientemente sincera consigo misma para admitir que no había dejado de amarlo, pero se sentía muy herida por lo que él había hecho, y esa había sido la gota que colmó el vaso. Tomó una decisión crucial: le pediría el divorcio.

Pocos días después de tomar esa determinación empezó a sentirse muy extraña; solo deseaba dormir, se sentía muy fatigada y tenía mucha hambre, pero al mismo tiempo el estómago le rechazaba la comida. Estaba muy sentimental y sentía deseos de llorar por cualquier cosa, y lo atribuyó a todas las emociones que había experimentado durante las últimas semanas.

Debido a la agitación de los últimos días no se había percatado de que no había tenido el periodo en la fecha esperada. Supuso que podría tratarse de un retraso causado por el estrés, pero su instinto le decía que era algo más. Nerviosa, acudió al laboratorio del hospital a hacerse un examen.

Rasgó el sobre en cuanto la enfermera se lo entregó. «Prueba de embarazo en

sangre. Resultado: POSITIVO».

Se quedó mirando el papel como si su contenido fuera incomprensible. Luego miró a la enfermera y ésta le sonrió ampliamente.

—Felicidades —le dijo radiante.

Volvió a fijar la mirada en el papel; estaba embarazada. Max le había suplicado, literalmente, que tuvieran un hijo, y ella siempre se había rehusado. Ahora, cuando finalmente había decidido dejarlo, estaba embarazada.

CAPITULO 8

La gente de *Ultimate Med Tech* llegaría alrededor de las 3 la tarde; Nataly vio con preocupación que no llegaría a tiempo; de urgencia había surgido una intervención de un pequeño con cáncer, y ella estaba asistiendo al doctor O'Neal. Miró el reloj por décima vez y comprobó que eran las 3:45.

Afortunadamente su biper no había sonado, así que estaba prácticamente segura de que el doctor Petersen ya estaba enterado de la situación y se habría encargado de recibir a los proveedores.

Salió del quirófano después de las 5 de la tarde y fue inmediatamente a buscar al director del hospital.

—Doctor, lo siento, surgió una intervención de urgencia.

—No se preocupe, doctora, los directivos de *Ultimate* estuvieron aquí y me mostraron todo lo que pueden ofrecernos, pero les pedí que vinieran mañana para que puedan hablar con usted. El doctor Donaldson aún no regresa de Europa, así que usted tendrá que encargarse, como bien sabe.

—Muchas gracias. Me hubiera gustado que el doctor Donaldson supervisara la compra del equipo. No quiero que piense que me estoy aprovechando de su ausencia.

—Él está perfectamente enterado, y le aseguro que está de acuerdo —la tranquilizó el doctor Peterson con esas maneras afables que lo caracterizaban.

—Bien, si es así, espero hacer la mejor elección. Estuve revisando a fondo los equipos de *Ultimate*, y me parecen estupendos, son lo último en tecnología.

—Bien, entonces, estoy seguro de que mañana mismo usted podrá tomar una decisión.

—Espero que así sea, doctor; en verdad es urgente renovar ese equipo.

Mientras manejaba rumbo a casa, Nataly empezó a pensar en la posibilidad de que sus padres las visitaran. Ella también tenía muchísimos deseos de verlos, pues a pesar de que ya habían pasado cuatro años desde que dejó a Max, no contemplaba siquiera la idea de ir a Boston a verlos, aunque ellos la habían visitado en varias ocasiones.

Al llegar encontró a Natasha y a Merryl enfrascadas con un bol de palomitas mientras veían una película infantil.

Esta vez la pequeña no hizo un escándalo al ver a su madre porque estaba absolutamente concentrada en la película.

Merryl sí se levantó para preguntarle a su amiga si quería cenar.

—Hice pasta y una deliciosa ensalada —anunció Merryl.

—Mmmm. Suena estupendo, sí.

Cenaron tranquilamente y luego Nataly llevó a su hija a la cama. Se unió nuevamente a Merryl, quién la esperaba en la barra con dos copas de vino blanco.

—Salud —le dijo su amiga, levantando su copa.

—Salud. —Nataly imitó el gesto—. ¿Hablaste hoy con Paul?

—Sí, lo hice, pero ambos estuvimos muy ocupados, así que supongo que no nos veremos hasta el fin de semana.

—Hoy me llamó mi madre. Está considerando la posibilidad de que ella y mi padre vengan para pasar la Navidad con nosotras.

Merryl demoró unos segundos en hablar.

—Eso sería maravilloso, pero ¿qué hay de Max?

Nataly concentró su mirada en el líquido dorado.

—Mis padres dicen que hace meses no les llama para preguntarles por mí.

—¿Crees que por fin lo haya superado?

—No tengo manera de saberlo. Me encanta la idea de que mis padres vengan, quiero que vean a Natasha y que ella conviva con sus abuelos. Es un pequeño riesgo, pero tengo que correrlo.

—Bueno, han pasado más de cuatro años, es probable que Max por fin haya entendido que debe dejarte en paz. Es posible que incluso viva con otra mujer.

Nataly alzó la mirada y la clavó en el rostro de su amiga. Para Merryl fue evidente que Nataly no había contemplado esa posibilidad antes.

—Sí, es probable. —Se esforzó por sonar diferente.

—Tal vez tus padres puedan hacer algunas averiguaciones al respecto —sugirió Merryl.

—Sí, eso estaría muy bien. Si Max vive con otra persona es muy probable que no haga más intentos por localizarme. Si se enterara de que tengo una hija suya y que no le dije nada al respecto, se pondría furioso.

—Perdóname que lo diga, pero no puedes negar que tendría toda la razón —replicó Merryl.

Nataly la miró. Sabía que su amiga tenía razón, ella misma se reprochaba por no haberle hablado a Max sobre su hija, pero no quería arriesgarse a que él se aprovechara de eso para ejercer su afán de control sobre ella. Estaba segura de que, de haberse enterado, habría hecho todo lo posible para mantenerla en casa con el fin

de educar y cuidar a su bebé.

Y no es que eso fuera malo, pero ella pretendía no darle armas de ningún tipo para dirigir su vida de esa manera.

Cierto que en aquel momento no tenía trabajo —por culpa de su esposo, claro—, pero ya encontraría la manera de salir adelante.

Entonces, su mente se iluminó al recordar a su amiga Merryl, de la secundaria; habían mantenido contacto más bien ocasional en los últimos años, pero habían reiniciado su amistad gracias a un amigo mutuo que las enlazó en las redes sociales.

Habían sido muy buenas amigas en su juventud, y en conversaciones recientes Nataly le había dejado ver algunos detalles de su relación con Max; la misma Merryl era divorciada, así que entendería su situación.

Su amiga vivía al otro lado del país, y eso hacía que fuera una opción más que viable.

Había cambiado de identidad, gracias a un juez amigo de su padre, pues aunque había conservado su nombre de pila, adoptó el apellido de soltera de su abuela paterna; canceló todas sus redes sociales y apenas si convivía con sus compañeros de trabajo. Sus padres apenas la habían visitado unas cuantas veces, y ni siquiera se habían visto en Portland, sino en Seattle; para llamarla habían comprado un móvil desechable que dejaban en casa de su vecina Eliza.

El correo electrónico estaba totalmente descartado. Max disponía de todos los medios para rastrear las conexiones, y no querían arriesgarse.

—Es irónico —dijo Merryl después de una larga pausa—, normalmente las mujeres deseamos encontrar un hombre que esté loco por nosotras, pero Max se fue a los extremos.

—Sí. Por más que pienso en su actitud, no entiendo qué fue lo que le sucedió. Siempre he considerado que en otros aspectos es un hombre muy seguro y confiado. —Y al decir esto último hizo una ligera mueca de disgusto, pues recordó que no había confiado en ella.

Después de tomarse dos copas de vino cada una, Merryl decidió que era hora de irse.

—Te veré mañana por la mañana.

—Que descanses. Será mejor que te vayas en taxi, no quiero que te detengan por conducir ebria.

Ambas soltaron una carcajada y Nataly no cerró la puerta de su departamento hasta que Merryl entró al ascensor.

«Max está de espaldas a mí, está hablando por teléfono con alguien. Cuelga, y se

vuelve hacia mí, con una sonrisa triunfal. ‘Dejarás el hospital, es un hecho’ me dice. Yo me enciendo de ira. Se acerca a mí, y siento que no puedo respirar, el enfado me cierra la garganta; quiero gritar, y no puedo; quiero alejarme, pero mis pies están clavados al suelo. Cuando está a punto de tocarme, todo se desvanece».

Nataly sintió una fuerte sacudida en su cuerpo. Al darse cuenta de que estaba en su recámara, en Portland, su respiración empezó a volver a su ritmo normal.

¿Por qué tenía que soñar con Max? Ya ni siquiera le guardaba rencor por lo que hizo, formaba parte de su pasado...

CAPITULO 9

«Rayos, se me hará tarde otra vez» pensó Nataly mientras atendía a una pequeña que había sufrido quemaduras en un brazo por encender fuegos artificiales junto con su hermano, un poco mayor que ella.

Cuando terminó se dirigió a toda prisa a la sala de juntas; estaba retrasada apenas unos cuantos minutos, pero tenía una compulsión con la puntualidad, y le molestaba sobremanera no cumplir a cabalidad con sus compromisos.

Abrió la puerta con el mayor sigilo posible, y recordó sus años escolares cuando trataba de colarse al salón de clases sin que el maestro la viera porque se le había hecho tarde en la biblioteca, su única distracción.

Sin embargo, como ya la estaban esperando, todos los presentes se volvieron a verla cuando se percataron de su llegada.

—Buenos días —saludó, abochornada por su demora.

Echó un rápido vistazo a la estancia, había tres hombres y una mujer desconocidos, obviamente eran la gente de *Ultimate Med*, y su mirada se fijó en el doctor Petersen, que se había puesto de pie para recibirla.

—Doctora Larsen, buenos días, qué bueno que ha llegado. Estábamos esperándola.

—Sí, lo siento, tuve una atención en urgencias. Me disculpo por mi tardanza.

—Ande, no se disculpe. Este caballero le mostrará lo que tiene para nosotros.

Un hombre más alto que el doctor Petersen se había puesto de pie mientras este hablaba, y fue entonces cuando Nataly lo vio.

Su corazón dio un vuelco y sintió que el aire había abandonado por completo sus pulmones. Se puso blanca como una hoja de papel y pensó que todos podrían oír los latidos de su acelerado corazón.

—Doctora, le presento al señor Maxwell Hoffman, director general de *Ultimate Med Tech*. Señor Hoffman, ella es la doctora Larsen, subjefa de pediatría.

Los ojos del hombre llevaban varios segundos clavados en ella. Su expresión era muy seria, y era evidente que la estaba estudiando. Nataly tuvo la terrible certeza de que la había reconocido, pero, al parecer, no estaba seguro de que se tratara realmente de ella.

Cuando lo abandonó llevaba el cabello bastante rizado, largo y teñido de rojo. Ahora lo llevaba medianamente largo, liso y en su color natural, castaño casi negro. Estaba mucho más delgada y ahora usaba gafas.

Él sonrió casi imperceptiblemente y le tendió la mano.

—Es un placer, doctora Larsen.

Ella ni siquiera atinó a responder. Sentía que las piernas le temblaban y estaba segura de que si trataba de hablar solamente le saldría un hilo de voz.

Hizo un ademán para que todos tomaran su lugar y se dispuso a escuchar la exposición de Max y de sus acompañantes sobre las bondades de sus equipos.

Les mostraron diapositivas y videos de ventiladores volumétricos, *scanners CT*, aspiradores de médula ósea, incubadoras con la última tecnología para soporte vital de bebés prematuros, pero Nataly apenas prestaba atención a todo eso. Una parte de su cerebro escuchaba vagamente las explicaciones que les daban, y el resto estaba concentrado en cómo lograr que Max no la reconociera del todo, y salir huyendo de ahí lo antes posible. Por su mente empezaron a desfilar una decena de escenarios.

«Cálmate, Nataly, cálmate. Incluso cuando Max te reconozca, no tiene por qué saber qué tienes una hija» pensó, tratando de serenarse.

Su mente siguió trabajando a mil revoluciones por minuto. Evaluó la situación. ¿Qué era lo peor que podría pasar si Max llegara a saber de Natasha? Seguramente la odiaría, se sentía furioso y defraudado, era muy probable que tratara de convencerla de volver a vivir juntos para educar a su hija como una familia.

Además, ¿cómo podría enterarse? Había vivido durante todo ese tiempo en la seguridad de su nueva identidad, prácticamente sin vida social y sin ver a su familia. No convivía con sus colegas y en el hospital apenas habían visto a su pequeña unas cuantas veces.

Nunca hubiera esperado toparse con Max en su mismo lugar de trabajo porque él se dedicaba a inversiones en diferentes compañías, bienes raíces y tecnología, pero, al parecer, era en este último campo donde había decidido diversificarse, y eso había significado su punto en común. Ella había revisado la propuesta de *Ultimate* e incluso había visto con detalle su página web, pero no había visto el directorio, por lo cual no podría saber que Max era el director general.

Por la posición en la que se encontraban sentados Max podía verla sin obstáculos; ella sentía el peso de su mirada, pero trataba de concentrarse en la mujer, que en ese momento hablaba sobre las características más modernas de los equipos en cuestión.

«Ya me reconoció. ¡Dios, estoy perdida!», sintió un nudo en su garganta.

Aunque trató de serenarse y pensar que era muy difícil que él supiera de su hija, se sentía sumamente tensa. Lo que menos deseaba era enfrentarlo. Temía que sus

remordimientos la traicionaran.

Apenas se dio cuenta cuando la mujer que iba con Max terminó de hablar.

—Doctores, esto es lo que tenemos que ofrecerles, y les aseguro que no encontrarán nada mejor.

El doctor Petersen sonrió complacido. Nataly guardó silencio, mientras todos la miraban, esperando que diera su opinión.

Su jefe carraspeó al ver que ella guardaba silencio durante más tiempo del aceptable.

—Sí, sus equipos están a la vanguardia, creo que es justamente lo que necesitamos. El doctor Petersen y yo lo hablaremos enseguida, y tendrán una respuesta en esta misma semana.

Había hablado con rapidez y sin sonreír, y por un momento los visitantes tuvieron la sensación de que no la habían convencido.

El doctor Petersen se dio cuenta, al igual que los demás, de que había sonado un tanto brusca, pero se encargó de salvar la situación:

—Señores, debo decir que estamos muy complacidos con lo que nos han mostrado, y casi puedo asegurarles que haremos un trato con ustedes. Tenemos toda la anuencia de la directiva, y la libertad de elegir lo que más nos convenga.

—Excelente —dijo Max, tendiéndole la mano a modo de despedida.

Luego saludó a Nataly, deteniéndose más de lo debido en el contacto y clavando sus ojos en los de ella.

Nataly esquivó su mirada y trató de sonreír, pero ni siquiera pudo esbozar una mueca. Tenía el estómago revuelto por la impresión.

Los acompañantes de Max empezaron a recoger el equipo que habían traído y Nataly aprovechó para salir.

—Si me disculpan. Que tengan buen día.

Salió prácticamente corriendo y entró al primer sanitario que encontró. Apenas alcanzó el lavamanos, volvió el estómago estrepitosamente. Al terminar se dejó caer en el suelo, porque las piernas no la sostenían.

Pasados unos minutos, se levantó, se lavó el rostro y la boca, y salió, no sin antes cerciorarse de que Max no estaba en el pasillo. Se dirigió al estacionamiento sin siquiera avisar, tomó su auto y empezó a conducir casi sin pensar en lo que estaba haciendo. Llamó a Meryll.

—Hey, ¿qué ocurre? —escuchó la voz alegre de su amiga.

—Meryll, Max está aquí, y me vio. Estoy casi segura de que me reconoció.

—¿Qué? Pero, ¿cómo te encontró?

—Vino a ofrecernos unos equipos médicos.

Merryl no entendía muy bien lo que estaba pasando, pero trató de imponer la calma.
—¿Por qué no vienes a mi casa? Así podremos hablar y ver lo que podemos hacer.

Mientras su equipo recogía todo lo que habían llevado para la presentación, Max se dirigió al doctor Petersen:

—Dígame, doctor, ¿hace mucho que la doctora Larsen trabaja con ustedes?

—Unos dos años y medio, más o menos. ¿La conoce?

—Me parece muy familiar. ¿Su esposo también es médico? —Su tono y sus maneras eran de lo más casuales.

—Que yo sepa, no está casada. Debo confesar que sé muy poco de su vida personal, es una mujer sumamente reservada, no convive con nadie del hospital, aunque es una persona muy agradable.

—Sí, es agradable, y muy hermosa, también.

El doctor Petersen sonrió.

—Sí, lo es. Por ello es extraño que no tenga esposo, pero supongo que ha estado tan entregada a su trabajo que no se ha dado el tiempo para ello.

—¿Cuál es su nombre de pila?

Al doctor Petersen le pareció un poco extraño que Max hiciera esa pregunta, pero no lo demostró. Atribuyó su curiosidad a que la doctora Larsen había dejado una fuerte impresión en él; después de todo, era una mujer a la que no se podía ignorar. De tez trigueña y ojos verdes, era una belleza muy llamativa.

—Nataly, su nombre es Nataly.

Max palideció. Antes de que el doctor Petersen le respondiera estaba casi seguro de que se trataba de ella, pero su respuesta lo confirmó. Bien, sin proponérselo, sin estar ya siquiera buscándola, la había encontrado.

—Doctor, Petersen, sé que esto le parecerá extraño, pero, ¿quién puede darme la dirección de la doctora Larsen?

Efectivamente, al doctor Petersen le pareció muy extraña la pregunta, y no se abstuvo de objetar:

—Señor Hoffman, confieso que en verdad me parece extraño, y espero que no se ofenda, pero no puedo darle la dirección de ningún miembro de mi personal sin su expreso consentimiento.

—Lo sé, y lo aprecio. Pero le aseguro que tengo razones muy poderosas para esto.

—Podemos llamarla, si gusta, y que ella misma le diga dónde vive. Le ruego me

disculpe, pero yo no puedo autorizar que le den su dirección sin que ella dé su consentimiento.

—Está bien, lo entiendo. Me retiro, entonces. Lo llamaré mañana.

Se despidieron nuevamente con un apretón de manos, mientras el doctor Petersen se preguntaba qué razones tendría ese hombre para buscar a la doctora Larsen con tanta insistencia.

Tan pronto dejó la sala de junta, Max marcó un número en su celular y se dirigió a un punto apartado del pasillo

—Dime —le contestó una voz segura, al otro lado del teléfono.

—Roger, necesito que hagas algo por mí. Quiero que te introduzcas a la base de datos de los empleados del hospital Graham-Jones, de Portland, y averigües la dirección de la doctora Nataly Larsen. Es urgente.

—Dame diez minutos.

Aprovechó la pausa para llamar a Walter, su socio, que ya se hallaba en el estacionamiento con los otros dos miembros del equipo.

—Walter, escucha, surgió algo. Los veré más tarde en el hotel.

Su socio asintió sin hacer ninguna pregunta.

Unos minutos después, Roger le regresó la llamada.

—Cuarenta y cinco de Maine Street, edificio Blue Sky, departamento 47.

—Gracias, Roger, te debo una.

—¿Una? Ya perdí la cuenta. —Roger rio, y luego ambos colgaron.

Max le dio la dirección a su chofer y le dijo que avanzara tan rápido como pudiera.

CAPITULO 10

Tras explicar a la maestra de Natasha que tenían una emergencia familiar, Nataly subió a su auto, ignorando las protestas y preguntas de su hija, que no comprendía por qué su madre la había recogido en el kínder antes de la hora de salida.

Decidió que sería más prudente dejar a Natasha en casa de Merryl al menos por ese día. No tenía idea de si vería de nuevo a Max ese día o en los siguientes, pero no quería correr ningún riesgo.

Merryl ya la estaba esperando en la acera, así que ni siquiera se bajó del auto.

—Volveré muy pronto, cariño —le dijo solamente a Natasha.

Al llegar a su departamento llamó al hospital para avisar que se tomaría el resto del día por motivos familiares.

Por un instante pensó que sería mejor que ella y Natasha se refugiaran en casa de Merryl por unos días, al menos mientras Max estuviera en Portland.

Tomó ropa de su hija y la puso en una maleta enorme, y luego metió algo de la suya, algunos efectos personales y el dinero que guardaba, como siempre, en un viejo abrigo. Vagamente pensó que si Max averiguaba su dirección y decidía ir a verla, sería muy sospechoso para él que ella no estuviera en su departamento, pero no quería verlo.

No sabía qué le diría si se encontraban de frente. Ni siquiera estaba segura de poder ocultarle su nerviosismo.

Cerró la cremallera de la maleta y se dirigía a la puerta cuando sonó el timbre. Se quedó parada, inmóvil, pensando qué hacer. A pesar de sus temores no creyó que Max la hubiera encontrado tan pronto.

El timbre volvió a sonar, y como no abriera la puerta, Steve, el portero, le habló:

—Doctora, soy Steve, ¿puede abrirme, por favor? Necesito hablar con usted.

Exhaló aliviada. Dejó la maleta tras la barra de la cocina y fue a abrir. Le diría a Steve que tenía mucha prisa, que le llamaría más tarde, que no podía atenderlo.

Abrió la puerta y se topó con el portero del edificio, que estaba flanqueado por otro hombre, alto, delgado y sumamente atractivo. Nataly palideció y sus ojos se abrieron tanto que Steve pensó que iban a salirse de sus órbitas.

—Doctora, perdone la intromisión, pero este hombre dice que es familiar suyo.

—Gracias, Steve, has sido muy amable. —Max le dedicó una enorme sonrisa y lo despidió con una amigable palmada en el hombro.

—A sus órdenes, señor. —Steve se retiró inmediatamente, y Nataly pensó enfadada que seguramente Max le había dado una propina muy generosa.

Estaba paralizada en la puerta; si pensó cerrarla de golpe antes de que Max pudiera detenerla, por una razón desconocida no lo hizo.

Él se volvió a mirarla y le sonrió tan alegremente como lo había hecho con el portero.

—Hola —dijo solamente, como si acabaran de verse el día anterior.

Ella estaba tan consternada que ni siquiera atinó a contestar el saludo.

—¿Puedo pasar? —Max hablaba con tanta suavidad y sus modales eran tan comedidos que Nataly, de pronto, se sintió muy desconcertada.

Hubiera querido decirle que no, que no podía pasar, que no podía entrometerse en su vida después de cuatro años, pero se contuvo; pensó en las probabilidades: no tenía sentido decirle que no, conocía muy bien a Max y sabía que nada lo detendría si quería hablar con ella y aclarar las cosas o, más bien, reprochárselas.

Sin decir una palabra se hizo a un lado y le cedió el paso.

Él se quedó cerca de la puerta; no quería que Nataly sintiera que pretendía invadir su espacio.

Ella cerró la puerta y lo miró, furiosa. En ese momento se sentía como el zorro al que la jauría ha acorralado. Cruzó los brazos sobre el regazo en una actitud por demás hostil.

—He estado buscándote —dijo él en el mismo tono suave que había empleado al saludarla.

—Eso supongo —respondió ella secamente.

Max se irguió, incómodo.

—Imagino cómo debes sentirte en este momento, pero no tienes por qué.

—¡Ah! ¿De verdad? —exclamó ella sarcásticamente.

Él se acercó un paso, pero se detuvo.

—Nataly, sé que lo que hice estuvo realmente mal, y entiendo tu reacción. No debí intentar imponerte mis condiciones para nuestra vida juntos, por mucho que lo hiciera pensando en nuestro bien. Pero no tenías por qué huir de mí. Yo solamente te pedía que resolviéramos nuestros problemas...

—Tú me pedías que dejara mi vida —lo interrumpió ella.

Él, a pesar del tono de ella, mantenía la calma.

—¿Era mucho pedir que me dedicaras tiempo? ¿Que dedicaras tiempo a nuestro

hogar? Nataly, sé que la forma como planteé las cosas no fue la correcta, pero no te estaba pidiendo algo que no fuera razonable.

Ella relajó un poco sus facciones, pero continuó con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Bueno, supongo que a estas alturas ya no tiene sentido discutir sobre lo que pasó. Él le clavó sus ojos azules por unos segundos antes de decidirse a hablar.

—Yo creo que sí. Sigues siendo mi esposa.

Ella se tensó aún más.

—Después de cuatro años de estar separados creo que una anulación sería sumamente sencilla.

—No fue una separación, fue abandono de hogar.

Ella continuó impasible.

—Solo te pido una segunda oportunidad, Nataly. —Había tanta humildad, tanta dulzura en su postura, que ella sintió, con pesar, que podría llegar a conmovérsela.

Max tenía sus ojos clavados en ella y en ese instante hubiera dado cualquier cosa por anular la distancia que los separaba, tomarla en sus brazos y besarla como no lo había hecho en los últimos cuatro años. Pero no quería asustarla, quería demostrarle que había cambiado, que tenía paciencia, que sabía esperar, y que ahora la decisión dependía de ella.

—No puedo, Max. Han pasado cuatro años, han pasado tantas cosas desde entonces, yo soy una persona diferente. No sé si pueda volver a confiar en ti, y tú dejaste muy claro que no confías en mí.

Él guardó silencio por varios segundos. Parecía avergonzado.

—He cambiado, Nataly, te aseguro que he cambiado. Cuando me di cuenta de que te habías ido, de que habías desaparecido, supe que tenía que hacer algo. Recordé lo que decías acerca de mis celos, de lo posesivo que era, de cómo quería controlarte, y entonces supe que tenía que cambiar. No lo hice solo, lo reconozco, pedí ayuda, acudí con un terapeuta, mi familia también me ayudó mucho. Te aseguro que en verdad he cambiado.

Nataly cerró los ojos y levantó la cabeza en una actitud de desesperación. No sabía cómo hacerle entender que si él había cambiado, ella también. No sabía si podía confiar de nuevo en él, después de lo que le había hecho.

Además, se sentía cómoda con su vida: tenía un buen trabajo, era autosuficiente, tenía tranquilidad, y sobre todo, tenía a Natasha.

¡Natasha! Max aseguraba que había cambiado, pero ella no quería ni imaginarse su reacción si se enteraba de que ella tenía una hija suya y no se lo había dicho.

—Max, no puedo. —Más que seguridad, había cansancio en su voz.

Él no se desalentó; había imaginado cientos de veces cómo sería el encuentro entre ambos cuando por fin diera con el paradero de Nataly, y sabía que tendría que enfrentar una fuerte resistencia por parte de ella. Pero no pensaba rendirse: la había perdido una vez, y lucharía con uñas y dientes por recuperarla.

—Al menos déjame intentarlo, déjame demostrarte que he cambiado. Sal conmigo, tengamos citas, como si fuéramos novios, como si apenas estuviéramos conociéndonos. Dame una oportunidad, y si no te convenzo, me retiraré y nunca más volveré a molestarte.

Ella pensó que en otras circunstancias su oferta habría sido de lo más tentadora.

—Max, de verdad, no puedo.

—¿Por qué? ¿Vives con alguien? —Max sintió un nudo en la garganta al preguntar aquello.

En ese momento recorrió el departamento con la mirada, y se percató de que en la mesa de centro había una pizarra de juguete. Instintivamente miró a Nataly, interrogante. Ella palideció por un segundo.

—Es de mi vecina. Tiene una niña de cuatro años; cuando viene a tomar café conmigo la pequeña trae juguetes, y a veces los olvida. —Se felicitó a sí misma por haber urdido esa mentira tan rápido.

Él suavizó su expresión.

—No me contestaste si vives con alguien.

—No vivo con nadie, y no pienso hacerlo.

Él sintió un alivio que se traslució en su expresión.

—¿Pensarás en mi propuesta?

—No hay nada que pensar.

—Aún eres mi esposa.

—Eso puede arreglarse muy fácilmente.

Había cierta insolencia en la forma en la que dijo lo último, y Max se la quedó mirando en silencio por varios segundos, escrutándola. Ella se revolvió incómoda.

—Ahora, si me disculpas, tengo que volver al hospital. —Se dirigió a la puerta, pero antes de que abriera él la detuvo.

—Ibas a salir huyendo nuevamente.

—¿Cómo dices? —Lo miró, sorprendida.

—Ibas a salir huyendo nuevamente de mí. Por eso dejaste el hospital tan deprisa; viniste aquí a recoger tus cosas.

No era un reproche, sino la triste aceptación de lo que él mismo había provocado en ella. Pero Nataly, además de saberse pillada, sintió que había cierta arrogancia en sus palabras. Le molestó que pensara que podía tener aún ese efecto en ella, por más que

no estuviera lejos de la verdad.

—Por supuesto que no —negó, tratando de aparentar seguridad.

Él se acercó un poco más a ella, y Nataly pudo percibir no solo su aroma, sino el calor que irradiaba su cuerpo. Tuvo que admitir que, a pesar del tiempo transcurrido, le parecía aún más atractivo que antes, y sus ojos, cálidos y de expresión dulce, amenazaban con envolverla en su azul aura seductora.

Se sintió extremadamente nerviosa con su cercanía, y por un instante fugaz pensó que Max intentaría besarla, pero no lo hizo. Simplemente se quedó mirando en la profundidad de sus hermosos ojos verdes, sondeando una señal de esperanza.

—Dame otra oportunidad, Nataly, te lo ruego. Esta vez será diferente. Confío completamente en nosotros.

Esas últimas palabras habrían bastado para que ella se lo pensara dos veces y considerara la posibilidad de ceder a su petición. Pero recordó a Natasha. Max no le perdonaría que se la hubiera ocultado.

Tenía que pensar muy bien lo que haría. Ahora que él la había encontrado, sería muy fácil que se enterara de la existencia de su hija.

—No puedo —dijo en un susurro, apartando su mirada de la de él—. No puedo, Max, de verdad. Han pasado muchas cosas, ha pasado mucho tiempo.

En ese momento él pensó que Nataly nunca lo había amado como él a ella; porque para él esos cuatro años solo habían significado dolor y agonía. Todavía la extrañaba como si fuera el primer día, anhelaba su aroma, su presencia, su voz, mientras que ella parecía haber superado su pasado juntos.

Rio tristemente y bajó la mirada.

—¿Tanto trabajo te cuesta perdonarme? Creí que eras más caritativa.

Ella dio un paso atrás para marcar la distancia entre ambos.

—¿Perdonarte? Que no esté dispuesta a volver contigo no significa que no te haya perdonado. No podría vivir guardándote rencor por siempre. Pero me costaría mucho trabajo volver a confiar en ti, eso es todo.

Ella suavizó su tono y su postura.

—Hemos estado separados durante cuatro años, Max. Creo que sería muy difícil recuperar lo que alguna vez tuvimos.

—Nos tienes muy poca fe —replicó él vehementemente.

Al ver que con su silencio admitía su afirmación, añadió:

—Supongo que tal vez tú nunca sentiste por mí lo mismo que yo por ti. Sé que muchas veces lo manifesté de forma equivocada, pero estaba loco por ti. Aún lo estoy.

Nataly negaba con la cabeza, desesperada, pero no decía nada.

Derrotado, Max tomó el pomo de la puerta, dispuesto a marcharse, aunque era lo último que deseaba. Ella se sintió tocada por su reproche; no le parecía justo que él desestimara los sentimientos que alguna vez había experimentado por él, pero tampoco iba a sacarlo de su error.

—Iniciaré los trámites del divorcio tan pronto como regrese a Boston, y te aseguro que haré lo que esté en mis manos para que sea muy rápido. No volveré a molestarte, Nataly, todo contacto al respecto lo tendrás con mi abogado.

El dolor en sus palabras era plausible, y ella sintió un nudo en el estómago mientras Max abría la puerta y se marchaba.

No supo cuánto tiempo estuvo clavada en el mismo sitio, con la mirada perdida, repasando en su mente los últimos 15 minutos. Parecía estar en shock, pero de pronto empezó a hipar, y luego un torrente de lágrimas sin control invadió sus ojos y sus mejillas. Lloró como nunca, lloró como siempre había querido hacerlo y no se había permitido para no resquebrajarse por dentro.

Max la había hallado; el encuentro que había temido durante los últimos cuatro años finalmente se había materializado. Pero aunque había imaginado que la invadiría el resentimiento, en realidad se había sentido conmovida. Max aún la amaba, y aseguraba haber cambiado. Le costaba volver a confiar, pero había tanta sinceridad en su mirada y en sus palabras. Además, se sentía profundamente culpable. Ahora se preguntaba si su aversión a que Max la controlara había sido razón suficiente para negarle a su hija.

CAPITULO 11

Nataly llamó al doctor Petersen para decirle que se le había presentado una emergencia personal y que necesitaría el resto del día. Luego fue a casa de Merryl.

—Nataly, ¿qué ocurrió?

—Max fue a mi departamento. Estuvimos hablando un rato.

—¿Y?

Nataly daba vueltas distraídamente a la taza de café.

—Dijo que no volverá a molestarme, va a tramitar el divorcio en cuanto vuelva a Boston.

—Pero, ¿y Natasha? —bajó la voz hasta hacerla un susurro, porque la niña estaba jugando a escasos metros de ellas.

Nataly la miró.

—Max no tiene por qué enterarse acerca de Natasha. Creo que si huyo nuevamente, él podría sospechar que tengo razones más poderosas para ocultarme. Merryl, necesito un favor, uno más, de los tantos que me has hecho.

—Adelante.

—Es posible que Max venga con frecuencia a Portland si el hospital cierra el trato con su compañía para la compra del equipo. Cuando él venga, necesito que Natasha se quede contigo, y que te hagas cargo de ella completamente, no puedo arriesgarme a que Max me vea con ella y ate cabos. Por supuesto, te pagaré.

Dado que Max ya había hablado con ella, consideró que no tenía caso dejar su casa para tratar de ocultarse en la de Merryl.

—Cuenta conmigo, no tienes que preocuparte por eso. Y no tienes que pagarme.

Nataly tenía un nudo en la garganta.

—Gracias. Te debo mucho, Merryl. Pero sí te pagaré, y no aceptaré un no por respuesta.

Merryl le apretó una mano.

—No me debes nada, Nataly. Eres como la hermana que nunca tuve. Lo hago con gusto.

Antes de salir de casa de su amiga, Nataly explicó a Natasha que tendría que

quedarse unos días con su tía Meryll porque ella tendría muchísimo trabajo en el hospital y no quería desatenderla.

La niña, al principio, aceptó a regañadientes, pero cuando Meryll le dijo que después del jardín de niños irían de paseo todos los días, la niña accedió, encantada.

Nataly sonrió al ver lo feliz que estaba su pequeña, y aunque le dolía tener que dejar de verla por unos días, pensó que sería lo mejor. No quería arriesgarse a que Max descubriera la existencia de su hija, al menos, no aún, no antes de que ella considerara todas las alternativas.

—Doctora Larsen, ¿está todo bien? —le preguntó al día siguiente el doctor Petersen cuando llegó al hospital.

—Todo está bien, doctor, gracias.

—Se marchó muy repentinamente ayer. Pensé que había pasado algo grave. El señor Hoffman quería hablar con usted después de la junta, y me preguntó por su dirección, pero le dije que no podía dársela, por políticas del hospital.

Nataly se puso muy tensa al escuchar lo anterior, a pesar de que ya había hablado con Max.

—Doctor, al respecto, tengo que pedirle un favor muy importante.

—Dígame, doctora.

—Supongo que en las próximas semanas tendrá mucho contacto con el señor Hoffman y quiero pedirle, le suplico, que no vaya a darle información personal sobre mí. Sobre todo, le ruego que no le hable de mi hija.

El doctor Petersen no pudo ocultar su extrañeza por semejante petición, pero asintió.

—No se preocupe, no le hablaré de usted ni de su hija.

Nataly confiaba en el doctor Petersen, era un hombre muy comprensivo y sumamente amable, y hacía gala de una humanidad impresionante, pero no estaba segura de que le hubiera quedado clara la importancia de la secrecía respecto a Natasha.

—Doctor, él no debe saber absolutamente nada acerca de mi hija.

La mirada del médico fue reveladora. Había en ella duda, extrañeza, y a la vez una luz de entendimiento.

—Él no tiene idea de la existencia de mi hija —aclaró Nataly con un nudo en la garganta.

Petersen comprendió perfectamente, pero no hizo ninguna pregunta, ni gestos significativos. Simplemente le dio un amigable apretón en el brazo.

—No se preocupe, que yo no le diré nada. Todo estará bien. Que tenga buen día, doctora.

Y continuó su camino por el pasillo hacia su oficina.

Nataly se lo quedó mirando unos segundos: en verdad era un hombre extraordinario.

A pesar de que se sentía muy tensa por todo lo que había pasado, el encuentro con Max y el tener que dejar a su hija a cargo de su amiga, trató de olvidarse de sus problemas y concentrarse en el trabajo.

A la hora de la comida el doctor Petersen le comentó, de una forma que parecía casual, que Max y su equipo irían por la tarde a concretar los detalles del trato.

—Si gusta, yo puedo encargarme de atenderlos. Usted ya hizo demasiado —le dijo en su tono siempre amable.

—Muchas gracias, doctor.

A pesar de ello, sí tuvo que acudir a la reunión, ya que se requería que ella, como pediatra, diera las especificaciones exactas de algunos de los equipos.

Max pareció ignorarla durante casi toda la reunión, pero por momentos fijaba su mirada en ella cuando no lo estaba viendo. Aún así lo sorprendió dos o tres veces observándola, pero su expresión no era de enojo ni rencor, sino de profunda tristeza.

Nataly hubiera querido salir corriendo, pero tenía que mostrarse impasible.

No era solo que Max la pusiera extremadamente nerviosa; lo encontraba más delgado que cuatro años atrás, pero también más maduro y más atractivo.

Ni siquiera se cuestionó si todavía lo amaba; daba por sentado que después de todo lo que había pasado y del tiempo transcurrido ya no sentiría nada semejante al amor; pero algo en su interior se revolvía con inquietud al verlo, y no eran precisamente los nervios.

Se preguntó, sin quererlo, cómo habría sido Max en estos últimos cuatro años; si, como él decía, realmente había cambiado, si sería más tolerante y amable. Sintió curiosidad por saber cómo sería como padre.

«Tal vez no sería mal padre, pero mi vida sería muy complicada» pensó, al recordar la forma como Max trataba siempre de controlarla. Si se hubiera quedado con él, al enterarse de su embarazo seguramente la habría obligado a renunciar al hospital, y la habría forzado a quedarse en casa para cuidar al bebé.

En cierto modo, su conciencia le reclamaba por negarle a Max la felicidad de saber que era padre, pero temía que, de enterarse, como represalia quisiera quitarle a Natasha.

Tan pronto se dio por terminada la junta, Nataly se apresuró a dejar la sala sin que nadie la viera, pero Max la alcanzó justo cuando la puerta iba a cerrarse nuevamente.

—Nataly —su voz suave la detuvo.

Se volvió instintivamente.

Él se acercó, solo un paso, lo suficiente para que su presencia y su aroma invadieran su espacio sensorial.

—Sé que dije que ya no te molestaría, y no pretendo hacerlo, pero creo que, a pesar de todo, aún tenemos cosas de qué hablar. ¿Me acompañarías a tomar un café?

Ella ni siquiera trató de disimular su incomodidad. Dando un paso atrás y cubriéndose el pecho con ambos brazos respondió:

—No puedo, tengo mucho trabajo.

—Es acerca de los detalles del divorcio —insistió.

—Por mí no tienes que preocuparte. No te pediré pensión, ni parte de tus propiedades, ni nada de eso, no me interesa el dinero, solo quiero firmar el divorcio.

A pesar de que se había propuesto dejar de lado sus sentimientos, a Max lo invadió la desazón: la urgencia de Nataly por terminar con cualquier nexo que pudiera haber entre ambos era más que evidente.

Su gesto ante las últimas palabras de ella no fue de rencor sino de tristeza.

—Estoy seguro de eso, pero el departamento de Cornell Street lo adquirimos conjuntamente.

—Dame la parte que me corresponde, y asunto arreglado. No pienso reclamarte nada.

—Ya veo.

Ella se sintió taladrada por la aguda mirada de Max.

—Tengo que irme.

Él la tomó suavemente por el brazo antes de que ella pudiera escaparse.

Un escalofrío, mezcla de ansiedad y de remembranzas de deseo, la hizo estremecer.

—Me gustaría tener una última charla contigo, simplemente... ponernos al día. Me gustaría saber qué has hecho durante todo este tiempo.

—Max, de verdad, no hay nada qué decir. Simplemente rehíce mi vida.

—¿Vives con alguien? Llevas el apellido Larsen.

Ella se removió, totalmente incómoda, para zafarse de la mano de Max. La expresión de su rostro se volvió de piedra.

—Te dije que no vivo con nadie.

Al decirlo sintió una traicionera punzada en el estómago; si bien era cierto que Max se refería a si tenía una relación romántica, ella fue consciente de que estaba mintiendo.

Max suspiró, aliviado, para sus adentros.

—Entonces ¿me acompañarás a tomar un café, y charlar?

—No puedo, de verdad, tengo muchísimo trabajo. Tal vez después.

Se arrepintió tan pronto lo dijo, pero ya era tarde.

Él sonrió, con esa sonrisa devastadora de sus primeros años de amor.

—Tal vez después.

Por un instante, y a pesar de que él ya la había soltado, se perdió en la mirada masculina; sintió mariposas en el estómago, como con su primer amor de la secundaria, como cuando se dio cuenta de que estaba perdidamente enamorada de Max. Recuperó la compostura apenas a tiempo de que él no se percatara del efecto que estaba causando en ella, y se marchó precipitadamente.

CAPITULO 12

Por qué Nataly llevaba el apellido Larsen era una pregunta que no dejaba de dar vueltas en la cabeza de Max. Ella dijo que no vivía con nadie. Supuso que tal vez su esposa había decidido cambiar de nombre para que él le perdiera todo rastro, pero ¿acaso ella le temía tanto como para tratar de desaparecer de su vida sin dejar una sola huella? Esa explicación le parecía plausible, pero no le convencía del todo.

Decidió llamar nuevamente a su investigador privado, su buen amigo Roger Bell.

En la sala de pediatría Nataly trataba de concentrarse en su trabajo, pero no dejaba de pensar en Max. Se reprendió mentalmente por ser tan vulnerable a los encantos de su todavía esposo.

Deseó fervientemente que el tiempo corriera deprisa y sin detenerse hasta el momento en que firmara el acta de divorcio y se sintiera por fin libre de su encanto y de su nexo matrimonial.

De repente se sintió furiosa consigo misma porque se dio cuenta de que él le parecía aún más atractivo que antes, y de que esa amabilidad suya de los últimos días realmente le afectaba.

En un descanso decidió llamar a Merryl.

—¡Hola, Nataly! Qué gusto que llames, ¿cómo estás? —La voz de Merryl desbordaba entusiasmo.

—Estoy muy bien. Pero extraño a Natasha, no sabes cuánto. ¿Puedo hablar con ella? ¿Está ahí?

—Claro que sí, querida, te la paso en un segundo.

Nataly esperó.

—¿Mami? —Sintió que el estómago se le encogió al escuchar la vocecita de su pequeña.

—¡Cariño! ¿Cómo estás?

—Estoy muy bien, mami. Tía Merryl me lleva al jardín de niños todos los días, y hemos aprendido nuevas canciones. Pero mi tía no me deja comer helado todos los días, mami.

Nataly no pudo evitar reír ante las últimas palabras de Natasha.

—Y hace muy bien, cariño, no puedes comer helado todos los días, y lo sabes; no es bueno para tus dientes ni para tu garganta.

—Mami... —se quejó la niña.

—Escucha Natasha, no sé cuánto tiempo más estarás con tía Merryl, pero quiero que te portes bien, ¿de acuerdo? Quiero que comas todo lo que ella te dé, que te portes bien en el jardín de niños, que cepilles tus dientes y te acuestes temprano ¿de acuerdo?

—¿Y que diga mis oraciones antes de dormir?

—Por supuesto, eso es muy, muy importante.

—Lo haré, mami.

—Te quiero, mi amor, te llamaré después.

—Adiós, mami. ¿Te paso a tía Merryl?

—Sí.

Nataly quiso aparecer tranquila y contenta, pero Merryl, como buena periodista, era muy perceptiva, e intuyó que su amiga no estaba en su mejor momento; sin embargo, no quiso preguntarle nada para no aumentar su inquietud.

—Y dime, ¿cómo va todo con Paul?

—Pues, excelente, ¿sabes? De verdad, Paul está llegando a sorprenderme. No quiero adelantarme ni hacerme ilusiones, pero hasta ahora ha mostrado tener grandes cualidades. Y creo que nos entendemos muy bien.

—Me alegro por ti.

—Sí, bueno, yo también pero estoy tomándolo con calma. Debo ser muy cuidadosa después de mi anterior experiencia marital.

El tono en que lo dijo hizo que Nataly riera. Si bien Matt, el ex marido de Merryl, no era un engendro, simplemente había dejado que su matrimonio se fuera por la coladera al dedicarse a beber y ver la televisión. Aun así su amiga lo tomaba con mucho humor, y eso le encantaba de ella.

—Sí, debes tener cuidado —dijo por fin cuando pudo dejar de reír.

Se despidieron, una encargándole con todo el corazón a su pequeña, y la otra, asegurándole que la cuidaría como si fuera suya.

A pesar de que moría por ver a Natasha, la joven doctora tuvo que soportar otros cuatro días sin hacerlo, ya que durante ese periodo se vio en la necesidad de tratar con Max para ultimar, junto con el doctor Petersen, todos los detalles del equipo que

adquiriría el hospital.

La mujer hizo un esfuerzo descomunal para no mostrar el desasosiego que le producía la cercanía de Max. No quería aparecer sospechosa a sus ojos, darle motivos para pensar que le estaba ocultando algo, pero sentía que cuanto más se esforzaba, más nerviosa y culpable parecía.

Él, por su parte, se comportaba de manera sumamente profesional y apenas la miraba durante las reuniones, y cuando lo hacía sus ojos solo reflejaban una fría amabilidad.

Se había propuesto aceptar que Nataly lo hubiera echado irremediabilmente de su vida, pero el hecho de verla durante todos esos días, tenerla tan cerca, hablar con ella, percibir su aroma, no le daba tregua a sus sentimientos. No podía engañarse, no había dejado de amarla. Y no era esa pasión ciega e irrefrenable que lo había dominado en sus primeros años con ella: era más bien un anhelo profundo de tenerla a su lado, de verla crecer como persona, de tener a sus hijos, envejecer con ella.

Nataly se apresuró a dejar la sala de juntas cuando terminó la reunión, y pensaba que ya se había librado de Max, pero él también había salido apresuradamente para alcanzarla. Ella le debía una charla, y él pensaba cobrársela, aunque fuera la última vez que la tuviera cerca de esa manera.

Dando grandes zancadas por el pasillo la alcanzó rápidamente. Ella se volvió cuando él le habló.

—Espero que ahora sí tengas tiempo para tomar un café conmigo. —Su tono no era autoritario, sino casi una súplica.

Estaba preciosa; llevaba el pelo recogido en una coleta, sus labios apenas coloreados por un discreto brillo, y a través de las delgadas gafas sobresalían sus hermosos ojos de color verde cristalino.

Esta vez lo miró con un gesto de duda y no con enojo. «Una buena señal» pensó él.

—Por favor —insistió él, con esas maneras joviales que tanto afectaban a Nataly.

—Está bien —aceptó—. Dejo esto en mi oficina y regreso.

No tardó ni tres minutos y ya estaba de vuelta. Él la observó mientras se acercaba por el pasillo: esa era la mujer de quien se había enamorado locamente.

Aunque se había propuesto ignorarlo cuanto fuera posible, Nataly también le dirigió una mirada de estudio: vestía un pantalón gris oscuro impecable, camisa blanca, sin corbata, y el saco, a juego con el pantalón, se lo había quitado y colocado sobre el hombro. Todas las prendas le quedaban maravillosamente, haciendo resaltar su cuerpo delgado y atlético. Era evidente que se había afeitado esa mañana, y sus ojos azules destacaban en ese rostro atractivo y varonil. Le sonrió al verla, y ella sintió que las piernas le flaquearon.

—¿Lista?

Ella asintió en silencio, y se dirigieron a un café a una cuadra del hospital. Por supuesto no le pasó desapercibido que él posara su mano en su cintura para guiarla hacia el lugar, y aunque apenas la tocó, ella sintió un escalofrío de placer.

—¿Y bien? ¿De qué quieres hablarme?

Él sonrió.

—De nada en particular, de hecho. Solo quería charlar, saber cómo te ha ido aquí, si te sientes cómoda. Si eres feliz.

—Me ha ido bien. Tengo mi trabajo, y tú sabes que me encanta. Soy feliz.

Él asintió con un gesto de resignación. Ambos guardaron silencio por algunos instantes, hasta que Max lo rompió:

—Te aseguro que de ninguna manera pretendo reprocharte algo, pero siempre he pensado que es un tanto irónico el que ames tanto la pediatría, y sin embargo, no parecieras muy dispuesta a tener hijos.

Nataly palideció. Lo había dicho en un tono más bien casual, como el que emplearían dos amigos para ponerse al día después de no verse por un largo tiempo, pero Max tenía razón: toda esa situación resultaba muy irónica.

—Nunca dije que no estuviera dispuesta a tener hijos. Simplemente, creía que no era el momento.

Él bajó la mirada a su taza de café.

—Sí, lo sé.

Siguieron hablando de cosas más o menos intrascendentes relacionadas con los trabajos de ambos, hasta que Nataly decidió averiguar algunas cosas.

—Pensé que tal vez a estas alturas vivirías con alguien más.

Él hizo un gesto de desganada.

—Supongo que sería lógico —suspiró—. No lo sé, tal vez algún día lo haga. En estos momentos sería algo infructuoso. —Le dirigió una mirada por demás significativa, y Nataly decidió que era momento de dar por terminada la reunión.

—Tengo que volver al hospital —y se puso en pie.

Él la imitó, mientras llamaba a la camarera para que le llevara la cuenta.

Nataly no pretendía esperarlo, y mucho menos volver con él al hospital, pero él se dio prisa y la alcanzó a la salida de la cafetería.

—Te agradezco que hayas accedido a hablar conmigo, al menos un momento —le dijo cuando llegaron a la acera del hospital.

—Adiós, Max. —Ella hizo ademán de continuar su camino, pero él la tomó por la cintura y la acercó con suavidad hacia él.

Ni siquiera le dio tiempo de pensar lo que estaba ocurriendo, simplemente la besó,

con delicadeza al principio, y luego con ansias apenas contenidas. Ella suspiró de placer al sentir esos labios firmes y suaves que hacía tanto tiempo no probaba, y que la habían vuelto loca unos años antes. Pero antes de que pudiera reaccionar, él le puso fin al beso. La mantuvo pegada a su cuerpo durante unos segundos, mirándola con esos ojos abrasadores que lanzaban descargas de adrenalina a todo el cuerpo de Nataly.

—Adiós, Nataly —replicó con la respiración entrecortada antes de darse la vuelta y marcharse.

Ella se quedó parada unos segundos, viéndolo marchar con una expresión de asombro impropia de ella. ¿Por qué la había besado de ese modo? ¿Era esa su manera de despedirse? La había dejado temblando en la acera, ansiando más de ese contacto que no debía, que no podía ser... ¡Tremendo patán arrogante! Seguramente era su venganza.

Él, ocultando a duras penas su mal humor por lo que esa mujer le hacía sentir, se marchó a paso acelerado, aspirando con ansias el aire fresco y deseando alejarse de ella para desintoxicarse de su presencia.

Se dirigió a un restaurante que estaba cerca del hospital; Meg y Oscar, sus colaboradores en ese proyecto, se habían marchado al hotel.

Tomó una mesa lo más alejada posible de la entrada y pidió una copa de vino tinto.

—¿Max?

Una voz conocida y una mano sobre su hombro lo sacaron de sus pensamientos. Era su amigo Richard Stanton.

—Richard, hola, qué sorpresa encontrarte aquí.

—Lo mismo digo, ¿qué haces aquí? —preguntó mientras hacía ademán de sentarse.

—Vine a concretar la venta de un equipo médico al Hospital Graham-Jones. —Su voz sonó un tanto apagada al recordar inevitablemente a Nataly.

—Yo vine a ver a mi madre, tuvo un accidente hace unos días.

—Lo siento, ¿cómo se encuentra?

—Fue un buen susto, viejo, estuvo inconsciente por tres días. Tiene una contusión craneal y dos costillas rotas, pero el pronóstico es bastante bueno, y ella está de muy buen ánimo.

—Espero que se recupere muy pronto —dijo Max sinceramente.

A pesar de que no se veían con frecuencia últimamente, Max y Richard eran muy buenos amigos; este último había estado muy pendiente de Max cuando Nataly desapareció, pues temía por la cordura de su amigo.

Richard sonrió alegremente. Max lo miró a los ojos y soltó sin poder evitarlo:

—Encontré a Nataly.

Richard lo miró incrédulo.

—¿A Nataly? ¿Dónde?

Max sonrió irónicamente.

—En el Gramercy, ¿puedes creerlo? La encontré por accidente; vine a cerrar el trato de la compra del equipo, y me topo con que ella es una de las jefas de pediatría. He tenido que tratar con ella todos estos días.

Richard no habló de inmediato, estaba tratando de encontrar las palabras adecuadas para formular las preguntas que deseaba sin alterar el precario equilibrio emocional de su amigo.

—¿Ya hablaste con ella?

Max esbozó una ladeada y triste sonrisa.

—Sí, hablé con ella. —Levantó la mirada de su copa a la cara de su amigo—. No quiere saber nada de mí. —Hizo una pausa—. ¡Debiste verla! Parecía furiosa de verme.

—¿Qué le dijiste?

Max parecía un hombre derrotado mientras daba vueltas a su copa en un ademán inconsciente.

—Prácticamente le rogué que volviera conmigo, le dije que he cambiado. —Se echó hacia atrás en el mullido sillón que ocupaba—. ¡Qué patético!

—Lamento decirte que el amor nos vuelve patéticos —aseveró Richard en un tono muy semejante al de Max.

Este lo miró. Recordó que la última vez que se habían visto, su amigo le dijo que estaba ultimando los detalles de su largo, costoso y devastador divorcio que, por cierto, había solicitado Mary Ann, su esposa, completamente en contra de la voluntad de Richard.

—¡Qué par de miserables somos! —dijo Max con cierto humor.

Ambos soltaron una carcajada y rieron hasta que las lágrimas les cubrieron el rostro.

Max levantó su copa para brindar simbólicamente por los fracasos amorosos de ambos.

—Y ¿qué harás? —preguntó Richard, al fin.

—Ya empecé los trámites del divorcio. Estoy loco por ella, Richard, lo admito, no sé qué rayos me hizo. Pero después de todo este tiempo y de todo lo que ha pasado, no voy a forzarla a quedarse conmigo. Supongo que tendré que volver a empezar.

—Supongo que es lo mejor que puedes hacer. Solo te aconsejo que tengas mucha fuerza y paciencia para el divorcio: es un proceso sumamente desgastante.

—Nataly me dijo que no quiere nada.

La mirada de Richard fue un cuestionamiento abierto.

—No quiere absolutamente nada de mí. Su actitud es... no lo sé, quiero decir que... Entiendo hasta cierto punto todo por lo que la hice pasar, mi comportamiento rayaba en lo obsesivo, pero deberías verla, Richard, actúa con tanto recelo, es evidente que quiere que yo desaparezca de su vida.

—¿Crees que te odia?

Max lo miró.

—No, bueno, al menos, no creo que me odie. Es más bien... no lo sé. Creo que no entiendo su reacción hacia mí. Estoy seguro de que ella sabe perfectamente que jamás le haría daño, físicamente, quiero decir. Y si fui egoísta y demandante, bueno, era simplemente porque ella no estaba dispuesta a sacrificar su trabajo por mí o por nuestro matrimonio, aun cuando yo solo le pedía que redujera sus horarios. Le aseguré que le daré el divorcio sin ninguna objeción, pero es como si ella quisiera poner toda la distancia posible entre los dos.

—Bueno, Max, como dijiste, creo que lo mejor para ti es volver a empezar. Borrón y cuenta nueva, viejo; si no puedes estar con Nataly, acéptalo, y toma lo bueno de la vida. Las cosas pasan por una razón. Tal vez todavía no logras descubrirlo, pero es posible que algo muy bueno salga de esto.

Max no era dado a la autocompasión, y tampoco compartía el optimismo sin fundamento, pero pensó que, por una vez en su vida, no le haría daño pensar positivamente.

—Tienes razón: algo bueno tiene que salir de esto.

Volvió a alzar su copa y se bebió lo que restaba del vino. A pesar de que le había hecho un ademán a Richard para que pidiera algo de beber, este no aceptó, pues estaba a punto de marcharse cuando se encontraron.

Ambos se levantaron de la mesa al mismo tiempo y se dirigieron a la puerta.

—Oye, me dio gusto verte. Cuando llegue a Boston te llamaré para vernos pronto. Tengo algunos proyectos que quiero comentarte —le dijo Max a Richard antes de que cada cual tomara diferente dirección.

Por unos minutos Max le dio vueltas en su mente al comportamiento de Nataly sin hallar una explicación, hasta que recordó lo que había dicho Richard: borrón y cuenta nueva. Su amigo tenía razón, debía volver a empezar.

Llegó al hotel con energías renovadas, pese a que no había comido, y preparó su equipaje para volver a Boston al día siguiente, dispuesto a que Meg y Oscar terminaran el trato, y no volver a poner un pie en Portland, al menos no con Nataly en la mente.

Se propuso acelerar los trámites del divorcio y luego se tomaría un mes de

vacaciones en Europa para despejar su mente.

«Tal vez necesitaba verla de nuevo para darme cuenta de que lo nuestro terminó hace mucho tiempo» admitió, no sin tristeza.

CAPITULO 13

Tan pronto se enteró de que Max se había marchado a Boston, Nataly corrió a casa de Merryl para recoger a su preciosa hija y devolverla a casa.

La chiquilla se dejó abrazar y besar con gusto, mientras su madre contenía a duras penas las lágrimas, tras lo que le había parecido una eternidad sin verla.

—Mami, ¿ya me vas a llevar a casa? —le preguntó con su vocecita aguda.

—¡Claro que sí, mi amor! Irás a casa conmigo.

Siguieron charlando animadamente; Nataly le preguntó si se había divertido con su tía Merryl, si había hecho muchas travesuras, y cómo se había portado en el jardín de niños.

La niña respondió con una detallada explicación a cada una de sus preguntas. Cuando terminó, se dirigió a la habitación que le había asignado Merryl para recoger todas sus cosas y prepararse para partir con su madre.

—¿Estás segura de que quieres llevártela? Puedes dejarla aquí conmigo todo cuando quieras —dijo Merryl en tono de broma, aunque en el fondo realmente sentía que la pequeña se marchara; se había acostumbrado mucho a ella y la amaba como si realmente fuera su sobrina.

Nataly suspiró.

—Este tiempo sin ella me ha parecido casi insoportable, Merryl. —Hizo una pausa y bajó la voz al continuar—. A veces odio a Max por obligarme a alejarme de mi hija, aunque él no lo sepa.

Merryl bajó la mirada hacia el plato de fruta que estaba comiendo.

—Tú sabes que yo estoy encantada de cuidar a Natasha, pero me parece muy complicado para ti tener que separarte de ella para ocultársela a Max.

—Sí, es complicado, pero a pesar de su comportamiento en estas últimas semanas, no me atrevo a arriesgarme. Estoy segura de que se pondrá furioso.

Merryl la miraba fijamente, con una expresión muy seria.

—Entiendo que desconfíes, Nataly, pero no puedes vivir siempre ocultándote de ese modo; además, creo que Max tiene derecho a saber...

Nataly se echó hacia atrás para ver mejor a su amiga, a quien por un instante creyó

desconocer.

—¿Desde cuándo estás del lado de Max?

—Oh, por favor, no me malinterpretes, Nat. Tú sabes que siempre te apoyaré, pero si piensas bien las cosas... bueno, Natasha necesita a su padre...

—Hasta ahora no lo ha necesitado, nos las hemos arreglado muy bien solas — interrumpió Nataly, airada.

—Ya lo sé. Eres una mujer trabajadora y autosuficiente, y muy inteligente y una buena madre. Pero la niña necesita a un padre. No estoy diciendo que vuelvas con Max ni nada por el estilo, solamente que él sepa de Natasha y que pase tiempo con ella, que le dé lo que ella merece y necesita. Tal vez él realmente ya cambió.

Nataly la miraba tratando de contener sus emociones. Creía que no tenía que aclarar nada con su amiga, que ella entendía su situación. Y el que ahora abogara por Max como si él hubiera sido siempre un dechado de virtudes la enfurecía, después de todo lo que ella había tenido que pasar por su causa.

—¿Qué, ahora eres la *Doctora Corazón*? ¿Cuándo obtuviste tu grado en Psicología? Ni siquiera has visto nunca a Max, y sin embargo lo defiendes como si lo conocieras y supieras que realmente merece una segunda oportunidad.

—Nataly, por favor, no te exaltes, no era mi intención...

—¡No! No era tu intención, pero ahora pretendes verme como la mala de la historia. No pienses que no siento remordimiento, ¡claro que me siento culpable! Me pongo en el lugar de Max y siento que me moriría de rabia si me enterara de que tengo una hija y me la han ocultado durante todo este tiempo. Y es precisamente por eso que no puedo permitir que él se entere...

—¡Está bien, está bien! Perdóname, no era mi intención molestarte, en realidad quiero ayudarte, no volveré a mencionarlo, ¿de acuerdo?

Nataly respiraba agitadamente, como si hubiera corrido un medio maratón; aspiró profundamente antes de hablar.

—Merryl, discúlpame, has sido tan buena conmigo y con Natasha, no debí hablarte así. Pero es que solo pensar en que Max sepa de Natasha me hace perder la compostura. ¿Y si tratara de quitármela? —Su rostro y su voz eran pura desesperación, y Merryl se arrepintió de inmediato de haber siquiera sugerido decirle a Max sobre la niña.

—Ya, no te preocupes, cálmate.

Tras darle una palmada en el hombro se dirigió a la habitación de la pequeña para ayudarle a hacer su maleta.

Unos segundos después sonó el timbre y Nataly fue a abrir.

Un hombre bastante atractivo, al que no conocía, apareció ante ella. Él pareció un

poco desconcertado al verla, pero la saludó amablemente y preguntó por Meryll.

—Está adentro. Iré a llamarla.

—Está esperándome, soy Paul.

Nataly sonrió ampliamente y le extendió la mano a modo de saludo.

—Paul, hola, mucho gusto. Soy Nataly, la amiga de Meryll, supongo que ella te ha hablado de mí.

—Hola, claro que sí, me da mucho gusto conocerte al fin.

—Pasa, por favor. Avisaré a Meryll que has llegado.

Mientras Paul se sentó ella fue a llamar a su amiga.

—Hey, ha llegado tu galán —le dijo en tono pícaro.

—¿Tío Paul? —preguntó la niña, abriendo sus grandes ojos, y luego salió corriendo hacia la sala.

—¿Tío Paul? —inquirió Nataly.

Meryll se encogió de hombros y puso una expresión culpable.

—Natasha insistió. Como lo ha visto conmigo piensa que también él es su tío, y a Paul le encantó la idea. Se llevan muy bien, ya lo verás.

Salieron ambas hacia la sala y la pequeña estaba colgada del cuello del atractivo dentista, quien charlaba con la pequeña sobre algo que ellas no alcanzaron a oír.

—Así que volverás a casa con tu mami. Veo que estás feliz —escucharon cuando estuvieron más cerca.

—Sí, pero voy a extrañar a tía Meryll, y a ti.

Él soltó una alegre carcajada.

—Bueno, eso no significa que dejarás de verme. Te aseguro que nos veremos con mucha frecuencia. —Y le guiñó un ojo, gesto que la niña correspondió de forma cómplice, mientras las dos mujeres se miraban, una con malicia, y la otra un tanto abochornada y feliz al mismo tiempo.

—Bueno, nosotras nos vamos —dijo Nataly, al fin.

—Mami...—protestó Natasha.

—Aún es temprano, ¿por qué no vamos a comer algo? —sugirió Paul—. Le debo un helado a esta pequeña.

—Veo que has sabido ganártela en tan poco tiempo —dijo Nataly, sin poder evitar que su sonrisa se reflejara en su voz.

—Tengo un don con los niños —dijo él en voz baja y en tono juguetón.

A Nataly, que por experiencia era desconfiada con las personas que acababa de conocer, Paul le gustó de inmediato.

Decidieron ir a un restaurant italiano donde Paul aseguró que tenían un helado digno de los dioses, a fin de complacer todos los paladares, especialmente los de

cierta personita muy demandante.

CAPITULO 14

Max se recargó en el respaldo del sillón; siempre le había gustado ese mullido y viejo sillón color marrón que, en cierto modo, desentonaba con el resto de la decoración del salón de su amigo Thomas. Era cómodo, era familiar, era como estar en casa en una tarde de lluvia, tomando una deliciosa taza de café.

Su gesto no pasó desapercibido a su amigo. Habían estado hablando de un negocio online muy promisorio que tenían entre manos, pero cuando Max se recostó, Thomas supo que no era precisamente por cansancio o hastío.

Max también lo sabía. Pese a su propósito de dejar atrás a Nataly y la vida que habían compartido juntos, en las últimas semanas había dedicado mucho tiempo a pensar en ella. Sabía que no tan en el fondo, no se resignaba a perderla para siempre; para él, el divorcio significaba una sentencia.

Y se sentía furioso consigo mismo por seguir enamorado de una mujer que no quería tener nada que ver con él.

«¿En dónde quedó tu dignidad, estúpido?» se cuestionaba.

Thomas no quería tocar el tema, pero sabía que su amigo tenía que sacar de una vez por todas de su sistema esa relación que lo estaba envenenando.

—¿Cómo va lo del divorcio?

Max pareció salir de un letargo.

—Bien, mi abogado ya le envió a Nataly el borrador con los acuerdos económicos; ella no me pidió nada, pero quiero compensarla.

Thomas seguía pensando que era un tanto extraño que Nataly se negara a recibir una compensación económica, pero no lo dijo. Max, sin embargo, pareció leer sus pensamientos.

—Ya sé que es extraño que no pida nada, después de todo, ambos trabajamos duro para tener nuestro patrimonio en común, pero supongo que no quiere tener absolutamente nada mío. —El dolor se adivinaba claramente en sus palabras.

—Max, esta noche saldré con Marcia, nos veremos con su amiga Lory, vino de visita desde Nueva York; tal vez te vendría bien venir con nosotros, tomar una copa, distraerte. Estoy convencido de que necesitas conocer mujeres y olvidarte de una vez

por todas de esa mujer.

—¿Esa mujer? Esa mujer es mi esposa, Thomas.

—Solo técnicamente. Perdóname que sea tan duro, pero creo que ya es hora de que enfrentes la realidad, por cruda que sea: Nataly no te ama, te dejó, huyó de ti. Tal vez tú fuiste duro con ella, pero es probable que ella no te amara lo suficiente como para intentar que su relación funcionara.

—¿Intentar? Tom, ella me suplicó que fuéramos a terapia, estaba dispuesta a acudir ella también, era yo quien estaba mal...

—Si la memoria no me falla, ella no quiso darte un hijo.

—Muchas mujeres actualmente no quieren tener hijos. ¿Qué tiene eso de extraño? Ella quería enfocarse en su carrera.

—¡Por favor, Max, no la defiendas! Nataly ya no era una jovencita, estaban en un buen momento: un matrimonio joven, exitoso, con una posición económica por demás holgada... Podría haber tomado un año sabático y regresar después al hospital, pero no quiso sacrificarse. No le estabas pidiendo un imposible, sino la oportunidad de ser una verdadera familia, una familia completa, y ella no quiso hacerlo. Admítelo, amigo, ella realmente no te amaba lo suficiente. —Sabía que estaba siendo duro, pero Thomas sentía que era el momento de que Max enfrentara la realidad.

Este levantó la mirada, derrotado.

—Lo sé, lo sé, Tom. Sé que tienes razón en todo lo que dices, y yo mismo trato de convencerme de que debo olvidarla, de que todo se terminó. Borrón y cuenta nueva —sonrió tristemente, parafraseando a Richard—. He intentado una y otra vez rehacer mi vida, me dedico al trabajo como si no existiera otra cosa en el mundo, solo para tratar de no pensar en ella. Y a veces lo logro, de veras, a veces un nuevo proyecto, una nueva propuesta, me hacen olvidarme por un instante de que Nataly está en el mundo, pero luego, la más mínima cosa me hace recordarla y... ¡rayos! —Se pasó ambas manos por el cabello, desesperado—. Es como una enfermedad, Tom, una enfermedad crónica que crees que remite, pero luego... Y al mismo tiempo me siento tan estúpido por seguir amándola. Sé que hay miles de mujeres con las que podría ser feliz, pero yo la quiero a ella.

Tom lo observaba, no como un crítico, sino como un amigo que busca la manera de ayudar, de decir lo adecuado, de decir la verdad sin destruir.

—Amigo, debo confesar que nunca he visto un caso como el tuyo. Y creo sinceramente que, como los adictos, tienes que tocar fondo para poder iniciar tu ascenso hacia la superficie. Y me parece que tú ya has tocado fondo y más allá. En mi opinión, deberías tomarte unas buenas vacaciones en el Caribe, buscar una chica agradable con la que pasar el tiempo, volver al trabajo con renovados bríos y

olvidarte de Nataly para siempre.

Max no se sentía con ánimos de tomar un descanso, pero pensó que su amigo estaba en lo correcto: haría un receso y trataría de tomar el segundo aire en su vida.

CAPITULO 15

Nunca pensó que el consejo de Thomas pudiera resultar tan acertado.

Después de tres semanas en Bahamas se sentía renovado, fresco, dispuesto a enfrentar con toda su energía los retos de la vida.

Había invitado a su amiga Janice. Le gustaba estar con ella porque, aunque de vez en cuando compartían la intimidad, ella no buscaba ningún compromiso, solo se escuchaban mutuamente y se divertían.

Max dejó las maletas en su habitación, se dio una ducha rápida y se dirigió a su oficina.

Todo estaba igual que siempre: mucho movimiento, ajeteo, papeleo, el incesante tecleo en las computadoras, gente hablando por teléfono. Todos lo saludaban amablemente y le daban la bienvenida mientras continuaban con sus actividades cotidianas.

Su asistente, Susan, rápidamente lo puso al día con los pendientes y las citas para esa fecha. Iba a organizar su agenda con ella, cuando Margaret entró.

—Hola, buenos días, vacacionista.

—Hola, Meg, ¿cómo está todo?

—Bueno, la empresa no se cayó porque te hayas ido. Pero te necesitamos.

Ante la mirada interrogativa de su jefe, se sentó.

—Escucha, llamó el doctor Petersen, del Graham-Jones, de Portland. Recibieron el equipo hace unas dos semanas, pero uno de los aparatos no es el que solicitaron, según Petersen, y quieren que lo cambiemos por el que ellos, supuestamente, pidieron originalmente. —Le pasó una carpeta a Max con los datos de los equipos—. Debo decir que fueron ellos los que se equivocaron, nos dieron las especificaciones del equipo que enviamos, pero el jefe de pediatría quiere el otro. Les dije que tendría un costo extra por el traslado, pero quieren negociar.

Max analizaba los papeles mientras Meg hablaba.

—Tienes razón, ellos pidieron el equipo que se les envió. Pero no queremos perder al que puede ser un muy buen cliente, así que haremos el cambio.

La mujer lo miró, incrédula; su jefe se estaba volviendo muy blando, en otro tiempo

habría sido terminante al imponer sus condiciones.

—Había pensado ir yo a Portland a hacer el cambio, si tú lo autorizabas, pero al parecer el jefe de pediatría quiere hablar contigo personalmente.

Max hizo una mueca de disgusto, no le agradaba en absoluto la idea de ir a Portland.

—Lo llamaré hoy mismo; tú irás a Portland.

—Bien, tú eres el jefe.

Merryl sorteaba a saltos los enormes charcos que la lluvia había dejado en las calles; al momento solo caía una llovizna menuda, pero el viento era helado y calaba hasta los huesos.

Se encontró con Paul en un café del centro; unos minutos después llegaron Nataly y Natasha. La joven doctora se sentía incómoda con su amiga y su novio porque pensaba que ellos querrían tener intimidad, pero Natasha se había apegado mucho a Paul, y quería acompañarlos a todas partes. Él, por su parte, le había tomado mucho cariño a la pequeña y siempre estaba cargándola, comprándole cosas y jugando con ella.

Nataly los miró mientras se dirigían al mostrador para que la niña escogiera una tarta, mientras ella y Merryl los esperaban cómodamente sentadas. Trató de imaginarse si Max habría sido tan cariñoso y abierto con la pequeña si ellos hubieran continuado juntos. Se preguntó cómo habría sido como padre, si habría sido igual de rígido con la niña como lo había sido con ella; exigente, casi inflexible, o si habría cedido aunque fuera un poco. Tal vez la pequeña lo hubiera ablandado, quizá él se hubiera sometido al amor de esa pequeña de cabello ensortijado y ojos azules que a ella le había conquistado el corazón tan pronto la tuvo en sus brazos por primera vez.

Sin poder evitarlo, sintió cierta nostalgia por lo que pudo haber sido. No podía negar que había amado a Max, en realidad, había sido el amor de su vida y, si bien había aprendido a vivir sin él, aún extrañaba lo que hubiera podido ser su vida juntos si él hubiera sido diferente.

—Mami, mami, mira qué delicioso *muffin* me compró Paul. —La voz de la pequeña la sacó de su ensimismamiento.

Ni siquiera había prestado atención a la explicación de Merryl sobre su nuevo proyecto de trabajo. Aquella se había percatado de lo concentrada que estaba su amiga en sus pensamientos y la dejó con ellos. Merryl podía ser muy intuitiva, y se

había dado cuenta del tema que ocupaba la mente de Nataly. Su amiga le había contado prácticamente todo respecto a su relación con Max, pero sabía que había sentimientos que no pueden ser expresados con palabras, o que tienen que permanecer en la intimidad.

Nataly observó el hermoso pastelillo rosado rematado con un copete de crema batida y chispas de chocolate, y sonrió. «La felicidad es tan simple para los niños» pensó.

CAPITULO 16

—Señor Hoffman, comprendo que el error fue nuestro, y le pido una disculpa por haberle causado tantas molestias —expresó el doctor Petersen cuando aclararon el malentendido.

Max accedió a no incluir un costo extra por el traslado del equipo si el hospital adquiriría también un equipo de tomografía de última generación.

Petersen se había mostrado reacio porque suponía que el consejo de administración no aprobaría el desembolso, pero estaba muy apenado con Max, por lo que buscó la manera de convencerlos de adquirir el equipo que, por lo demás, era muy necesario, y finalmente lo consiguió.

Max había sido muy cauteloso al momento de acudir al hospital. Había sido muy enfático con Petersen al señalar que quería tratar con él y con el doctor Donaldson, exclusivamente.

El buen doctor Petersen entendió la indirecta, y por la mañana le comentó a Nataly de manera aparentemente casual que el director de *Ultimate Medical* visitaría el hospital ese día para aclarar lo relativo al cambio del equipo.

Nataly tuvo buen cuidado de no pasar cerca siquiera de la sala de juntas, y anduvo de un lado a otro en el piso donde se hallaba el área de pediatría para no ser un blanco fácil en caso de que él la buscara.

El encuentro entre Max y Donaldson se había extendido más de lo previsto porque los dos últimos no se conocían previamente, y al jefe de pediatría le resultó muy interesante todo lo que Max les estaba comentando sobre lo último en tecnología de diagnóstico.

El director del hospital se excusó, diciendo que tenía mucho trabajo, y los dejó mientras Max, supuestamente, se despedía.

Sin embargo, Donaldson había invitado a Max a la cafetería, donde, le dijo, podían presumir de servir un café excelente, a fin de continuar ahí con su charla interminable.

Cuando Nataly vio a Petersen en el cuarto piso, pensó que Max ya se había marchado.

Era casi la hora de la comida y, por ser viernes, Meryll llevaría a Natasha para que ella y su madre salieran juntas del hospital y Nataly pudiera llevarla al cine o a pasear en el centro comercial. La joven doctora casi se había olvidado de eso con tanto trabajo como había tenido durante toda la mañana, así que se dirigió a la cafetería para comer.

Iba a abrir la puerta de cristal que daba al restaurante cuando una vocecita en el amplio pasillo llamó su atención.

—¡Mami, mami!

Nataly se volvió y vio a su pequeña correr hacia ella con los brazos abiertos. Se agachó para recibirla en los suyos y le dio un fuerte abrazo, mientras Meryll apenas se hallaba a la mitad del trayecto.

—Llegaste, mi amor —le dijo suavemente a Natasha, manteniéndola abrazada.

En una de las mesas cercanas a la entrada de la cafetería, Max observaba la escena, estupefacto, sin prestar atención a lo que le decía Donaldson. Había podido escuchar perfectamente cuando la pequeña llamo «mami» a Nataly. Palideció. Un cúmulo de pensamientos lo invadió súbitamente; la niña no podía tener más de cuatro años.

—Doctor Donaldson, discúlpeme, por favor —logró decir atropelladamente, y se dirigió hacia donde estaba Nataly esperando a Meryll.

Se plantó al lado de su esposa. Ella se volvió al percibir la figura que se había parado a su lado; su rostro se tornó blanco como una hoja de papel.

—Max —exhaló apenas.

Sintió que las piernas le fallaban; una mancha negra pasó momentáneamente por sus ojos y pensó que iba a desmayarse.

Max volvió la vista a la pequeña, que se revolvía inquieta en los brazos de Nataly.

Meryll los alcanzó en ese momento. Miró al hombre tan atractivo que estaba al lado de su amiga, y luego la miró a ella, pálida como espectro, y de pronto entendió. ¡Era Max! Trató de pensar rápidamente en una manera de salvar a su amiga, pero no se le ocurrió nada, él se había dado cuenta de todo.

—Me parece que tú y yo tenemos que hablar —dijo él, al fin.

Nataly se irguió; había recuperado un poco la compostura.

—No tenemos nada de qué hablar, Max.

—Yo creo que sí. —Su tono terminante y la forma en que la miraba no dejaban lugar a réplica.

Ella accedió, no tenía caso posponer lo inevitable; depositó a la niña en brazos de Meryll y pidió a Max que la siguiera a la sala de descanso. Haciendo un gran esfuerzo trató de ignorar a su hija.

—Así que tienes una hija —le espetó él a bocajarro cuando cerró la puerta de la sala

de descanso.

—Sí, tengo una hija —admitió ella, tratando de aparentar una seguridad que no sentía.

Él guardó silencio por unos segundos terribles.

—¿Quién es el padre? —A Nataly le pareció que la voz de Max retumbó en la habitación, aunque él lo había preguntado a media voz.

—No lo sé. —Hizo un gran esfuerzo por sonar convincente y segura.

Él dio un paso y se acercó más a ella, en lo que a Nataly le pareció una actitud por demás intimidante.

—¿Cómo es que no sabes quién es el padre de tu hija? —Él se estaba esforzando también por no perder el control, pero todo aquello estaba pudiendo con él.

Ella lo miró y se puso muy seria.

—No lo sé, Natasha es adoptada. —Sintió que su estómago se contrajo al decir esa horrenda mentira que se le había ocurrido de pronto, pero tenía que buscar una salida.

Max continuó mirándola a los ojos de esa forma penetrante que a Nataly siempre le había puesto los nervios de punta.

—Mientes —dijo él al fin, con una tranquilidad que le heló la sangre.

Sabía que no podría sostener esa mentira por mucho tiempo, Max, sin duda, le exigiría ver los papeles que acreditaran la adopción, pero debía encontrar una manera de ganar tiempo.

—No miento. Una amiga de Merryl resultó embarazada, pero era muy joven y no deseaba hacerse cargo, así que yo decidí quedarme con el bebé para que no lo diera en adopción. Ni siquiera hicimos el trámite de adopción, simplemente me la dio. La niña es mía.

—Tú nunca quisiste un hijo, ¿por qué decidiste hacerte cargo de esa niña? —La pregunta estaba cargada de reproche y de dolor.

—Me conmovió la situación, no quería que la pequeña fuera a parar a un orfanato.

Max estaba tratando de procesar todo lo que Nataly le había dicho: ella parecía tranquila al decirlo y su historia tenía cierta lógica, pero él no estaba convencido. Decidió no dejarle ver sus dudas, había aprendido a ser paciente, y sabía muy bien que tenía otros medios para conocer la verdad del asunto.

Él la miró con una extraña expresión en los ojos.

—Así que te negaste en redondo a tener un hijo mío, pero aceptaste el de una persona ajena. Te desconozco, Nataly, desde que te encontré, cada vez que te veo descubro cosas de ti que me hacen pensar que no eres la persona con quien me casé.

Ella se irguió, ya más segura, pensando que lo había convencido, y picada en su orgullo por las palabras de él.

—Te dije que he cambiado, no soy la misma mujer que conociste.

—No, ya veo que no —replicó él con sarcasmo—. Eres peor, o tal vez nunca te conocí realmente.

Ella no supo cómo responder a eso.

—Adiós, Nataly. —Se dio la media vuelta y salió.

Ella trató de respirar normalmente cuando él salió de la habitación, pero solo logró inhalar un poco de aire y luego empezó a llorar descontroladamente. Ahora, Max no solo la había encontrado, sino que sabía que ella tenía una hija, y temía que no se conformara con su explicación.

Se quedó un buen rato en la sala de descanso y no salió hasta que logró controlarse.

Max volvió a la cafetería para despedirse del doctor Donaldson, pero este ya se había marchado, ya que lo habían llamado del área de pediatría. Sin embargo, encontró a Meryll y a Natasha, y se acercó a ellas.

Meryll instintivamente atrajo a Natasha cuando vio que él se acercaba a ellas, y ese solo gesto le bastó a Max para saber lo que tenía que hacer.

Durante dos larguísimos días, Nataly no supo nada de su aún esposo. El doctor Petersen le había dicho que al parecer Max se había marchado a Boston, pues ya se había completado la entrega del equipo de pediatría, pero todavía tenía que encargarse del envío del de tomografía.

Nataly respiró un poco más tranquila, pero pocos días después recibió una notificación judicial.

Con mano temblorosa abrió el sobre que le había entregado un joven actuario. Se puso lívida cuando leyó el contenido: Max estaba demandando una prueba de paternidad sobre Natasha.

CAPITULO 17

—Nataly, cálmate, por favor, tienes que serenarte. —Merryl trataba por todos los medios de hacer volver la calma a su amiga, pero le estaba costando, estaba muy alterada.

—Merryl, ¿cómo puedo calmarme? ¡Max va a quitarme a mi hija!

—Eso no puedes saberlo, escúchame, tienes que pensar muy bien lo que vas a hacer. Yo creo que lo mejor es que hables con Max y le digas toda la verdad.

—¡No, eso no! Si Max se entera de que Natasha es su hija podría tratar de quitármela.

Merryl suspiró; Nataly estaba fuera de sí.

—Y entonces, ¿qué piensas hacer? —Sonaba un tanto disgustada por la cerrazón de su amiga.

Nataly caminaba nerviosamente de un lado a otro como si quisiera hacer una zanja.

—No lo sé, no lo sé, Merryl. Tal vez... no sé, quizá pueda alterar los resultados, cambiar las muestras...

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? ¡Estás planeando cometer un delito, Nataly! ¡Por favor! No puedes hacer eso, si llegaran a descubrirte, perderías la licencia, no podrías ejercer la medicina en este país nunca más.

Nataly la miraba con expresión desesperada.

—Nataly —Merryl se puso frente a ella y la tomó de las manos—, escúchame. Lo que tienes que hacer es hablar con Max y decirle la verdad.

Los ojos de Nataly se abrieron como platos; hasta el momento había escuchado los consejos de su amiga de forma muy vaga, le llegaban desde lejos en medio de su consternación. En ese instante la escuchó con atención por primera vez desde que acudiera a ella en busca de apoyo, y empezó a procesar lo que le decía.

—Tú no lo conoces como yo, Merryl, Max es de lo más posesivo, y siempre quiso un hijo. Imagínate lo que hará cuando tenga la certeza de que Natasha es su hija: utilizará todas sus influencias para que el juez le dé la custodia...

—Se te olvida que todavía están casados.

—El divorcio está en proceso, Max podría demandarme por abandono de hogar. No

tendría ningún problema para demostrar que lo dejé hace cuatro años sin un solo rastro, y que le oculté la existencia de su hija. ¡Ningún juez dudaría en quitarme a mi bebé con esos argumentos!

Merryl la miró con ternura.

—Estás siendo extremista, Nataly. Insisto en que tienes que decirle todo a Max; lo que menos te conviene es que esto llegue a los tribunales y es posible que él lo tome con calma, tal vez todavía puedas negociar con él.

—¿Negociar, qué? ¿Volver con él? ¿Atarme a sus deseos, a su control compulsivo?

—Él asegura que ha cambiado. Tal vez es el momento de que le des una oportunidad de demostrarlo.

—No pienso correr el riesgo de averiguar si realmente cambió o no, Merryl. No puedo darme el lujo de equivocarme, se trata de mi hija.

Max no había tenido un instante de sosiego en todos esos días. Recordaba la carita de la pequeña Natasha y creía encontrar rasgos suyos en ella. Estaba prácticamente seguro de ser el padre de la niña, y estaba más que ansioso por que llegara el momento de hacerse la prueba de paternidad.

A pesar de todo, se encontraba más tranquilo; la tormenta que se había formado en su interior al enterarse de la existencia de la niña había dado paso a una serie de pensamientos más sosegados. Se preguntaba cómo habría sido su vida durante esos últimos cuatro años si Nataly no le hubiera ocultado que tenía una hija; él se habría esforzado aún más por cambiar.

Por momentos odiaba a su esposa; era consciente, desde hacía mucho tiempo, de que él había sido el culpable de que ella huyera de él, pero no entendía cómo había sido capaz de negarle el derecho, la felicidad, de saber que tenía una hija. Sentía que estaba siendo testigo de unas facetas de Nataly que no hubiera creído que existieran: la mujer de la que se había enamorado, a la que había amado hasta la locura, se había transformado en una arpía despiadada con el corazón de hielo.

Pero debía serenarse, debía calmarse y tener paciencia, no quería que Nataly huyera de nuevo, llevándose a su hija consigo.

¿Qué haría cuando le dieran los resultados, cuando tuviera la certeza de que Natasha era su hija? Desde luego que ya no querría separarse de ella, querría recuperar el tiempo perdido, estar con la pequeña todo el tiempo, jugando, comprándole juguetes, mimándola...

Tendría que proponerle a Nataly que lo intentaran de nuevo, por la niña; estaba seguro de que ella no querría, pero él sabía que tenía todas las de ganar: ella no solo lo había abandonado, sino que le había ocultado que tenían una hija. Si ella intentaba impedirle tener a su hija, o huir de nuevo sin dejar rastro, su equipo de abogados se encargaría de que él pudiera quedarse con la pequeña. Pero ese era un extremo al que no pretendía llegar. Aunque estaba realmente decepcionado con su esposa, no quería hacerle más daño.

Durante años había acariciado la idea de recuperarla, pero en ese preciso momento no estaba muy seguro de que fuera eso lo que deseaba; estaba muy desilusionado de ella, y en cambio se sentía lleno de gozo al pensar en Natasha; le esperaba una enorme felicidad, al fin se había materializado su anhelo de tener un hijo.

—Cariño, ¿qué te pasa? Te escuchas muy triste, ¿está todo bien? ¿Natasha está bien?

—Natasha está bien, mamá —dejó escapar un profundo suspiro—. Max nos encontró.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio por unos segundos.

—¡Oh, por Dios! Hija, ¿cómo estás? ¿Ya sabe de Natasha?

Nataly no pudo contener el llanto.

—Sí, mamá, la vio; inventé una historia, le dije que es adoptada, pero no me creyó, y está demandando una prueba de paternidad. ¡Mamá! ¿Qué voy a hacer? —El llanto le impidió seguir hablando.

—Ay, hija. Me duele tanto tu situación. No pospondremos más nuestro viaje, iremos a verte mañana mismo. Pero por ahora, quiero que tomes las cosas con calma. Estoy segura de que todo va a salir bien.

Sylvia hubiera querido decirle que ella tenía confianza en que Max había cambiado realmente. Tuvo oportunidad de hablar con él varias veces cuando él trataba de obtener información sobre el paradero de Nataly, y le parecía que en verdad se había esforzado por superar sus actitudes posesivas y sus celos. Pero si deseaba que su hija tuviera confianza en ello, tendría que esperar a que se lo dijera personalmente.

—¡Mamá, los necesito tanto! Esperaré con ansias su llegada.

—Nos veremos muy pronto, hija, pero quiero que te calmes.

Nataly sabía que su madre tenía razón. Después de todo, Max no era un ogro. Quizás había llevado su afán de posesión sobre ella más allá de lo que se considera

normal, pero era un hombre sensible e inteligente. Debía tranquilizarse y esperar a ver cómo evolucionaba la situación.

CAPITULO 18

Max salió corriendo de la ducha para contestar su teléfono móvil; era Nataly.

—Tenemos que hablar —soltó ella con voz trémula.

—Si te parece bien, ven a mi hotel; aquí podremos hablar sin que nadie nos moleste.

Le dio el nombre del hotel y el número de habitación y ella le aseguró que estaría ahí en unos minutos.

Él se apresuró a arreglarse; se puso un pantalón negro y una camisa blanca, se peinó y se puso perfume. No tenía intención alguna de atraer a Nataly, solamente quería estar presentable y mostrarse seguro; ni siquiera pretendía intimidarla, por el contrario, aunque seguía molesto con ella y sumamente desilusionado, quería demostrarle que podía enfrentar la situación actual con serenidad y cordura, y no con la actitud insegura e inmadura del remedo de hombre que, sentía, había sido en su matrimonio.

Ahora comprendía que sus celos eran no solo infundados, sino una muestra de lo poco que confiaba en sí mismo y en Nataly. Tuvo que admitir, avergonzado, que los celos lo habían controlado, en lugar de que él los controlara a ellos.

El toque en la puerta lo sacó de sus pensamientos. Ahí estaba ella, más delgada y pálida que cuando se reencontraron, y con unas ojeras que no dejaban lugar a dudas de lo mal que lo había estado pasando durante las últimas noches.

Por un instante se sintió conmovido, pero lo ocultó.

—Adelante —le dijo amablemente, y le cedió el paso.

Ella entró y se quedó parada muy cerca de la puerta.

—¿Deseas algo de beber? ¿Agua, té, brandy?

El parecía muy amable y muy seguro de sí. Ella, en cambio, parecía estar a punto de salir corriendo.

—No, gracias. Esta no es una visita social. —No había querido sonar brusca, pero no pudo evitarlo.

—No, por supuesto que no —dijo él tratando de no imitar su tono gélido.

Cruzó sus brazos sobre el pecho, esperando que ella hablara; al parecer, le estaba

costando muchísimo trabajo.

Decidió facilitarle las cosas, al menos un poco.

—Es mi hija, ¿cierto?

Ella sintió que se desplomaría; por un instante pensó que las lágrimas la traicionarían. Las emociones de él oscilaban entre el rencor y la ternura. Había hecho la pregunta en tono suave, con la esperanza de que ella percibiera el cambio en él, y que confiara. Ya no había por qué mentir, él la había descubierto, y si ella no lo admitía en ese momento, la prueba de ADN despejaría cualquier duda.

Asintió con la cabeza, apretando los labios y luchando para que las lágrimas no se escaparan de sus ojos.

Max soltó el aire, pero no hizo aspavientos, ni gritó, ni la zarandó, como ella esperaba que hiciera.

—Es mi hija —logró decir.

Ella dejó de asentir con la cabeza y lo miró fijamente.

—Max, tengo que saber qué es lo que harás ahora.

—¿Qué es lo que haré ahora? No lo sé, Nataly, he perdido cuatro años de la vida de esa pequeña, lo que quisiera hacer es recuperar el tiempo perdido. —De pronto pareció sumamente cansado—. Quiero estar con ella, quiero estar cerca de mi hija. Sé que tú me quieres lejos de tu vida, pero tengo tanto derecho como tú a estar con Natasha, a educarla, a cuidarla, a verla crecer. No sé cómo lo haremos, pero tenemos que encontrar una manera de que ambos estemos con ella.

Max le había dado muchas vueltas al asunto, había pasado dos noches enteras pensando en las posibles alternativas, y había llegado a la conclusión de que lo más viable era detener el trámite de divorcio y proponerle a Nataly que intentaran rehacer su vida juntos. No era que la idea fuera muy atractiva para él: había empezado a hacerse a la idea de sacarla para siempre de su vida, y ahora, el saber de la existencia de Natasha lo cambiaba todo.

—No podemos forzar a Natasha a cruzar el país cada vez que quieras tenerla contigo —dijo ella en tono cauteloso.

Él le clavó la mirada.

—No pienso trastornar su vida a ese grado, Nataly, aunque, de igual forma, la niña tendrá que adaptarse a mí, porque me parece que lo más conveniente, y más sano también, es que los tres vivamos por lo menos en la misma ciudad.

Nataly se puso más pálida de lo que ya estaba.

—Y entonces, ¿qué sugieres?

—El divorcio aún no está consumado. Podemos intentarlo, Nataly, por el bien de nuestra hija. —Percibió la mirada de horror en su esposa y añadió—: Ni siquiera te

pediré que tengamos intimidad, estoy consciente de que eso es lo último que desees. Pero yo quiero estar con mi hija.

Nataly se pasó una mano por el rostro y la detuvo sobre su boca; estaba sin palabras: lo que tanto había temido estaba tomando forma en la realidad.

—Puedes mudarte a Portland —pudo decir al fin, con un hilo de voz—. La verás cuando quieras, no te lo impediré, pero yo no viviré contigo.

Él volvió a clavar sus ojos en ella, pero esta vez no había reproche en ellos, sino un profundo dolor; sabía, entendía, que le había hecho daño, y comprendía que ella no quisiera estar con él. Pero ahora todo era diferente, los unía el vínculo indisoluble de un hijo, un pequeño ser, producto del amor que alguna vez se habían tenido.

—Yo querré verla todos los días —declaró impasible, con una humildad que dejó a la mujer totalmente desarmada.

—Toda la situación será muy confusa para ella, ¿te das cuenta? —atacó Nataly repentinamente—. Hemos vivido ella y yo solas desde que nació y, de pronto, voy a decirle: mira Natasha, este hombre es tu padre. ¿No crees que con eso trastornarás su vida bastante?

Él se plantó frente a ella cuan alto era, pero mantuvo el tono de voz sereno.

—Tienes que admitir que no soy el único responsable de esta situación. Si me hubieras dicho que estabas embarazada en cuanto te enteraste, en este momento no estaríamos discutiendo cómo resolver esto.

—¡Tú sabes por qué no lo hice!

—Sí, claro, hice que perdieras tu valiosísimo y amado trabajo. —Respiró profundo.

No pretendía reprocharle eso en ese momento; aunque estaba molesto y dolido, sabía que lo más conveniente era tratar de llegar a un acuerdo civilizado. Hacía mucho tiempo que había admitido las deficiencias de Nataly, y también había reconocido sus propios errores.

—No ha pasado un solo día en que no me arrepienta de lo que hice, Nataly. Sé que estuvo mal, no era la manera de estrechar nuestra relación. Pero tienes que admitir que tampoco me diste la oportunidad de enmendarme...

—¿Darte la oportunidad? Te pedí tiempo... incluso sugerí que fueras a terapia, estaba dispuesta a ir contigo, si era necesario, pero te negaste. ¡No me eches la culpa por haberte ocultado que tienes una hija! Cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo.

Ahora fue él quien se pasó una mano por el rostro, cansado.

—Está bien, Nataly, tienes razón: la culpa es toda mía. Pero estoy dispuesto a rectificar. No voy a obligarte a nada, pero quiero ver a mi hija todos los días. Lamento imponerte esto, pero tendrás que admitirme en su vida.

—¿Y qué harás? ¿Llevarla todos los días de paseo, a tomar helados, al parque, al cine? Las cosas no funcionan así, ella va al jardín de niños, tiene una rutina, pequeñas tareas, y no serás tú quién la malcríe y la eche a perder.

—No es eso lo que pretendo —intervino él, tratando de defenderse.

Ella gimió consternada, mientras pasaba nuevamente sus manos por el rostro, en un gesto de completa frustración. Él hubiera querido acercarse a ella, tomarla por los hombros y abrazarla suavemente. «Calma, calma, todo va a estar bien» le diría para tranquilizarla. Pero se detuvo, sabía que no podía, no debía tocarla, no cuando ella se encontraba en un estado emocional tan frágil, presa de sus temores por el futuro.

—Escucha. Volveré a Boston, y haré todos los trámites pertinentes para trasladar aquí la oficina central de la compañía. Ya que me instale, iremos paso a paso, veremos cómo resulta. Por lo pronto, me gustaría que la niña sepa quién soy.

Nataly dejó escapar el aire y relajó un poco los hombros; el tono de él era conciliador.

—Ven mañana a mi departamento, por la tarde, y te la presentaré. Esta noche la prepararé. —Sonaba completamente cansada.

—¿Qué le has dicho sobre mí?

Esa era una de las preguntas que más temía.

—Solo... que su padre vive en Boston, y que no puede venir a vernos. No sabe nada más sobre ti, es muy pequeña, aún no tiene idea de lo que realmente tiene que preguntar.

Max asintió con la cabeza, bajando la mirada.

—Estaré mañana en tu casa, para que me conozca.

Ella hizo una señal de asentimiento con la cabeza, y se marchó.

—Merryl, por favor, quiero que estés presente cuando Max venga a conocer a Natasha. No podré hacerlo sola, te necesito.

—Está bien, estaré ahí con ustedes. Pero no estarás sola, tus padres pueden acompañarte.

—Además, Max tiene que conocerte, eres mi mejor amiga, Natasha te considera como una tía. —Nataly ni siquiera la escuchaba, tan alterada estaba.

—Querida, claro que estaré contigo, pero, ¿y tus padres?

Nataly pareció salir de un trance.

—No creo que sea la mejor idea que mis padres estén presentes. Tal vez después,

pero no en este momento.

Merryl le sugirió preparar té para que tranquilizar sus nervios. Se apresuró a ir a la cocina, y desde ahí podía ver a su amiga, que miraba su reloj de pulsera con gran insistencia. Max había dicho que estaría ahí a las 6, y faltaba solo media hora.

Los padres de Nataly habían salido a dar un paseo por el centro de la ciudad y habían aprovechado para llevarse a su nieta, pero no tardarían en volver. Sin embargo, no estarían presentes en la reunión, pues su hija les había pedido que les dieran intimidad para que Max y Natasha pudieran conocerse sin presiones.

Llegaron poco antes de las seis y dejaron a su nietecita con su madre, luego se marcharon a una cafetería que estaba a dos calles, para esperar que culminara el encuentro entre padre e hija.

Max llegó a las seis en punto; Nataly se sobresaltó al escuchar el timbre, a pesar de que lo estaba esperando.

Merryl acudió solícita a abrir la puerta, quería evitarle a su amiga todas las molestias posibles. Se encontró frente a frente con Max, que le pareció aún más apuesto que el día que lo había visto por primera vez en el hospital, y no pudo evitar sonreírle.

—Adelante. —Y abrió totalmente la puerta para cederle el paso.

Él parecía cohibido, lo que divirtió mucho a Merryl; llevaba unos vistosos globos de helio con motivos de princesas y arcoíris, que coronaban un pequeño pero muy llamativo oso de peluche.

Instintivamente, Nataly se puso de pie al verlo; al igual que su amiga, no pudo dejar de notar lo atractivo que lucía Max con una camisa azul claro, casi blanca, y un pantalón gris oscuro.

—Hola —saludó él, sonriendo tímidamente.

—Hola, iré por ella. —Y se dirigió precipitadamente a la habitación de su hija.

Salieron ambas unos segundos después. Contrario a lo que Max hubiera esperado, la niña no se veía tímida, sino más bien expectante. Se pararon frente a él; la niña lo miraba directamente, con sus preciosos ojos claros llenos de curiosidad. Nataly se puso en cuclillas para estar a su altura, y con voz baja y dulce le dijo:

—Cariño, él es tu padre.

Max se agachó también. Sentía un nudo en la garganta y lágrimas amenazantes a punto de salir de sus ojos. Jamás hubiera imaginado sentir una emoción tan grande. Aunque no había perdido la esperanza de algún día convertirse en padre, sus anhelos no lo habían preparado para la felicidad que lo embargaba en ese momento.

—Hola, Natasha. Mi nombre es Max.

La niña lo miró durante unos segundos.

—¿Tú eres mi papi?

Él rio abiertamente, sin poder evitarlo.

—Sí, yo soy tu papi.

Natasha se acercó a él y extendió su manita para posarla en el rostro masculino; acarició su mejilla.

—¿Por qué nunca habías venido a verme?

Sintió que el nudo en su garganta crecía. ¿Qué podía responder a ello? ¿Que desconocía su existencia, que su madre se la había ocultado deliberadamente por temor a que él quisiera separarlas?

Como pudo, respondió:

—Es una larga historia, cariño, que te contaré otro día, pero ahora lo que importa es que estamos juntos, y me da mucho gusto. Mira lo que te traje —añadió, mostrándole el oso y los globos.

La niña abrió aún más los ojos.

—¿Es para mí?

—¡Claro que es para ti!

Una enorme sonrisa se dibujó en su rostro al tomar al oso entre sus brazos, para luego extenderlos y abrazar a Max, que se vio sobrepasado por ese gesto, y estrechó a la pequeña con fuerza; no quería dejarla ir, no quería perderla nunca más.

Nataly observaba la escena con una mano sobre el rostro, tratando de contener el llanto; en ese momento era presa de emociones muy fuertes y encontradas. ¿Le guardaría rencor su hija en el futuro por haberle negado a su padre durante sus primeros años, la perdonaría, podrían algún día vivir como una familia...?

Cuando Max finalmente soltó a la pequeña, la miró con profundo amor, acarició su cabello y su carita, y puso en su rostro una expresión de total beatitud. «Así se siente la felicidad» pensó, lleno de gozo.

Tomó a Natasha y se sentaron ambos en el sofá. Él la instó a que le hiciera preguntas, y la pequeña no tardó en bombardearlo con cuestionamientos sobre dónde vivía, cómo era su casa, a qué se dedicaba, por qué no había ido nunca a visitarla antes, si quería a su mami...

Como pudo, él satisfizo su curiosidad, tratando de ser lo más veraz posible sin perjudicarse a sí mismo ni a Nataly, quien los observaba desde la cocina mientras preparaba café para Max y unos bocadillos para todos, aunque lo último que ella deseaba en ese momento era comer.

Merryl la ayudaba mientras se mantenía atenta a todo cuanto ocurría, pero se sentía tranquila: Max no parecía para nada el hombre dominante y controlador que su amiga le había descrito tantas veces; por el contrario, irradiaba cierta tranquilidad y, aunque

la niña evidentemente había minado sus defensas, parecía muy seguro de sí.

En ese momento estaba riendo a carcajadas por las anécdotas del jardín de niños que Natasha le contaba con una soltura inusitada para una niña de cuatro años.

—Mami, papá dice que vive en Boston, pero vendrá a vivir a Portland para poder verme todos los días —le dijo cuando ella se acercó a dejar los bocadillos en la mesa de centro.

—Así es, cariño —asintió ella, tratando de ocultar el nerviosismo que la presencia de su esposo, y toda la situación, le provocaban.

Natasha siguió hablando; su madre tuvo que admitir que estaba realmente feliz.

Miró de soslayo a Max: si hubiera tenido que elegir una palabra para describirlo en ese instante, diría que estaba radiante. Por un instante se sintió mezquina y vil por haberle negado el conocer antes a su hija. Efectivamente, parecía haber cambiado radicalmente, se veía sereno, cómodo consigo mismo; incluso su actitud durante su encuentro en el hotel había sido muy diferente a lo que ella había esperado: en lugar de encontrar al Max irascible, impaciente e impositivo de antaño, se había topado con un hombre que se tomaba las cosas con mucha tranquilidad, dispuesto a conciliar.

Sacudió la cabeza, intranquila; tal vez él había cambiado, pero necesitaba más para convencerse.

Se sentó frente a ellos mientras los observaba conversar, y solo intervenía cuando la pequeña le hacía alguna pregunta o un comentario. Max estaba fascinado: tenía toda su atención concentrada en Natasha, en ese momento no existía para él nadie más que ella, ni siquiera Nataly. Podría pasar todo el tiempo así, escuchando a su hija hablar sobre lo que había hecho en el jardín de niños, sus travesuras, sus amiguitos, los juguetes que deseaba para Navidad...

Pasó mucho tiempo antes de que Max se diera cuenta de que debía marcharse. Habían sido muchas emociones para un solo día, y aunque deseaba pasar más tiempo con su hija, sabía que tenía que darle tiempo para que se acostumbrara a la idea de tener cerca a su padre, a quien no había visto nunca hasta ese día.

Se despidió de la niña prometiendo que volvería al día siguiente. Natasha lo acompañó hasta la puerta, tomándolo de la mano. Él la tomó en brazos y le dio un largo y sonoro beso en la mejilla. La chiquilla se revolvió, feliz, mientras Nataly sentía la tenaza de los celos en las entrañas.

Cuando dejó a la niña nuevamente en el suelo, se volvió hacia la madre, sonriendo:

—Es una niña preciosa, has hecho un gran trabajo.

Ella no esperaba semejante cumplido y no supo cómo responder.

—Las veré mañana —se despidió él con el aplomo de siempre.

Tan pronto se cerró la puerta, la niña inició una perorata sobre su papá, para la cual

Nataly no estaba preparada, pues sus nervios estaban a flor de piel. Como pudo bloqueó sus sentidos para no percibir lo que la niña le estaba diciendo, y asentía automáticamente a los comentarios y preguntas de Natasha.

Unos minutos después llegaron sus padres, que habían visto a Max por el ventanal de la cafetería.

Dan se encargó de llevar a su nieta a su habitación, mientras Sylvia se acercó a Nataly.

—¿Y bien? ¿Cómo salió todo, hija?

La joven doctora parecía un poco más en dominio de sí.

—Bien, mamá, todo ha salido muy bien. Natasha está feliz, y Max se comportó sumamente bien. En verdad, creo que ha cambiado mucho, mamá, parece mucho más tranquilo, más controlado.

Sylvia estaba al tanto de todos los pormenores de los encuentros y de la conversación que habían sostenido en el hotel, cuando Nataly admitió ante Max que Natasha era su hija.

—Bueno, querida, eso espero. Supongo que todos merecemos una segunda oportunidad.

Nataly sonrió tristemente ante la ocurrencia de su madre. Aún no sabía cómo cambiaría su vida con todo lo que estaba ocurriendo. Superado el susto inicial, había tenido tiempo para las especulaciones. Estaba casi segura de que no volvería al lado de su esposo, pero este nuevo Max, tan sereno, tan controlado, tan seguro de sí mismo, la desconcertaba en la misma medida que la fascinaba. ¿De verdad habría cambiado tanto? ¿Habría superado, de verdad, sus celos, su inseguridad, su carácter explosivo? Es cierto que algunas personas logran dejar atrás sus defectos, pero temía arriesgarse a averiguar si era el caso de su esposo. Sin embargo, debía admitir que el hombre la inquietaba como siempre, no en sentido negativo, sino que ahora le resultaba, incluso, más atractivo.

Físicamente estaba en su mejor momento, pero no era eso lo que más la atraía; su gesto se había vuelto más relajado, pero al mismo tiempo más enigmático, y su sonrisa se había afirmado, dándole un aire mucho más jovial, y al mismo tiempo muy provocativo.

Sacudió la cabeza, molesta consigo misma cuando fue totalmente consciente del cariz que estaban tomando sus pensamientos, y volvió al momento presente.

—No siempre, mamá, y no todos —replicó al último comentario de su madre.

CAPITULO 19

Los siguientes días fueron de vértigo. Max había ido todos los días a ver a su hija, y Nataly había estado ausente la mayor parte de tiempo porque había tenido que hacer unas guardias inesperadas en el hospital.

El no estar presente durante las visitas de Max la llenaba de angustia, pero, afortunadamente, sus padres sí lo estaban, y cuando volvía a casa, su madre le daba informes pormenorizados de las conversaciones y las actividades que habían llevado a cabo padre e hija durante el día.

Max no tenía prisa alguna por volver a Boston. Había hablado con Meg y le había dicho que unos asuntos personales de suma importancia lo retendrían en Portland durante varios días, por lo que le pidió que se hiciera cargo de la compañía en su ausencia. Además, él controlaba todo desde su computadora en el hotel, y estaba en contacto con clientes y proveedores, por lo que su ausencia casi no se resintió.

Durante los días que había pasado con su hija se había sentido renovado; el sentimiento de tener una razón para vivir, una personita por la cual luchar y esforzarse día a día por ser mejor, lo hacía sentirse nuevo y pleno.

Sin embargo, a pesar de que no quería separarse nunca más de su hija, tenía asuntos que atender en Boston. Primero, debía visitar a su abogado para explicarle que debía frenar el trámite del divorcio, aunque ya se lo había dicho por teléfono. También tenía que tratar todo lo relacionado con el traslado de la matriz a Portland, y atender a algunos clientes que reclamaban su trato personal.

—¿De verdad tienes que irte? —le preguntó la niña cuando le informó que debía volver a Boston.

La voz dulce y el tono acongojado de la pequeña lo conmovieron.

—Sí, cariño, tengo que irme, pero te aseguro que volveré tan pronto pueda, serán solo unos días. Además, muy pronto estaré viviendo en Portland, y nos veremos todos los días.

La niña lo abrazó y se dejó llevar por su abuela a su habitación, porque ya era hora de dormir; Max partiría muy temprano al día siguiente, por ello había esperado hasta la noche para despedirse.

Unos minutos después, cuando ya la niña se había dormido, Sylvia salió de la habitación y fue hacia Max.

—Así que vendrás a vivir a Portland.

—Así es, quiero estar cerca de mi hija.

—Yo también quiero estar cerca de mi hija, y de mi nieta. Estuve alejada de ellas mucho tiempo.

Max creyó detectar el reproche en las palabras de su suegra, pero ella se expresó con tal naturalidad que no parecía encaminada a hacerlo sentir mal.

—Yo realmente lamento que mi comportamiento, que mi forma de ser, hayan alejado a Nataly, no solo de mí, sino también de ustedes. No me di cuenta del daño que le estaba causando hasta que me dejó.

—Lo importante es que reconozcas tus errores, y los enmiendes.

La señora no se andaba por las ramas.

El ruido de las llaves en la puerta de entrada los interrumpió. Nataly lucía exhausta, después de una guardia de 24 horas.

—Hija, te ves muy cansada, ven, siéntate y te serviré de cenar —le dijo Sylvia, solícita.

La recién llegada miró a Max; se sintió insignificante a su lado, tras pasar un día entero en el hospital, corriendo de aquí para allá, mientras él lucía fresco, juvenil y sumamente atractivo.

—Me retiro, para que descanses. Vine a despedirme de Natasha, mañana a primera hora regreso a Boston. Volveré tan pronto arregle mis asuntos más urgentes allá.

—Está bien, que tengas buen viaje —atinó a decir ella, sin poder simular un poco de entusiasmo.

Él se acercó, y ella se puso tensa, pero no pretendía tocarla ni nada parecido; discretamente le dio un cheque, tratando de que Sylvia, que ya estaba trabajando en la cocina, no se diera cuenta.

—Es para cualquier cosa que necesiten tú y Natasha. No quiero que les falte nada.

Nataly lo miró.

—No necesitamos nada, no tienes que darnos dinero.

—Por supuesto que sí. Por favor, Nataly, no me he hecho cargo de mi hija jamás, permíteme hacerlo a partir de ahora.

Ella observó el papel y abrió mucho los ojos.

—Es mucho dinero...

—No más de lo que merecen, y de lo que quiero darles. —Hizo una pausa—. Las veré muy pronto.

Había gran intensidad en la mirada de Max, y por un momento Nataly se sintió

presa de una emoción que hacía mucho tiempo no experimentaba. De pronto sintió la necesidad de acariciar el rostro de ese hombre, de pasar su mano por su mejilla perfectamente afeitada y perderse en el azul de sus ojos, de besar esos labios...

Controló sus divagues para decirle:

—Gracias, que tengas buen viaje.

Él la miró todavía unos segundos, con una expresión llena de ternura y anhelo.

—Hasta pronto— dijo al fin, y se marchó.

CAPITULO 20

Max no le había dicho a nadie acerca de su hija, ni siquiera a sus propios padres. Por ello, en cuanto llegó a Boston se dirigió a la residencia ubicada en los suburbios: una noticia tan importante tenía que dárselas personalmente.

Encontró a su madre hablando por teléfono con una de sus muchas amigas, mientras su padre arreglaba algunos asuntos de negocios en su despacho. Los reunió a ambos en el jardín y les dijo sin ambages que había encontrado a Nataly, y que ella tenía una hija suya.

El asombro de sus padres fue tal como él esperaba; su madre rápidamente lo bombardeó con preguntas de toda clase, desde la edad de la niña y dónde vivían ella y su madre, hasta si estaba seguro de que él era el padre.

Max sonrió ante esa última pregunta; sabía que sus padres, especialmente Vilma, estarían recelosos cuando les revelara la noticia. Era consciente de que ella le guardaba rencor a Nataly por haberlo abandonado y dejado en ese estado de desasosiego que casi lo vuelve loco.

Él pasó mucho tiempo intentando hacerle ver que él había sido el único culpable de la ruptura, que había llevado a su joven esposa a la desesperación con sus celos y su temperamento dominante. Vilma entendía, hasta cierto punto, pero su amor de madre, lógicamente, se inclinaba en favor de su hijo.

—Es mi hija, mamá, no me cabe ninguna duda —afirmó con tranquilidad.

Ella hizo un gesto de disgusto.

—Yo creo que deberías solicitar un examen de ADN, hijo; cuatro años es mucho tiempo, y es muy seguro que ella haya tenido alguna aventura con algún otro hombre.

—Madre. —El tono de él era una clara advertencia.

Aunque no sabía si era del todo conveniente, explicó a sus padres que Nataly había negado, al principio, que él fuera el padre de la niña, pero cuando él lo solicitó por la vía judicial, lo admitió sin ambages, aunque de mala gana.

—¿Qué harás ahora, hijo? —preguntó Arthur, su padre, con la tranquilidad que lo caracterizaba.

Max lo miró: ese hombre era admirable, ahora él lo sabía, y aunque era un adulto

maduro y responsable, pensó sonriente que le gustaría llegar a ser como él, y lo estaba intentando, en verdad se estaba esforzando.

—Trasladaré la matriz de mis empresas a Portland...

—¿Te irás a vivir a Portland?! —Su madre parecía a punto de sufrir un síncope.

—Sí, madre, me iré a vivir a Portland, quiero estar cerca de mi hija. Me he perdido los primeros cuatro años de su vida, y no quiero perder un día más.

—¿Tienes fotos de la pequeña? —intervino Arthur, en parte para distraer a su esposa, y en parte porque realmente tenía curiosidad por conocer a su pequeña nieta.

—Sí, sí tengo. —Max sacó su teléfono móvil y empezó a mostrar a sus padres una carpeta llena de fotos de Natasha, sola, con Meryll, con sus abuelos maternos, con él.

Al ver la última, Vilma no pudo negar que la pequeña se parecía mucho a Max, y aunque no lo reconoció abiertamente, su expresión lo dejó entrever.

—Portland está muy lejos —dijo su madre, como para sí.

—Me gustaría mucho que ustedes vinieran conmigo cuando regrese, para que la conozcan personalmente.

—Estaremos encantados, hijo —afirmó Arthur con su tono jovial de siempre, antes de que su esposa emitiera alguna opinión desagradable.

Él estaba verdaderamente entusiasmado; Michael y Louisa, los hermanos de Max, ya les habían dado tres nietos, pero siempre era bienvenido uno más, una pequeña de vivaces ojos azules, iguales a los de su padre, y ensortijado cabello castaño.

—Yo insisto en que debes hacerle la prueba de ADN —asestó su madre, sin piedad. Ambos hombres se miraron significativamente.

—Madre, no es necesario, pero la haré, para tu tranquilidad.

CAPITULO 21

—Merryl, ¿no crees que van muy deprisa? —Nataly no pretendía escucharse como una madre cautelosa, pero su tono era por demás maternal y preocupado.

Su amiga sonrió; acababa de comunicarle a la joven doctora que Paul la había invitado a conocer a sus padres en Minnesota, ya que él pensaba visitarlos para el Día de Acción de Gracias.

—Querida, voy a ir a conocer a sus padres, no a casarme con él —replicó casi riendo.

—Sí, pero tú sabes que conocer a sus padres es un paso muy importante, es casi como si ya te estuviera proponiendo matrimonio...

—¡Nataly, por favor! No seas absurda. Siempre me ha chocado que la gente piense que una relación se formaliza por el simple hecho de conocer a los padres de la pareja. Es un simple gesto de cortesía, no significa que no vayamos a casar. Aunque...

—¿Aunque qué?! —Los ojos de Nataly se abrieron tanto como su boca.

Merryl estalló en carcajadas.

—Tranquila, todavía no decidimos nada al respecto. Tú lo has dicho, sería ir muy deprisa. Aunque no lo creas, lo estamos tomando con mucha calma.

En ese momento se abrió la puerta: sus padres habían regresado de llevar a pasear a Natasha, cuyo relato sobre lo que había visto y hecho rápidamente llenó la estancia.

—Eso espero —dijo Nataly, antes de que sus padres pudieran escucharlas.

Merryl se despidió en ese momento y se marchó. Sylvia y Dan estaban exhaustos, así que se fueron a la cama unos minutos después sin siquiera cenar, pues ya se habían comido una salchicha en el camino, a petición de su hiperactiva nieta.

—Mami, ¿cuándo volverá mi papi? —preguntó la pequeña cuando Nataly le acomodaba la manta para dormir.

—Vendrá dentro de unos días, cariño, tiene muchas cosas que arreglar antes de venir.

—¿Por qué nunca había venido a vernos?

Nataly frotó la manta inconscientemente, como si ahí pudiera encontrar una

respuesta adecuada.

—Tu padre y yo tuvimos una pelea muy fuerte...

—¿Por qué pelearon?

Nataly trataba de acomodar las palabras.

—Porque él quería que yo dejara mi trabajo, pero yo no quería hacerlo. Tuvimos que separarnos porque pensamos que si seguíamos juntos podríamos hacernos daño. Yo me fui... y poco después llegaste tú, pero yo ya estaba muy lejos de tu papi y por eso no podía venir a vernos.

—¿No quería vernos?

A Nataly se le encogió el corazón. Se sintió tan culpable... No quería que su pequeña pensara que su padre no la amaba, eso era tan injusto para ambos.

—Claro que quería vernos, quería verte, estar contigo, pero yo le pedí que nos diera un tiempo, porque los dos todavía estábamos molestos, y teníamos que calmarnos.

La niña emitió un sonoro bostezo.

—Espero que vuelva pronto —alcanzó a decir antes de quedarse dormida.

Nataly la contempló durante un buen rato. Los deseos de su pequeña eran tan diferentes de los suyos...

Max había tenido la delicadeza de informar a Nataly sobre su intención de que sus padres viajaran con él a Portland para conocer a la pequeña. Se sintió abrumada, aunque debía haberlo visto venir; además, aquello no tenía por qué significar un mayor problema para ella, pero sabía que sus suegros seguramente le reprocharían el haberle ocultado a Max la existencia de la niña. Sabía que Vilma sería, en particular, implacable.

Su esposo le confirmó esto último al explicarle, con el mayor tacto posible, que Vilma demandaba la prueba de ADN, aunque le aseguró que él estaba totalmente convencido de que Natasha era su hija.

«¡Qué irónico!» pensó Nataly. Ojalá Vilma estuviera en lo cierto en sus sospechas.

—Yo no tengo ningún problema con la prueba de ADN, si es para tranquilidad de Vilma —replicó con sequedad.

—Solo para *su* tranquilidad —afirmó Max.

Ella le explicó que tenía que colgar porque la llamaban de urgencias, pero que discutirían sobre los detalles después. En realidad, lo único que quería pedirle a Max era que controlara a su madre. La relación entre ambas siempre había sido tirante, y

era consciente de que la mujer seguramente estaría furiosa con ella, pero no toleraría sus reproches ni sus desplantes.

Sylvia y Dan se quedarían hasta el Día de Acción de Gracias, así que al menos tendría el apoyo de sus padres durante todo el trance del reencuentro con sus suegros.

—¿Tengo otros dos abuelos? —Natasha abrió mucho los ojos, asombrada al pensar que hasta hacía muy poco solo sabía de Dan y Sylvia, y ahora iba a conocer también a los padres de Max.

Nataly volvió a explicarle que se trataba de los padres de su papi, y que vendrían a conocerla para el Día de Acción de Gracias. Para hacer más fácil el encuentro, le pidió a Max que le enviara fotos de Vilma y Arthur por el móvil, y de esa manera la niña tuviera una idea precisa de la apariencia de sus abuelos paternos.

Max le explicó que llegarían el lunes previo al Día de Acción de Gracias, y le sugirió que la celebración la realizaran en algún lugar neutral, para que ella se sintiera más cómoda. La joven doctora pensó que ella se sentiría totalmente incómoda bajo cualquier circunstancia, pero agradeció que Max quisiera facilitarle las cosas; definitivamente ella estaría demasiado tensa y abrumada si tuviera que agasajarlos en su propia casa, a sabiendas de que, seguramente, Vilma no contendría su lengua viperina para reclamarle su desaparición y el sufrimiento que había causado a su hijo.

A pesar de encontrarse al otro lado del país, él ya se había encargado de realizar el examen de ADN, cuyo resultado fue totalmente el esperado, así que Vilma ya no tenía ninguna duda: Natasha era su nieta.

El mismo lunes Max llevó a sus padres a conocerla. Vilma, por supuesto, trató a Nataly con una fría actitud que apenas alcanzaba el grado de cortesía, aunque con Natasha se ablandó: era la viva imagen de su hijo, y la pequeña la conquistó de inmediato. Ni qué decir de Arthur, que estaba predispuesto a adorarla, tal como adoraba a sus otros nietos.

La abrazó, la besó, y la contempló, y no se cansaba de escuchar a la pequeña hablar de sus travesuras, y de la sorpresa que había sentido al saber que tenía otro par de abuelos. Quedó rendido ante ella, y la niña lo adoró de inmediato cuando él le entregó una enorme caja llena de regalos: muñecas, muñecos de peluche, una lámpara con figuras giratorias, un edredón con estampado de princesas...

Nataly se sentía abrumada, y Max estaba feliz: podía verlo en el brillo de sus ojos azules, y en su sonrisa amplia y hermosa. «Si las cosas hubieran sido así desde el principio» pensó con tristeza.

Como si hubiera adivinado sus pensamientos, Max la miró; ambos se quedaron absortos mirándose uno al otro, diciéndose sin palabras tantas cosas guardadas en lo profundo de su ser durante todos esos años. A él le entraron unas ganas irresistibles

de acercarse a ella y besarla, agradecerle por esa felicidad. Pero sabía lo inapropiado que sería, y estaba seguro de que ella lo rechazaría.

Vilma se comportó de forma mucho más civilizada de lo que había esperado, seguramente porque la presencia de Sylvia y Dan la había forzado a contenerse. Nataly se sintió más feliz que nunca de que sus padres estuvieran con ella. Cenaron en un extraño ambiente de camaradería que sorprendió a la misma Nataly; ella prácticamente no habló durante la cena, se dedicó a observar a todos los presentes, a Vilma y Sylvia hablando y haciendo planes en torno a su pequeña nieta; a Dan, Arthur y Max charlando de temas tan diversos que apenas pudo hilar alguno, además de que estaba demasiado absorta en el torbellino de sus pensamientos.

Natasha estaba feliz; sentada en las piernas de su abuelo Arthur, a quien entretenía con sus ocurrencias y sus intervenciones sorprendentes.

A las diez, Nataly insistió en que Natasha se fuera a la cama; ya le había concedido una hora después de su horario habitual, y no iba a ceder más. La niña insistió en que su padre la llevara a la habitación. Con la mirada, Max le pidió permiso a Nataly, quien silenciosamente se lo concedió.

No tardó más de 10 minutos en quedarse dormida. Nataly se disculpó con sus invitados y fue a ver a su pequeña, quien dormía plácidamente tomada de la mano de su papá. Max la miraba embelesado. Al sentir la presencia de Nataly en la puerta, la miró, casi con beatitud. Su expresión sorprendió a su esposa.

Ella entró para cerciorarse de que Natasha estuviera cómoda y bien arropada; él se puso en pie para cederle el lugar. La cercanía de Max la inquietó: podía oler su perfume y sentir el calor que emanaba de él.

—Es encantadora —dijo él en voz baja.

—Sí, lo es —admitió ella, mirando a la pequeña con ternura.

Pasados unos segundos ella se volvió para encaminarse a la salida, pero calculó mal el espacio y se topó de frente con el pecho de su esposo.

—Lo siento —dijo totalmente sonrojada, mientras luchaba por no apoyar sus manos en el pecho masculino.

Él bajó la mirada para verla a los ojos; la luz que entraba del comedor le permitió ver los contornos de su rostro: le pareció más hermosa que nunca, y hubiera dado cualquier cosa por besarla.

—No tienes por qué disculparte —dijo suavemente, mientras se hacía un lado para que ella pudiera avanzar.

Trató de sonreír, y sintió que el calor se apoderaba de sus mejillas; hacía mucho tiempo que no estaba con un hombre, pero ella no deseaba a ninguno... excepto a Max. Lo había sentido, se dio cuenta de que su cercanía, su aroma, la energía que

irradiaba su cuerpo, la atraían y la afectaban de una forma que creía, deseaba, haber olvidado.

Si antes su temperamento la había ahuyentado, ahora él parecía tan diferente, tan dispuesto a tomar las cosas con calma y a imponer su sabiduría y su madurez. ¿De verdad había cambiado tanto? ¿Había vuelto a ser el hombre seguro, amable y sereno del que ella se había enamorado perdidamente?

Salió de la habitación de su hija tratando de aparentar tranquilidad y deseando que nadie notara el rubor en su rostro.

Se dirigió a la cocina y se concentró en acomodar algunas cosas que no necesitaban ser acomodadas. Luego preguntó a todos si deseaban café y, para su sorpresa, todos aceptaron. Sylvia acudió solícita a ayudarle con la cafetera y las tazas.

—Todo está saliendo muy bien, cariño —le dijo su madre en voz baja.

Ella apenas atinó a sonreír. Le hubiera gustado preguntarle qué opinaba de Max, de su actitud, de su comportamiento. Tal vez en otro momento, cuando tuvieran mayor intimidad para poder expresar con libertad sus opiniones.

Max ya se había reunido con los demás en el comedor, y al ver que Nataly y su madre preparaban café se dispuso a ayudarlas.

—Yo llevaré esto —le dijo amablemente a su suegra, y con gran soltura colocó platos y tazas en la mesa.

Sylvia le dirigió una mirada por demás significativa a su hija, pero aquella fingió ignorarla.

La velada se prolongó por poco más de una hora; la anfitriona estaba exhausta, no solo por el esfuerzo físico, sino por las emociones contenidas a lo largo del día. El encuentro había resultado mucho mejor de lo que ella habría esperado, pero a pesar de ello, se había sentido muy tensa durante toda la tarde y parte de la noche.

Tan pronto se marcharon Arthur y Vilma, los padres de Nataly se fueron también a dormir. Max los despidió a todos con tanta naturalidad, que ninguno se percató de que pensaba quedarse un poco más en casa de su esposa.

Cuando cerró la puerta, se dirigió a la mesa y empezó a recoger platos y cubiertos.

—No tienes que hacerlo, yo lo haré mañana —le dijo Nataly cuando vio lo que pretendía hacer, un tanto escandalizada, no solo por verlo en plena labor doméstica, sino porque él aún estaba en su departamento.

—Permíteme ayudarte al menos con esto; has trabajado mucho el día hoy —replicó, dedicándole una mirada fugaz.

Tan pronto terminó, tomó su chaqueta y se dirigió a la puerta. Ella lo siguió para despedirlo.

—Te veré mañana —dijo él suavemente, ya a punto de salir.

Fue inevitable, su voz, ronca y sedosa al mismo tiempo, y esa mirada ardiente, amenazaban con derribar sus defensas. Sintió un estremecimiento al ser plenamente consciente de cómo él la estaba mirando, y de la implicación de sus palabras. Pasó saliva con dificultad.

—Te veré mañana —alcanzó a decir.

Él la miró todavía por tres interminables segundos durante los cuales ella pensó que iba a besarla, pues los ojos de él se trasladaron de sus ojos a sus labios. Repentinamente pareció salir de un trance, hizo una extraña, casi imperceptible mueca, y se marchó.

No supo si sentirse aliviada o decepcionada, y se fue dormir, obligándose a no desmenuzar sus emociones.

CAPITULO 22

Max se estaba quemando por dentro. Su propósito de mantener a raya sus sentimientos por esa mujer que, para bien o para mal, aún era su esposa, le estaba resultando sumamente complicado.

En su habitación del hotel, mientras se quitaba la ropa lentamente, sonrió para sí con sarcasmo al pensar que su inteligencia y sagacidad para los negocios no le servían de nada frente a Nataly: lo que sentía por ella lo convertía en un títere.

Por enésima vez se reprendió a sí mismo por ser tan estúpido como para seguir amándola, y si no hubiera sido por Natasha, habría maldecido su suerte por haberla encontrado cuando ya había perdido incluso la esperanza de hallarla.

Al enterarse de la existencia de su hija había considerado la posibilidad de que Nataly y él se reconciliaran, al menos para poder darle a la niña la oportunidad de tener una familia normal, pero la actitud de ella era muy clara, y se lo había dicho además: no volvería con él, a pesar de Natasha.

Así que al día siguiente, cuando se reunió con su esposa, su hija, sus padres y sus suegros, su actitud en general fue de lo más cálida y desenfadada, pero a Nataly apenas si la miró después de dedicarle un saludo cortés, y no le prestó mayor atención por el resto de la tarde.

Aquello desconcertó a Nataly; desde el momento en que Max y ella se reencontraron, él se había mostrado impetuoso, deseoso de retomar su relación, de volver a formar parte de su vida, y sin embargo ahora parecía ignorarla casi por completo.

No supo cómo sentirse al respecto; por un lado experimentó un gran alivio: quizá finalmente Max había entendido que no había esperanzas para ellos, pero su ego de mujer, su amor propio, y —jamás lo reconocería ni ante sí misma, ¡por Dios Santo!— sus propios sentimientos por él, se veían heridos profundamente por el desdén que él le mostraba en esos momentos.

«¿Qué pensabas?» la aguijoneó una vocecilla interior, mientras veía a todos reír con las ocurrencias de la niña. «¿Que siempre ibas a tenerlo a tus pies, que iba a amarte toda la vida, que iba a perdonarte después de que le ocultaste la existencia de su

hija?» se burló su conciencia.

Trató de ahuyentar esos dolorosos e inútiles pensamientos y se concentró en arreglarse para irse a trabajar, pues tenía guardia nocturna.

Se despidió de sus padres con un beso, de sus suegros con un cortés saludo y de su hija con un apretado abrazo. A Max apenas le dedicó una mirada y un frío «hasta luego».

Todos los demás fingieron ignorar esa gélida despedida, pero a Max no le pasó desapercibido el mudo reproche en los ojos de su esposa, aunque, pensó, tal vez se equivocaba.

—Deberías haber cenado con mis padres y con Arthur y Vilma esta noche —le comentó a Merryl cuando la llamó por teléfono, un poco más tarde, durante un pequeño receso en la actividad de la guardia—. Además, Natasha te extraña, me ha preguntado por ti desde el domingo.

—Sabes que me habría encantado acompañarlos, y sobre todo, conocer a los padres de Max (así podría criticarlos con certeza, ya sabes). Pero Paul y yo salimos mañana muy temprano, y yo debía dejar terminados unos artículos que ya rozaban la fecha de entrega.

—Te voy a extrañar mucho el Día de Acción de Gracias.

—Yo también. Y dime, ¿cómo se ha comportado Max?

Nataly hubiera querido eludir ese tema a toda cosa, pero no podía escapar de la curiosidad de su amiga; además, si le rehuía, Merryl se daría cuenta de que algo en su manera de percibir a Max había cambiado, y no quería verse expuesta a preguntas incómodas.

—Max está feliz con Natasha, se ha comportado muy bien, muy cariñoso con ella, y respetuoso conmigo. Incluso sus padres han sido encantadores, bueno, al menos Arthur; Vilma se ha limitado a ser fría y cortés.

—Debes entenderla. Imagino que debe estar furiosa porque le ocultaste a Max la existencia de Natasha. Pero bueno, lo que piense o sienta es algo que no tiene por qué importarte.

Merryl continuó dándole consejos sobre cómo lidiar con sus suegros y se despidió pidiéndole que le diera un enorme beso de su parte a su sobrina.

—Diviértete en Minnesota —se despidió Nataly—. Te veré en unos días.

En ese momento se dio cuenta de lo cansada que se sentía, de toda la situación en

general, de sus emociones, del estrés; se hallaba en la sala de descanso, y dado que se trataba de una noche relativamente tranquila, decidió dormir unos minutos.

Max jugaba con Natasha; de pronto, y sin saber cómo, la pequeña ya estaba en su cama, dormida. Nataly echó un vistazo y se dio cuenta de que no se encontraban en su departamento, sino en la habitación de hotel donde Max se hospedaba cuando le reveló que Natasha era su hija. Estaban solos, y de pronto Max estaba frente a ella, tomándole el rostro con ambas manos. Su tacto era cálido y suave. «Bésame», quería decirle ella suavemente, pero no se atrevía, se sentía sumamente excitada y nerviosa. Entonces ya no estaban en medio de la habitación, sino en la cama, haciendo el amor, ella recorriendo el abdomen de él con manos ávidas, y él absorbiéndola con la mirada.

El ruido de la puerta la sacó de su ensueño.

—Doctora, disculpe, la solicitan en pediatría. —La voz de la enfermera Etridge era apenas un susurro, pero Nataly despertó del todo ante la inminencia de lo que estaba a punto de ocurrir en su sueño.

Se obligó a no pensar en ello mientras atendía a su pequeño paciente. Al salir de la habitación sintió unas enormes ganas de llorar. Durante cuatro años se había convencido a sí misma de que lo único que sentía por su esposo era resentimiento, pero ahora sabía que sus sentimientos eran mucho más complicados que eso: nunca ningún hombre la había atraído como lo hacía él; Max era atractivo y sexy, pero esos atributos no se limitaban únicamente a lo físico, poseía cualidades de las que había hecho gala cuando se habían conocido, y que parecían haber retornado después del doloroso trance de su separación: emanaba confianza, seguridad, entereza, paciencia, serenidad...

«¡No, no, no!» sacudió la cabeza, molesta consigo misma. «Tal vez solo se está conteniendo, tal vez solo lo hace para conquistar a Natasha, para aparentar ante mis padres, y ante los suyos. Quizá cuando se vayan resurja el antiguo Max, intolerante, inseguro, dominante.»

Se sentía muy alterada por toda esa situación. Al día siguiente hizo todo lo posible para no ver a Max ni a sus padres, y salió de su casa mucho antes de su hora de entrada al hospital, dejando a Natasha al cuidado de Sylvia y Dan.

Por supuesto que Max resintió su ausencia, pero Sylvia le explicó que tenía guardia nocturna. En otros tiempos él habría despotricado en contra de los terribles horarios del trabajo de su esposa, pero él había cambiado, al igual que las circunstancias, y aunque le molestaba sobremanera que ella tuviera que dejar a su hija al cuidado de

terceros, sabía que no tenía derecho a hacer señalamiento alguno. En todo caso, él se establecería muy pronto en Portland, y podría cuidar de la niña cuando su madre trabajara de noche.

—Debe ser difícil mudarte desde tan lejos, sobre todo cuando tienes tantos compromisos en Boston —señaló Sylvia durante la cena.

Max la miró con amabilidad.

—Es difícil, pero no imposible. Además, la causa lo vale —replicó, mirando a su pequeña con expresión feliz.

—En eso estoy totalmente de acuerdo —asentó Sylvia.

—Yo creo que hubiera sido mucho más sencillo que Nataly regresara a Boston —intervino Vilma—. Sería mucho más fácil para ella conseguir trabajo en cualquier hospital, o incluso, tener su propia consulta privada, que forzar a mi hijo a trasladar sus negocios aquí.

—Mamá, por favor, ya lo discutimos.

—Sí, ya lo discutimos, pero creo que Nataly no tiene ninguna consideración por tu situación. Tú no eres culpable de nada, en cambio ella huyó, y además te ocultó que tenías una hija...

—Madre, por favor. —Max posó ambas manos sobre la mesa, en una actitud de clara advertencia, a pesar de su tono suave.

—Pues yo creo que no importa dónde se instalen, lo importante es que Natasha tenga a sus padres cerca —intervino Sylvia en tono conciliatorio.

—Por supuesto que sí —convino Arthur, que se había abstenido de intervenir en la pequeña discusión.

—Tenerlos cerca no es lo mismo que tenerlos juntos —atacó nuevamente Vilma.

—No, pero ya es bastante bueno, así que no insistas, mujer. —Esta vez Arthur fue mucho más enfático, y su mujer, un tanto sorprendida, decidió dejar el asunto por la paz, al menos de momento.

Max le dirigió a su padre una significativa mirada de gratitud, y continuó dando de cenar a su hija, que esa noche estaba extrañamente tranquila.

CAPITULO 23

Tan pronto llegó de Minnesota, Meryll telefoneó a su amiga doctora para avisarle, y para preguntarle cómo iba todo. Se había sentido muy mortificada por la llegada de los padres de Max, ya que supuso que le harían fuertes reproches a Nataly, pero esta la tranquilizó diciéndole que, aunque Vilma se había mostrado un tanto arisca, ella y Arthur habían sido muy civilizados, y ya habían caído bajo el embrujo de Natasha.

—Y a ti, ¿cómo te fue con los padres de Paul?

—Estupendamente bien. —Meryll rebosaba entusiasmo.

Le contó a su amiga que los padres de Paul la habían recibido con mucha amabilidad; Andrew era un médico retirado y Judith había sido enfermera, pero retiró muy joven para dedicarse de lleno al cuidado de sus hijos, y evidentemente, señaló, hicieron un gran trabajo, ya que Anna, Edward y Jack, los hermanos de Paul, también le dieron muy buena impresión.

Nataly se alegró por su amiga; era evidente que se sentía feliz y que su relación con Paul iba viento en popa. Aunque Meryll trataba de aparentar que llevaban las cosas con calma, la joven doctora se había percatado de que cada vez estaba más ilusionada con su novio, y Paul, por su parte, no dejaba nada que desear: era apuesto, aún bastante joven, inteligente, simpático, con una posición económica bastante cómoda, y a pesar de ser divorciado había mostrado tener cualidades suficientes para considerársele seriamente como un excelente candidato a esposo.

Muy a su pesar, Dan y Sylvia, pasado el Día de Acción de Gracias, habían tenido que volver a Philadelphia, ya que el señor no quería descuidar su negocio, una tienda de muebles y equipos de oficina. Sin embargo, le prometieron a Nataly que volverían para Navidad.

Vilma y Arthur se quedaron unos días más, y Nataly esperaba que cuando se marcharan, Max se fuera con ellos, pero no lo hizo.

Había hecho todo lo posible por eludirlo, pero finalmente coincidieron en su día libre del hospital.

—Me parece que ya te hemos dado muchísimo trabajo en tu casa durante todos estos días. ¿Qué te parece si los tres salimos a comer y luego llevamos a Natasha de paseo? A donde ella elija.

Nataly se lo quedó mirando por un segundo. ¿Salir con Max, de paseo, como si fueran una familia? Se le contrajo el estómago por los nervios, no habían salido juntos desde antes de que ella lo abandonara.

Por supuesto que ellos mantendrían su distancia, pero no dejaba de sentirse nerviosa. Y la apariencia de Max, aunada a su actitud amable y confiada, no ayudaba a disminuir esa sensación. Ese día se veía especialmente atractivo, con unos vaqueros que resaltaban su bien torneado trasero, un polo azul cielo, una chaqueta de gamuza y una elegante bufanda color café oscuro.

—Me parece bien —respondió ella con toda la indiferencia que pudo—. Iré a preparar a Natasha.

Comieron en un elegante pero muy acogedor restaurante del centro, y luego la pequeña sugirió que fueran al cine, donde, a pesar de haber pagado su boleto, insistió en sentarse en las piernas de su padre, mientras le daba en la boca palomitas de maíz.

Nataly observaba por el rabillo del ojo a su esposo; se veía genuinamente feliz.

Se dio cuenta de que él se había comportado de una manera ejemplar al enterarse de la existencia de su hija: ella había esperado que se desatara la furia de Max, estaba segura de que él la convertiría en una víctima segura de su ira y hasta temía que pretendiera vengarse de ella, tratando de quitarle a la niña.

En cambio, él había dado muestras de una civilidad y una madurez sorprendentes.

«Incluso admitió su culpa en que yo tuviera que alejarme de él» reconoció.

Después de que ella admitiera que él era el padre de Natasha, él jamás le había reprochado nada, por el contrario, se esforzaba por hacer feliz a la pequeña, y con ella se comportaba totalmente respetuoso y amable.

«Y ahí está el problema», suspiró, desanimada.

Durante el tiempo en que Max desconocía su paradero, ella había resguardado sus sentimientos en la seguridad de la decepción e incluso del rencor, ya que, a pesar de aceptar que huir de él era lo mejor, muchas veces casi lo había odiado.

Recordaba cuando, recién casados, si él se percataba de que algún hombre la miraba con deseo, él la abrazaba posesivamente y le recalaba, mirándola a los ojos: «Eres mía».

Al principio se sentía muy halagada por aquellas demostraciones de posesividad, pero con el tiempo se transformaron en acoso. Lo demás era historia.

Ahora, él parecía haber dejado atrás sus celos, su inseguridad y su posesividad patológica... había vuelto a ser el hombre del que ella se había enamorado.

Si él hubiera seguido comportándose de forma posesiva y controladora, habría sido mucho más fácil para ella lidiar con sus sentimientos hacia él.

—¿Cómo va la mudanza de la compañía? —le preguntó ella cuando, después del cine, llevaron a la niña a un centro de diversiones para pequeñines.

—Es un tanto complicado —replicó él con calma, volviéndose a mirarla.

Ella se ruborizó y volvió la mirada hacia Natasha, que jugaba en una *resbaladilla* tubular. Tenía que admitir que se sentía un poco culpable por estar provocándole tantos inconvenientes.

—Pero no es algo que no pueda hacerse —continuó él con buen humor—. Un amigo me está ayudando a encontrar un edificio conveniente, y mi gente en Boston se está encargando de todo el papeleo. Por fortuna tengo personal muy competente.

—Margaret sigue siendo tu mano derecha. —Nataly la había visto en la primera reunión que había tenido con Max por la compra del equipo, pero aquella no la había reconocido.

—Así es. No sé qué haría sin ella.

—Hubo un tiempo en que estaba segura de que ella estaba enamorada de ti —reconoció con voz queda, sin mirarlo.

Max rio.

—¿Margaret? Bueno, es posible que al principio hubiera algo de atracción, pero no pasó de eso.

Ahora sí, ella se volvió para mirarlo directamente.

—¿Atracción por parte de quién?

—De ambos —admitió él, encogiéndose de hombros—. Pero yo estaba loco por ti, y Margaret no tardó en darse cuenta de que yo no tendría una aventura con ninguna mujer, por muy atractiva que fuera, estando tan enamorado como lo estaba de ti.

No había amargura ni reproche en su voz, y Nataly sintió de pronto un vacío muy profundo en su pecho. Ambos se habían amado, apasionadamente, en cuerpo y alma, con una entrega total, ¿cómo es que lo habían echado a perder? Él con sus celos y su afán de controlarla, y ella... tal vez debía haberse esforzado más, luchar aún más por encontrar una solución.

—Llevaste tu amor al extremo —observó ella en tono cauteloso, temiendo que con

esa frase estuviera traspasando los límites de la civilidad con que hasta entonces se habían conducido.

Por una parte sentía que no tenía sentido remover los asuntos del pasado, los motivos de su ruptura, lo difícil que había sido vivir con él durante el último año que estuvieron juntos, pero, por otro lado, si iban a tener tan estrecho contacto debido a Natasha, tal vez debían aclarar algunas cosas.

Max suspiró.

—Sí, lo hice —admitió, bajando la mirada hacia sus manos—. Lo eché todo a perder.

Su humildad la derritió. La sencilla aceptación de su culpa la dejaba sin armas para continuar guardándole rencor, si es que todavía albergara alguno.

Se sintió débil e impotente para contener las sensaciones que ese hombre le provocaba. Lo tenía ahí, tan cerca, que podría tocar su rostro con tan solo estirar un poco el brazo, y percibir su olor, a limpio, a perfume; no usaba la misma fragancia que cuando vivían juntos, pero su aroma resultaba embriagador.

Max pareció reponerse. La miró.

—Sé que te hice daño, pero estoy dispuesto a hacer lo que esté a mi alcance para compensarlas a ambas.

Nataly pensó por un instante que él continuaría su discurso diciendo que se esforzaría por ganársela nuevamente, pero él no agregó nada, y ella no supo si sentir decepción o alivio.

CAPITULO 24

A pesar de su excelente equipo de asistentes, Max tuvo que volver a Boston unos días después para encargarse de unos asuntos que requerían su atención personal.

Nataly tuvo un pequeño respiro, pues la continua presencia de Max estaba empezando a minar sus defensas. Tenía que admitir que ya no se sentía temerosa de las reacciones de él y, por el contrario, cuando lograba olvidar las circunstancias de su reencuentro, se sentía bastante cómoda con él. Sin embargo, pensaba que eso tal vez se debía a que no se habían reconciliado como pareja.

Con él lejos podía pensar con más claridad y analizar con mayor tranquilidad la situación.

—Me siento un poco culpable, Merryl —admitió ante su amiga, mientras tomaban un café.

—¿Por qué?

—Wilma tiene razón: sería mucho más sencillo que yo volviera a Boston, no tendría problemas en hallar un nuevo trabajo, sobre todo con las relaciones de Max.

—¿Tú quieres regresar?

Nataly dudó.

—Bueno, mis padres viven en Philadelphia, al igual que los padres de Max; Natasha tendría a todos sus abuelos muy cerca, podrían verla cuando quisieran...

—Sí, pero ¿tú quieres regresar?

Ahí estaba, la pregunta clave; Merryl era implacable a la hora de poner los puntos sobre las íes.

Su amiga sacudió la cabeza.

—No lo sé, no lo sé. Podría decirte que tengo una vida aquí, pero... Natasha es aún muy pequeña, y no creo que tenga demasiadas dificultades para adaptarse a una nueva vida en Boston.

—Evidentemente no se lo has planteado a Max.

—No, no lo he hecho, apenas lo pensé, ahora que volvió a Boston.

—¿No ha vuelto a proponerte que lo intenten? Quiero decir, ¿vivir juntos?

—No. —Cerró los ojos, como si estuviera buscando las palabras adecuadas, como

si estuviera muy cansada de toda la situación—. Me parece que por fin entendió que no quiero estar con él.

Merryl dio un sorbo a su café.

—A mí me parece que ha cambiado mucho. El hecho de que no insista en que regreses con él me parece un fuerte indicio de que por fin ha superado su posesividad.

—No puedo negar que ha sido sumamente maduro, ha tomado las cosas con mucha serenidad.

—¿Y tú?

—¿Yo? ¿A qué te refieres?

—¿Cómo te sientes tú? —Merryl parecía una psicóloga en plena acción.

—Yo... estoy desconcertada, Merryl. Este nuevo Max... bueno, no es nuevo, más bien, es el viejo Max. Me confunde. Tal como se comporta ahora es como yo lo conocí, es el hombre del que me enamoré. —Hablaba con vehemencia—. Pero no sé si puedo confiar en él nuevamente.

—Pero no te ha pedido otra oportunidad; quiero decir, ya no, después de que rechazaras su primer ofrecimiento.

—No, ya no me ha pedido una segunda oportunidad —admitió con tristeza.

Suponía que tal vez se había dado por vencido, o tal vez, simplemente, ya no sentía deseos de vivir con ella; quizá, por fin, había dejado de amarla. Esa última idea le dejó un sabor amargo.

CAPITULO 25

Estuvo dándole vueltas al asunto durante tres días enteros hasta que, finalmente, decidió pedir un permiso para ausentarse por un fin de semana.

Sabía que era un momento difícil pues diciembre estaba cerca, y el trabajo siempre aumentaba exponencialmente en esas fechas, pero tenía que hacerlo.

A fin de conseguirlo, expuso al doctor Petersen toda la situación, sin ocultarle un solo detalle.

—Entonces, es muy probable que usted decida dejarnos y regresar a Boston —resumió el amable doctor, sentado cómodamente tras su escritorio.

—Es una posibilidad remota —reconoció ella lentamente.

Él se balanceó un poco en su silla antes de responder.

—Bien, entiendo, es una decisión complicada para usted. Me dolería perderla, doctora, pero no puedo impedirle seguir su camino.

—Aún no me decido, doctor.

—No, pero es muy probable que opte por quedarse en Boston. Uno es capaz de todo por los hijos —sonrió amablemente.

—En eso tiene usted toda la razón, doctor Petersen.

Al salir del despacho de su jefe telefoneó a Max para anunciarle que ella y Natasha viajarían a Boston el fin de semana. Le explicó que quería que su hija conociera el lugar donde vivían su padre y sus abuelos, pero no le reveló que era una especie de prueba.

Él le preguntó si se quedaría con sus padres, y ella respondió que sí.

—Llámame tan pronto lleguen, para ir a recogerlas al aeropuerto —le sugirió él con amabilidad.

Tras despedirse, Max sonrió. Se había propuesto jamás volver a presionar a su esposa, pero esa intempestiva visita le devolvía algo que había perdido hacía tiempo: la esperanza.

Natasha corrió a los brazos de su padre tan pronto lo vio en el aeropuerto, y él la estrechó, dando vueltas.

—Cariño, cuánto te he extrañado.

—Yo también te he extrañado mucho, papi.

La sonrisa del hombre se ensanchó: esa era la felicidad.

—¿Qué tal el vuelo? —preguntó a Nataly, aún sonriendo, con su pequeña en brazos.

Nataly lo miró: estaba radiante, con esa sonrisa de modelo de revista, alto, pulcro, casual pero elegante. Fue consciente de que un buen número de mujeres que circulaban por la sala del aeropuerto le dedicaban miradas de admiración, y otras más bien lascivas, y sintió un pinchazo en el estómago al pensar que alguna vez había sido suyo.

—Estuvo excelente —sonrió, tratando de alejar esos pensamientos turbios.

Él también la observó, vestida con una gabardina color beige, muy femenina, que resaltaba su bella figura, con unas botas altas que la hacían lucir elegante y sexy. Tragó saliva: Nataly le parecía aún más hermosa y atractiva, si cabía, que antes.

Se dirigieron al auto de Max. Eran cerca de las tres de la tarde, y él pensó que tal vez tendrían hambre; la chiquilla rápidamente aceptó la oferta de pararse a comer en un buen restaurante antes de dirigirse a la casa de sus abuelos maternos, y no paró de hablar sobre los detalles del viaje, así que Max y Nataly prácticamente no tuvieron que preocuparse por encontrar un tema de conversación.

—Cuando me llamaste para decir que vendrían, pensé que te referías a que estarían aquí para Navidad. —Max aprovechó una pausa de Natasha, que estaba concentrada en comer el postre.

—Después pensé que eso habría sido lo mejor, pero ya había tomado la decisión, e incluso ya había hablado con el doctor Petersen; además, es mucho más difícil obtener un permiso durante las fiestas —aclaró.

—Supongo que pasarás la Navidad en Portland.

—Sí, mis padres prometieron ir para estar con nosotras en las fiestas. Será una Navidad muy especial para Natasha. —Y al decirlo miró a la pequeña con una expresión de gran ternura.

Max captó el reproche implícito en las palabras de ella, y se sintió culpable, por enésima vez. También él se había perdido las primeras navidades de su pequeña, pero no pensaba estar ausente en una sola más.

Sylvia y Dan las recibieron como si no las hubieran visto en meses.

Max se despidió rápidamente, pero consultó con Nataly si podía llevar a Natasha a casa de sus padres en uno o dos días. Nataly estaba de acuerdo en que la niña fuera a la casa de sus abuelos, pero no tenía deseos de ir ella; sin embargo, no permitiría que

Max fuera solo con Natasha.

—Michael y Louisa también estarán ahí; están ansiosos por conocer a Natasha — explicó a Nataly, sin poder ocultar el orgullo que sentía al pensar que sus hermanos conocerían a su pequeña hija.

Cuando él se marchó, Nataly pensó que esa visita parecía más bien encaminada a que la familia de Max conociera a la niña; pero no podía culparlo por querer presentársela a toda su familia.

Estaba algo cansada por el viaje, pero decidió que quería hacer un pequeño recorrido por la ciudad que había dejado hacía cerca de cuatro años, por lo que se puso ropa más cómoda, y los cuatro salieron a dar un paseo.

A Nataly le hubiera gustado que Carl y Dan Jr., sus hermanos, también estuvieran en Boston, pero cada uno tenía sus ocupaciones en puntos muy distantes. Se le ocurrió que quizá todos pudieran ir a Portland para pasar la Navidad con ella y Natasha, ya que Dan y Sylvia ya tenían planeado hacerlo.

—Querida, sería maravilloso, por fin, una Navidad todos juntos, como hace muchos años que no disfrutamos —exclamó Sylvia cuando le planteó la idea.

Desbordada de entusiasmo, su madre le dijo que esa misma noche, tan pronto volvieran a casa, llamaría a sus hijos para exponerles el plan.

Nataly suspiró de satisfacción y expectativa; al menos, el que ya no tuviera que ocultarse de Max tenía algunas ventajas.

Louisa y Michael recibieron a Natasha con gran algarabía. Por supuesto que el conocer a su sobrina los llenaba de entusiasmo, y la reacción de la pequeña estaba a la par de la de sus tíos.

Nataly pidió a Max que sus padres los acompañaran en la reunión con Vilma y Arthur, por lo que, ante el creciente número de la compañía, la anfitriona dispuso todo lo necesario para disfrutar de una barbacoa en el jardín.

La primera no pudo evitar sentirse un tanto incómoda ante la actitud fría y recelosa de sus cuñados; suponía que Max no les había hablado de las circunstancias que finalmente la obligaron a desaparecer, por lo que entendía que estuvieran resentidos con ella, pero ellos debían comprender que ella había tenido poderosas razones para hacer lo que hizo.

Louisa, posiblemente influida por su madre, era quien parecía juzgarla más duramente.

En un momento en que Nataly se acercó a la barra donde estaban las bebidas, y todos los demás estaban bastante concentrados en la charla, la joven se acercó a la doctora.

—Natasha es preciosa; se parece mucho a Max —señaló, cautelosa.

—Así es. —Nataly se sentía bastante incómoda, y suponía que su interlocutora tenía un punto, pero no sabía cuál.

—Max sufrió mucho cuando te fuiste, quedó destrozado.

Nataly se volvió a mirarla; bien, ahí estaba el reproche. Si Louisa quería una explicación, ella estaba dispuesta a justificarse.

—Lo sé, Louisa, y lo lamento, pero tenía que irme. Vivir con él resultaba muy complicado.

—Pero él te ama.

—Tal vez, pero se volvió muy difícil estar con él. —Hizo una pausa, sin saber si continuar o no—. Era muy posesivo, deseaba controlarme.

Louisa abrió mucho los ojos, incrédula.

—¿Controlarte? ¿Cómo?

Nataly bajó la vista, como si estuviera avergonzada, aunque era simplemente que no quería hablar mal de Max, y mucho menos ante su familia.

—Max hizo que me despidieran del hospital para que estuviera más tiempo en casa y pudiéramos tener un hijo.

—¿Hizo que te despidieran? —cuestionó Louisa, sin poder creerlo—. Él nunca nos dijo eso. Admitió que había sido celoso y demasiado posesivo. Ahora comprendo que seguramente se sentía muy avergonzado para confesarnos lo que había hecho. Pero siempre insistió en que la culpa de que te fueras era suya, de nadie más. Yo no lo entendía.

La doctora la miró; la hermana de Max estaba embebida en sus pensamientos, procesando todo lo que estaba descubriendo.

—¿Qué hay de Natasha? ¿Por qué le ocultaste que tenías una hija suya?

Nataly se ruborizó. Aunque su cuñada lo preguntó sin afán de reproche, ahora se sentía un tanto abochornada por su comportamiento.

—Cuando dejé a Max no sabía que estaba embarazada. No lo había planeado, me enteré semanas después de haberme marchado. Estaba muy molesta con él por lo que había hecho, y pensé que aprovecharía la llegada del bebé para forzarme a estar siempre en casa, cuidando de nuestro hijo.

Ambas guardaron silencio por varios segundos.

—Es verdad que Max parecía estar demasiado enamorado de ti, pero no creí que llegara a tales extremos. Yo pensé que exageraba al ir a terapia, luego de que te fuiste.

Hizo una pausa—. Él ha cambiado mucho, Nataly —y ambas se volvieron a mirarlo mientras él charlaba con su hermano, con la niña en brazos.

—Parece el mismo Max de antes —agregó, feliz.

Nataly sonrió; ella estaba de acuerdo, pero no quería pensar en ello, quería convencerse a sí misma de que ese no era el hombre del que se había enamorado: el amor de su vida, el único al que había amado.

—Después de casarnos cambió mucho. No entiendo qué fue lo que le ocurrió. Yo lo admiraba por su confianza en sí mismo, por su seguridad, por su aplomo, pero se volvió muy controlador y autoritario. Al principio me sentía halagada, pensaba que era producto del gran amor que sentía por mí, pero luego la situación se tornó asfixiante. Y míralo ahora; siempre pensé que sería un padre muy entregado. Natasha lo ha hecho muy feliz.

Louisa la observó; había mucha nostalgia en sus palabras, como un lamento velado.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

Nataly pensó que había muy poco de carácter personal que no le hubiera revelado ya, pero asintió.

—¿Max te ha pedido que regreses con él?

Nataly bajó la mirada.

—Al principio, cuando me encontró, sí me lo pidió. Luego, cuando se enteró de Natasha, sugirió que los tres debíamos vivir juntos, para que la niña tuviera a ambos, pero yo me negué.

—Aún no confías en él. —Su cuñada lo dijo con gran suavidad.

Nataly no dijo nada, pero no hizo falta, su silencio hablaba por ella.

—Te entiendo. —Louisa la miró con simpatía—. Pero soy de la idea de que casi todos merecemos una segunda oportunidad.

Vilma, que las había estado observando desde hacía un rato, se preguntaba de qué podrían estar hablando su hija y su nuera y, sin poder resistir la tentación, se acercó a ellas para tratar de averiguarlo. Sin embargo, Louisa le dijo que habían estado conversando de lo hermosa y vivaz que era Natasha, y luego las tres se dispersaron.

CAPITULO 26

«Casi todos merecemos una segunda oportunidad». Las palabras de Louisa acudían a su mente una y otra vez.

Su madre y ella se encontraban en la cocina tomando una taza de té, mientras Dan y Natasha ya se habían ido a dormir hacía una media hora.

Nataly meneaba el té distraídamente.

—Mamá, ¿tú crees en las segundas oportunidades?

Sylvia la miró.

—Eso depende, hija. ¿Lo dices por Max?

Sabía que su intención era muy obvia, pero la sorprendió la franqueza de su madre.

—Es difícil decirlo —continuó—. Max se ha comportado estupendamente con Natasha, e incluso contigo. Te confieso que yo esperaba una reacción mucho más airada por su parte al saber sobre su hija. Supongo que tú misma tendrías que correr el riesgo y averiguarlo.

Esa noche tardó mucho en conciliar el sueño, y cuando por fin lo hizo, imágenes difusas de Max y ella poblaron sus ensueños mientras tenía la sensación de extrañar su contacto y su sabor.

Max se presentó muy temprano al día siguiente para llevar a Natasha y a Nataly a pasear por la ciudad; quería que su hija viera el parque Boston Common, e invitó también a Dan y a Sylvia, y los cinco se fueron muy contentos a vivir su jornada de turistas.

Nataly vestía de forma casual, pero se veía muy hermosa y juvenil; Max, por su parte, llevaba unos jeans deslavados, una camiseta tipo polo que hacía resaltar sus fuertes brazos y su ejercitado abdomen, y unos mocasines, y su esposa pensó que se veía joven y sexy. Le costó trabajo apartar la vista de él cuando la saludó.

«¡Rayos!» pensó, ruborizándose, y rezando para que él no se diera cuenta de ello.

Max no paró de hablar durante todo el camino, pues Natasha le hacía muchísimas preguntas sobre los lugares por lo que iban pasando. A Nataly le gustó mucho la naturalidad con la que charlaba con su hija.

Recorrieron el centro de la ciudad, dieron un buen vistazo al *Tea Party Ship and Museum*, y luego de comer, algo cansados por haber estado de paseo toda la mañana, se detuvieron en el Jardín Público.

Max jugó un rato con su pequeña hija, pero le pidió una tregua, pues se hallaba agotado, y dejó a Dan la tarea de entretener a la niña. Fue a sentarse junto a Nataly, quien reposaba en una banca observando a su hija. Sylvia se hallaba charlando alegremente con una amiga del centro comunitario, por lo que se encontraron solos.

Nataly se sintió nerviosa de pronto, pero trató de disimular. Max suspiró luego de sentarse.

—Es maravillosa —dijo, mirando a la pequeña.

—Sí, lo es.

Ella esperaba que él dijera algo más, pero no lo hizo.

Se dio cuenta de que deseaba que él la mirara, que volviera hacia ella sus hermosos ojos azules y le demostrara sin palabras que aún la deseaba, pero él continuaba observando a su hija con expresión beatífica, y apenas si se percataba de su presencia.

Se sintió estúpida por tener semejantes esperanzas. Ella misma había dicho que no pensaba volver con él. ¿Por qué ahora esperaba que él le demostrara que seguía amándola, que todavía esperaba poder recuperarla?

Volvió la vista hacia el lado opuesto, tratando de que él no notara su turbación. En verdad sería muy estúpida si contemplaba ahora la posibilidad de regresar con Max.

Sintió de pronto la necesidad de romper el silencio.

—Espero no estar causándote problemas al haber venido. Debes tener mucho trabajo, sobre todo con lo de la mudanza.

Él se respaldó en la banca y puso las manos detrás de su cabeza; parecía estar muy cómodo.

—Sí, tengo mucho trabajo, pero no me causas ningún problema. Para eso soy el jefe —y al decirlo se volvió a mirarla con una sonrisa tan natural y seductora, que Nataly tuvo que hacer un gran esfuerzo para ignorar las mariposas que revoloteaban en su estómago.

Ese era el hombre que le había robado el corazón. Se volvió bruscamente hacia donde estaban Natasha y su padre para que él no se percatara de su rubor y de su creciente incomodidad.

Él sí lo noto, pero atribuyó su actitud a que aún desconfiaba de él. No la culpaba, y tampoco la presionaría. No pensaba insistir en que vivieran juntos, ni siquiera para

que Natasha creciera en un hogar presuntamente normal. Supuso que no sería sano para ella estar en un ámbito donde su madre desconfiara de su padre, y él tuviera que hacer un esfuerzo sobrehumano para demostrar que no era un controlador y celoso obsesivo.

Deseaba a Nataly, seguía enamorado de ella; la amarga impresión que se había llevado de ella al conocer que le había ocultado a su hija había ido dando paso a un entendimiento de su proceder que ahora le hacía más benevolente en su juicio hacia ella.

Le hubiera gustado mucho darle a Natasha la oportunidad de tener un hogar convencional, pero a su aceptación de sus errores y defectos del pasado se aunaba el hecho de que no quería volver a humillarse ante Nataly, no quería que ella lo rechazara nuevamente, ni darse cuenta de que ella no lo amaba como él la había amado, como todavía la amaba.

CAPITULO 27

—¿Y bien? ¿Cómo te ha ido en Boston? —Merryl sonaba tan alegre y afable como siempre.

Nataly sonrió; hablar con su amiga era un bálsamo maravilloso, tenía la capacidad de hacerle ver sus problemas más pequeños de lo que los sentía.

—Excelente —dijo escuetamente.

—¿Has visto a Max y a su familia?

—Sí, los he visto. Se han portado de maravilla. Bueno, casi todos. Vilma parece dispuesta a sacarme los ojos cada vez que me ve.

Merryl rio alegremente.

—Pues lo siento por ella. Además, no te verá tan seguido, ya que vives al otro lado del país.

Nataly guardó silencio.

—Nataly, ¿qué ocurre?

Bien, ahí estaba, la única persona a la que no podía ocultarle nada.

—Me siento muy confundida, Merryl. —Más que una frase, fue un suspiro.

Su amiga percibió que estaba a punto de llorar. Supuso que Nataly se refería a la situación de Natasha con respecto a sus padres, y le preguntó, con toda la suavidad que pudo, si estaba contemplando la posibilidad de volver con su esposo para darle a su hija un hogar completo.

—¡No lo sé, Merryl! —Y rompió a llorar, tratando de hacerlo silenciosamente para que sus padres no se dieran cuenta, aunque estaba encerrada en la habitación que había ocupado cuando vivía con ellos.

Merryl no dijo nada, a fin de darle la oportunidad de que se desahogara. Pasaron unos minutos antes de que Nataly recuperara el control.

—Nataly, si pides mi consejo no sé qué decirte. Supongo que estás contemplando que los tres vivan juntos, pero tú y Max cumplirían con ciertas condiciones, tú me entiendes. Pero solo tú puedes determinar si sientes que ha cambiado lo bastante como para darle una segunda oportunidad. Depende de ti, solo de ti, y si te decides, puedes imponerle tus condiciones. Estoy segura de que él entenderá.

La joven doctora se limpió la nariz ruidosamente.

—¡Oh, Merry! Max ni siquiera ha vuelto a pedirme que regrese con él. Es más, me da la impresión de que ya ni siquiera desea eso.

—¿Por qué lo dices?

—Porque parece tan desinteresado. Ahora solo importa Natasha; a mí apenas si me presta atención.

Merryl sonrió, pero no quiso que su amiga lo notara. Sonaba como una jovencita de secundaria, desesperada porque el chico que le gusta ni siquiera sabe que existe.

—Bueno, eso es lo que deseabas.

Nataly carraspeó.

—Sí, es lo que deseaba.

Merryl hizo una pausa. Lo tenía todo tan claro...

—Pero ahora no deseas eso.

Nataly volvió a romper en llanto.

—Querida, eso no tiene nada de malo. Es tu esposo, te enamoraste de él una vez, no veo por qué no podrías hacerlo de nuevo. O tal vez nunca has dejado de amarlo. Quizá no es él a quien tengas que darle otra oportunidad, sino a ti misma.

La joven parpadeó, sorprendida. Merryl debía haber sido siquiatra.

—Mami, ¿por qué no podremos ver hoy a papá?

Max le había llamado la noche anterior para decirle que al día siguiente tendría mucho trabajo en la oficina, y por la noche debía asistir a una gala de beneficencia para niños con cáncer, por lo que estaría muy ocupado y no podría verlas.

Nataly se lo explicó por segunda vez a la niña, quien hizo un mohín y cruzó los brazos, enfurruñada.

Ella también se sentía un tanto decepcionada, ya que ella y Natasha regresarían a Portland al día siguiente, y ya no verían a Max hasta que él fuera a visitarlas, pero no dijo nada; tal vez eso era lo mejor.

Para distraerse, salieron de compras con Sylvia; comieron en el centro comercial y volvieron a casa alrededor de las 5:30.

Poco después sonó el timbre; Sylvia fue a avisarle que Max había ido a ver a Natasha y la esperaba en la sala.

Llevó a la niña, y se sorprendió al ver a su esposo en un elegante esmoquin que revelaba mucho de su atlética figura. Se quedó sin aliento, pero trató de disimular,

más aún cuando se dio cuenta de que él iba acompañado por una hermosa mujer morena que, si bien no tenía una figura de modelo de revista, tenía unas curvas bien definidas y un rostro jovial.

—No resistí la tentación de venir a ver a mi hija —explicó, sonriendo, mientras le daba un abrazo a la niña.

Nataly estaba de una pieza. ¿Quién era esa mujer?

Max, quien se había agachado para abrazar a su hija, se puso en pie con ella en brazos.

—Nataly, te presentó a Janice, una muy buena amiga. Janice, ella es la madre de mi hija.

La aludida se fijó en que él no había dicho «mi esposa», y sintió de pronto que las entrañas se le revolvían. La mujer estiró el brazo para saludarla y le dedicó una sonrisa bastante amigable.

—Es un placer. Tienes una niña preciosa.

No parecía estar en absoluto incómoda con la situación; Nataly, en cambio, sentía que una ola de calor le subía desde el estómago hasta el rostro.

—Gracias —dijo únicamente.

A Max le pareció un tanto extraño que fuera tan parca, pero no se paró a pensar en el asunto. Se dedicó a preguntarle a su hija cómo estaba, si ya había cenado y si ya tenía lista su maleta para partir al día siguiente. Nataly los observaba, muy seria.

De pronto entendió por qué. Max estaba saliendo con esa mujer, evidentemente ya la había superado. ¡Estaba celosa! La invadió la ira, así como unas terribles ganas de llorar. ¿Qué pretendía? ¿Que él la esperara toda la vida?

—Tu avión sale a las 11:00, ¿cierto? —Max la sacó de sus turbios pensamientos.

—Sí —contestó con voz ronca.

Él dejó a la niña en el suelo, no sin antes darle un sonoro beso.

—Vendré por ustedes poco después de las ocho, las llevaré al aeropuerto —La amabilidad con que lo dijo bien podría haber sido dirigida a un colega de trabajo.

—No es necesario, mi padre nos llevará. —No quería parecer grosera, pero había sonado muy seca.

Max alzó una ceja; Nataly parecía de mal humor. Había contemplado la posibilidad de pedirle que lo acompañara a la gala, pero había invitado a Janice antes de saber que ella vendría a Boston y, además, no quería abrumarla. Ahora le parecía que había sido una decisión acertada.

—Insisto. Por favor, tus padres pueden acompañarnos, por supuesto.

Era inútil resistirse, Max tenía un tremendo poder de persuasión. Ella asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

Max y Janice se retiraron, despidiéndose con gran amabilidad.

Natasha revoloteaba a su alrededor, parloteando sobre la visita de su padre, pero ella apenas la escuchaba; estaba atónita, nada la había preparado para ver su esposo con otra mujer, a pesar de que muchas veces había deseado que eso ocurriera.

No se había dado cuenta de que su madre observaba toda la escena desde la cocina. Sylvia se acercó para llevar a Natasha al comedor, pues la cena estaba lista.

La tomó en brazos y miró a su hija con una sonrisa bastante enigmática.

—Bien, hija, parece que al fin te has librado de Max.

Nataly sintió como si le hubiera caído un rayo.

Se despidió de Max tratando de parecer cálida y alegre; le había costado mucho trabajo, pero lo había conseguido.

Al llegar a Portland, Meryll le sugirió que fueran a cenar, pero estaba muy cansada y declinó.

Su amiga se moría por preguntarle cómo iba todo, pero algo en la actitud fría y aparentemente desinteresada de Nataly la detuvo.

La noche anterior había llorado mucho; por lo que no había podido ser, por lo que había perdido, por su amor frustrado, por los años que se habían ido...

Había derramado lágrimas de arrepentimiento, pero no lo haría más. Meryll tenía razón: tal vez debía darse una nueva oportunidad, pero no con Max. Si él había sido capaz de rehacer su vida y encontrar otra persona a quien amar, ella podría hacer lo mismo, quizá no hoy, ni mañana, pero después, cuando Natasha fuera mayor y no dependiera al cien por ciento de ella. Como decía Meryll, siempre podría echar «una canita al aire».

Por supuesto que no estaba del todo convencida de ello, pero debía intentarlo, ella también lo merecía.

Al principio la corroía la curiosidad morbosa de saber quién era esa mujer, cómo la había conocido Max y desde cuándo tenían una relación; le había pasado por la mente la idea de preguntarle a Louisa, pero primero se habría cortado un dedo antes que hacer eso.

Finalmente, se dio por vencida. Trató de distraerse con la charla distendida de Meryll y una botella de buen vino tinto, y logró engañar a sus arrepentimientos al menos por esa noche.

Había ido a Boston para hacer una prueba, y ya tenía los resultados. Su vida estaba

en Portland, y ahí se quedaría.

CAPITULO 28

—Si no conociera la historia, pensaría que a tu esposa no le hizo nada de gracia verte conmigo —señaló Janice durante la gala.

Max, la miró, sorprendido.

—¿A qué te refieres?

Ella rio alegremente.

—¡Por favor, Max! ¿No viste cómo me miró? Quería fulminarme.

—Mi querida Janice, estás imaginando cosas.

—Y tú debes estar ciego.

—No entiendo a dónde quieres llegar —replicó él, ya molesto.

Ella lo miró con expresión de «ustedes los hombres no entienden nada».

—Max, Nataly estaba ce-lo-sa.

Él hizo un gesto de suma extrañeza.

—Por supuesto que no —negó, aunque le hubiera encantado que fuera así.

—Por supuesto que sí. Se puso roja de ira, apenas si pudo disimularlo. No sé, tal vez se sintió herida en su vanidad o en su amor propio. Quizá pensaba que tú siempre estarías loco por ella y ahora asume que la has dejado atrás.

Max rio ante esa posibilidad.

—Nataly no es tan frívola, Janice.

Ella señaló lo obvio:

—Entonces es que todavía está enamorada de ti.

Que Nataly aún estuviera enamorada de él era algo que no le cabía en la cabeza. Había necesitado años para aceptar que la había perdido, que no era suya, y ahora no podía convencerse de que tal vez ella sí lo amaba.

Las palabras de Janice lo acuchillaban una y otra vez. ¿Nataly, celosa? ¡Ja! Sí, por supuesto.

Trató de olvidarse de todo eso; por fin estaba dispuesto a rehacer su vida, y no iba a sugestionarse con ideas locas.

A lo largo de esos años había reflexionado mucho sobre la actitud obsesiva que había adoptado para con su esposa, y había llegado a la conclusión de que era el apego patológico, el exacerbado temor a perder lo que se ama, lo que lo había llevado a actuar de forma tan compulsiva.

Había sido un idiota, ahora lo entendía. Al pretender retenerla, lo único que había logrado era, precisamente, alejarla de él.

¿Era acaso que, en algún momento, su personalidad había cambiado, o siempre había sido así de posesivo y celoso? Cuando él y Nataly iniciaron su relación, se sentía bastante confiado. Ella era una mujer muy independiente, pero en ese entonces era muy joven y, al parecer, no tenía demasiada experiencia en la vida, ya que se había enfocado de lleno en su carrera. Él sentía que, en cierto modo, ella lo veía como un modelo a seguir, un hombre joven pero maduro, autosuficiente y seguro de sí mismo, que podía cobijarla y responder por ella en cualquier situación.

Pero cuando ella consiguió el trabajo en el hospital, sus jornadas laborales empezaron a extenderse, y ella parecía cada vez más segura e independiente. La confianza de él y su propia seguridad empezaron a tambalearse.

¡Qué tonto había sido! Ella lo amaba, ¿por qué habría de disminuir ese amor solo porque ella estuviera en circunstancias muy similares a las de él, y no lo necesitara en el aspecto económico, legal o laboral?

Sacudió la cabeza; tenía que dejar de pensar en eso, no tenía sentido seguir dándole vueltas a esos asuntos que creía finiquitados.

Merryl intuía que algo había pasado entre su amiga y Max en Boston, pero Nataly se había mostrado sumamente hermética al respecto. A sus veladas preguntas respondía que todo estaba muy bien, que la familia de Max las había recibido de maravilla, pero no entraba en detalles acerca de él.

La joven doctora, por su parte, estaba concentrada en su trabajo con más empeño que nunca; en enero planeaba asistir a un curso sobre los avances en el tratamiento de la leucemia infantil, y estaba muy entusiasmada con ello.

Las fiestas estaban a la vuelta de la esquina, y ella y Natasha se preparaban para recibir a Carl, a Dean y a los abuelos. Su felicidad habría sido casi completa si Merryl hubiera podido estar con ellos, pero días antes le había comunicado que iría a

Cincinatti a pasar las fiestas con sus padres, a quienes no había visto desde el año anterior.

—Natasha te extrañará muchísimo —le dijo, mientras se sentaba en el sofá tras su extenuante jornada laboral

—Y yo la extrañaré a ella —y agregó bajando la voz—, pero ya le compré su obsequio.

—Eres una tía incorregible —rio Nataly—. Debemos tener una cena de navidad antes de que te vayas, ¿qué te parece?

—A mí me parece excelente.

—¿Dónde pasará Paul la Navidad?

—En casa de sus padres, pero me alcanzará para pasar conmigo el Año Nuevo.

—Guau.

Merryl la miró. Sabía todo lo que encerraba esa expresión, su amiga la conocía demasiado bien.

—Sí, el asunto se está poniendo serio —admitió, con una sonrisa un tanto avergonzada.

—Ya veo —Nataly sonrió maliciosamente, pero no dijo más.

—¿Max vendrá?

Nataly se puso en pie y se dirigió a la cocina; trató de parecer despreocupada al responder:

—Sí, Natasha lo mataría si no viene.

En ese momento la pequeña dejó el sofá donde se hallaba coloreando un cuadernillo y se dirigió al comedor.

—Mami, ¿podemos llamar a papá?

—¿Para qué quieres llamar a papá?

—Quiero preguntarle algo —contestó, enigmática.

Su madre hubiera querido preguntarle de qué se trataba, pero sabía que solo tendría que prestar atención a la conversación.

Tomó su móvil y marcó el número de Max. Iba a pasárselo a la pequeña tan pronto entrara la llamada, pero apenas sonó una vez cuando él contestó, riendo:

—En serio, Janice, ahora, ¿qué se te olvidó?

Nataly se quedó de una pieza; Merryl observó cómo se puso pálida.

—Soy Nataly —alcanzó a articular con voz tímida.

—Nataly, discúlpame, no vi el identificador. ¿Cómo están? —Él hablaba con una naturalidad pasmosa, y ella sintió que le estrujaban el corazón.

Se sintió tremendamente estúpida.

—Natasha quiere hablar contigo. —Y le pasó el aparato a la niña sin esperar la

respuesta de él.

Había pensado quedarse a escuchar, pero se excusó con Merryl y se dirigió a su habitación.

Así que Max ahora la confundía con esa tal Janice. Eso solo podía significar dos cosas: que definitivamente ya se había olvidado de ella, y que su relación con esa mujer era bastante estrecha.

Sentía que los ojos le escocían, pero se forzó a no llorar, no quería que Merryl se diera cuenta de lo que estaba sintiendo, porque casi no podía admitirlo ni ante sí misma. Respiró profundo, se cambió de blusa para tener una excusa a su repentina escapada, y salió tratando de aparentar gran serenidad.

Natasha seguía hablando con Max. Cuando la pequeña la vio, le dijo a su padre:

—Aquí está mamá. ¿Quieres hablar con ella? —asintió y le dio el teléfono.

Ella hubiera dado cualquier cosa por no hablar con él en ese momento.

—¿Sí?

—Natasha quería preguntarme si ya tengo su obsequio de Navidad. —Él parecía muy divertido.

—Ah.

Él esperaba que ella le preguntara de qué se trataba, pero no lo hizo. Por un momento tuvo la fuerte sensación de que ella se estaba comportando muy fría con él.

—Llegaré el día 23 —continuó él—. Les dije a tus padres que si querían podían viajar conmigo, pero ellos ya tenían sus boletos. ¿Necesitas algo para la cena?

—No, nada.

Ahí estaba, esa extraña parquedad que él creía superada.

—¿Trabajarás el día de Navidad?

—Por fortuna, no —respondió ella—. Hablé con el doctor Petersen, y trabajé horas extra durante estas dos últimas semanas para liberarme de la guardia navideña.

—Estupendo. Natasha estará feliz.

—Sí. Bien, te veremos en Navidad.

—Las veré en Navidad. —Esa última frase fue casi más de lo que Nataly podía soportar, sonaba tan íntimo, tan cercano, tan familiar.

Merryl no la cuestionó, pero sabía que algo le estaba pasando a su amiga; tal vez estuviera confundida, quizá aún no había decidido darse una nueva oportunidad, pero era evidente que estaba sufriendo. Su reacción cuando llamó a Max fue de lo más extraña. ¿Por qué había tenido que aclararle que se trataba de ella? Sabía que él tenía en la agenda de su teléfono el número de Nataly. ¿La habría confundido con otra persona? ¡Tal vez con otra mujer! Sí, eso debía ser, tenía mucho sentido. Por eso Nataly se había puesto pálida; por eso se mostraba tan reacia a retomar la

conversación que habían tenido cuando estaba en Boston, y se veía tan decidida a afianzar más que nunca su vida en Portland.

Siendo tan observadora como era, no le había pasado por alto el que Nataly evitara a toda costa mencionar a su esposo; solo lo hacía cuando era indispensable.

Llegó la hora de marcharse, y tuvo que hacerlo con todas esas dudas rondando su cabeza. No le gustaba sentir lástima por nadie, pero tuvo que admitir que, si sus sospechas eran ciertas, sentía compasión por su amiga: debía ser muy frustrante darse cuenta de que se quiere algo o a alguien cuando ya no se le puede tener.

CAPITULO 29

Sylvia y Dan llegaron unos días antes de Navidad, y Carl, Dean y Max lo hicieron el día 23, por lo que el departamento de Nataly estaba hecho una locura.

Sus padres y sus hermanos habían insistido en hospedarse en un hotel, ya que el departamento era muy pequeño para albergarlos a todos.

La víspera de Navidad, Natasha estaba más parlanchina e inquieta que de costumbre; definitivamente, la hacía muy feliz el tener a su padre, a sus abuelos y a sus tíos, a los que recordaba vagamente porque los había visto por última vez a principios del año.

Nataly y su madre tenían prácticamente todo listo para la cena; tenía que admitir que se sentía feliz. Por fin, después de tanto tiempo, ella y su hija tendrían una Navidad normal, rodeadas del amor y el calor de su familia. Se había propuesto no ponerse sentimental, y tampoco amargarse por la cercanía de Max. No había motivos para lamentarse por lo que ya no podía ser.

«Año nuevo, vida nueva» pensó, bebiendo un poco de vino tinto.

Max llegó cerca de las ocho de la noche. Natasha soltó un grito agudo cuando lo vio: parecía el mismísimo Santa Claus, cargado con muchos regalos, una canasta, y adornos navideños.

La niña empezó a hacer círculos alrededor de él cuando se dispuso a poner los regalos en el árbol.

—¡Hay que abrir los obsequios! —sugirió Natasha, y todos rieron ante su impaciencia.

Max se puso en cuclillas para estar a su altura.

—Tienes que esperar hasta la mañana de Navidad, cariño. Ten paciencia, ya solo faltan unas horas.

—Pero, papi, ya quiero abrir mis obsequios.

—Lo sé. Si mamá nos da permiso, dejaré que abras mi obsequio antes de irte a dormir.

La pequeña se arrojó a sus brazos y lanzó un grito de alegría.

Sus suegros y sus cuñados observaban la escena, sumamente complacidos.

Carl y Dean conocían las razones por las cuales su hermana había decidido alejarse de Max, y aunque al principio se habían mostrado casi tan molestos e indignados como ella, ahora lo veían con benevolencia.

Max se puso en pie, tomó la canasta y se dirigió a la cocina, donde Nataly daba los últimos toques a la elegante cena que habían preparado.

Sintió un nudo en el estómago cuando lo vio, tan atractivo y desenvuelto, dirigirse hacia ella.

—Hola —saludó él alegremente—, veo que has preparado un verdadero banquete.

Ella sonrió tímidamente.

—La ocasión lo amerita.

De pronto, él también pareció cohibido; no se acostumbraba a tratar a Nataly como a una amable conocida.

—Traje frutos secos, chocolates, galletas y vinos —explicó, poniendo la canasta sobre la barra de la cocina.

—Guau, ahora sí es un banquete digno de reyes —aseveró ella, con una sonrisa complaciente, pero sin mirarlo.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó él amablemente.

Hubiera deseado decirle que no, pero estaba por sacar el pavo del horno, y definitivamente necesitaría ayuda. Se lo dijo así a Max, y le ofreció dos guantes protectores.

Se sorprendió al ver lo diestro que parecía él en la cocina; recordó que Max era un hombre de muchos talentos, y se estremeció: ella lo admiraba por eso... lo había amado por eso.

Cuando él dejó la charola con el ave deliciosamente cocinada sobre la barra, ella se acercó para pedirle los guantes porque también tenía que retirar el puré de patatas de la estufa, pero él se volvió tan repentinamente que chocaron frente a frente.

El rostro de Nataly quedó a la altura del cuello de Max, y al verlo tan cerca se ruborizó hasta lo indecible. Él bajó la mirada para verla a la cara.

—Lo siento —dijo él, pero no se apartó.

Ella rápidamente apartó la mirada y la dirigió a las manos masculinas.

—Necesito los guantes, por favor.

—Por supuesto. —Él dio un paso atrás y con agilidad se los sacó y los ofreció gentilmente.

Al ver que ella se disponía a quitar una olla enorme de la estufa, él se le acercó por la espalda y le tomó las manos justo cuando ella iba a sujetar las agarraderas.

—Debería hacerlo yo —le dijo con voz suave.

Ese inesperado abrazo la descolocó por completo; sintió una corriente eléctrica por

todo su cuerpo, especialmente en la espalda, que él casi rozaba con su pecho. Fueron dos segundos muy largos en los que decenas de sensaciones se apoderaron de ella; su cuerpo recordó cómo se sentía la cercanía de Max, su roce exquisito, su tacto maravilloso, la excitación de esperar su siguiente movimiento.

Trató de bloquear de golpe todos esos pensamientos y se volvió repentinamente frente a él. Lo tenía demasiado cerca, podía percibir el olor de su perfume y su aliento mentolado.

Estaba furiosa, no tanto por las libertades que, sentía, él se estaba tomando, sino por lo que la hacía sentir. Pensaba preguntarle airadamente qué era lo que estaba haciendo, pero en lugar de ello se quitó los guantes protectores y se los tendió frente al rostro.

Él los tomó, perfectamente consciente del rictus de enfado de ella. En ese momento se dio cuenta de que un mechón de cabello había escapado de la coleta improvisada que ella se había hecho para terminar la cena, y no pudo resistir la tentación de tomarlo y colocarlo suavemente detrás de su oreja antes de que ella pudiera reaccionar.

Sintió un estremecimiento cuando él rozó la piel de su cuello al dejar el mechón tras su oreja; lo miró a los ojos, sin saber qué hacer, pero él sí sabía lo que deseaba hacer: se moría por estrecharla en sus brazos y besarla, y eso fue exactamente lo que hizo.

Se regodeó en el sabor de sus labios, los mismos que había añorado cada noche con un deseo desesperado.

Ella, sorprendida al principio, correspondió al beso sin pensar; se olvidó de todos, incluso de Natasha. Se dio cuenta de cuánto había extrañado el contacto de ese hombre, y aunque no había estado con ninguno desde que lo había dejado, supo en ese instante que nadie podría sustituirlo.

El timbre del teléfono de Max los devolvió a la realidad. «¡Rayos!» alcanzó a exclamar él en voz baja cuando se separó de ella. Por unos segundos Nataly pudo ver el rostro de él enrojecido por el deseo, pero se apresuró a salir rápidamente de esa situación tan comprometedora.

Comprobó con alivio que, al parecer, ni sus padres ni sus hermanos se habían percatado de su pequeño desliz, y se propuso mantenerse lo más alejada posible de su esposo durante el resto de la noche. Además, recordó, él ya está con Janice. No entendía a qué estaba jugando.

Tenía que disfrutar la cena navideña; no había compartido con su familia las últimas fiestas y quería sacar el máximo provecho de esa reunión. Se dedicó a probar todos los platillos, recordar anécdotas con sus hermanos y sus padres, reír con los chistes de Carl y con las ocurrencias de Natasha, y procuró tener siempre bien provista su copa

de vino.

Pero a pesar de todos sus intentos por distraerse, no podía ignorar las miradas de fuego que Max le lanzó a lo largo de la cena. Infinidad de veces lo sorprendió con la vista clavada en ella, como si no hubiera nadie más en la habitación. El vino la ayudaba a parecer distendida y relajada, pero en realidad la tensión la estaba matando, y si no hubiera sido por el alcohol habría estallado.

Como lo había prometido, Max permitió a Natasha que abriera sus regalos antes de ir a la cama; el más grande era una hermosa bicicleta de color rosa, con sus llantitas laterales y su canastilla rosada.

—¡Mami, mami, ya podré pasear en bicicleta en el parque! —gritó, feliz.

El segundo era una enorme y preciosa muñeca de trapo; el tercero, una pizarra electrónica con plantillas para hacer elaborados diseños.

La chiquilla estaba desbordante de alegría.

—Tus abuelos Arthur y Vilma, y tus tíos Michael y Louisa también te enviaron obsequios, pero esos los abrirás por la mañana, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, papi. Gracias. —Y le echó los brazos al cuello.

Dan, Sylvia, Carl y Dean se despidieron poco después. Eran casi las doce y todos estaban muy cansados, especialmente Nataly y Sylvia, que habían hecho un esfuerzo descomunal para preparar esa maravillosa cena.

Nataly se encontraba un tanto adormecida por el efecto del vino, pero se sintió alarmada cuando se dio cuenta de que su familia se marchaba, y Max parecía no tener intenciones de irse aún.

—Papi, ¿me llevas a la cama? —Natasha estaba a punto de quedarse dormida.

—Claro que sí, cariño. —Max la tomó en brazos y la llevó a su habitación.

Nataly se sintió un tanto amargada al pensar que, en otras circunstancias, eso hubiera sido lo más normal. Pero en esos precisos momentos nada de lo que estaba pasando entre ella y Max era normal, o al menos así lo sentía.

Pocos minutos después, cuando la niña se hubo dormido por completo, Max encontró a Nataly dando un sorbo a una copa de vino, apoyada en la barra, y lanzando un significativo bostezo.

Parecía tan a su alcance, ahí, a unos cuantos pasos, relajada y adormilada. Se acercó para despedirse. Le quitó la copa de la mano y le acomodó nuevamente un mechón rebelde. Ella lo miró ceñuda, no entendía qué pretendía él con todo eso.

—Deberías irte a dormir —le dijo con voz dulce, mirándola a los ojos—. Ha sido una cena maravillosa.

Su voz era suave como una caricia.

Ella asintió en silencio y sonrió tímidamente. Y ahí estaba otra vez, esa corriente

eléctrica que se extendía entre ambos como una red invisible. Ni siquiera lo pensó, simplemente la besó. Un beso suave, meloso. Mordió el labio inferior de ella y esa fue su perdición. Quería más, su cuerpo estaba ansioso por más de ella, habían sido cuatro años de ansiarla y desearla, y ese beso era maná para su cuerpo hambriento.

La rodeó con sus brazos y la escuchó gemir de placer cuando la acercó a su cuerpo; era tan perfecta.

Nuevamente, el sonido de una notificación en el teléfono de Max los sacó de su ensueño particular. Nataly sintió como si hubiera estado volando en una nube y de pronto la hubieran jalado violentamente hacia el suelo. Tuvo la sospecha de que podría tratarse de un mensaje de Janice para Max, tal vez quería desearle feliz Navidad.

Se apartó de él con cierta brusquedad poniendo su mano sobre el pecho de él.

—No, no —le dijo, mirándolo con los ojos llenos de lágrimas y el rostro enrojecido.

—Nataly. —Él dio un paso para acercarse a ella.

—No —volvió a decir ella en tono firme, y reafirmó la negativa con el brazo extendido para mantenerlo a distancia.

Él se la quedó mirando unos segundos. Tenía tantas cosas que decirle y, sin embargo, no sabía cómo empezar a explicarse, a decirle que lo había intentado todo, que había luchado y había perdido la batalla por olvidarla, que era la mujer de su vida, que su cercanía lo estaba matando.

—¿Qué estás haciendo, Max? ¿Qué pretendes? —Los vapores del alcohol se habían esfumado.

Max la observó; no parecía asustada, sino más bien dolida.

—Pretendo recuperarte —admitió con humildad—. Quiero a mi familia, Nataly, te quiero a ti, y a mi hija. Hice todo lo que estuvo a mi alcance para aceptar que ya no quieres estar conmigo —suspiró—, pero te amo.

Ella lo miraba con una mezcla de asombro y dolor. Recordó las palabras de Louisa: todos merecemos una segunda oportunidad. Sí, ella se había convencido de que así era, pero...

—¿Qué hay de Janice? —preguntó Nataly con una voz extrañamente neutral.

Max pareció no comprender.

—¿Qué hay con ella? —preguntó a su vez.

—¿La dejarás? ¿Le dirás que volverás a intentarlo conmigo? ¿Crees que lo acepte así nada más? —Parecía realmente enojada y dolida al hacer esas preguntas.

El rostro de Max era un poema. Hubiera querido reír pero se contuvo. Janice tenía razón: Nataly pensaba que había algo entre ellos y estaba celosa. ¡Estaba celosa!

—Estoy seguro de que a ella no le importará. —La risa bailaba en su voz.

Ahora era ella quien parecía no comprender.

Él eliminó la distancia que los separaba; se paró frente a ella, rozando con su aliento el rostro de Nataly, que contenía la respiración, nerviosa al tenerlo nuevamente tan cerca.

—No hay nada entre Janice y yo, ella es solo una muy buena amiga, nada más.

—¿No hay nada entre ustedes? Pero el otro día pensaste que era ella quien te llamaba.

Max la miraba a los ojos mientras acariciaba una de sus mejillas muy suavemente, tanto, que Nataly parecía hipnotizada por su tacto.

—Janice es muy lista, pero también muy despistada. Suele pedirme consejos de negocios, pero con frecuencia olvida mis sugerencias en el mismo momento. Ese día estuvo particularmente distraída y me llamó varias veces, por eso pensé que se trataba de ella cuando tú me llamaste. Pero te aseguro que solo somos amigos, nada más.

Nataly mantenía su mirada fija en los ojos de su esposo; le costaba asimilar que él y Janice solo fueran amigos porque no podía entender que una mujer pudiera resistirse a los encantos de ese hombre.

Él decidió no darle más tiempo a seguir pensando en el asunto y volvió a besarla; quiso ser gentil, y lo consiguió al principio, pero se impuso la urgencia de su deseo.

Ella también estaba sedienta; rodeó el cuello masculino con sus brazos y se pegó a su cuerpo. Eso fue más de lo que Max pudo resistir. La rodeó con sus brazos y cubrió toda la extensión de la espalda femenina con sus fuertes manos, apretándola fuertemente a él.

Nataly gruñó de placer contra su boca; su cuerpo reclamaba las caricias que le había negado durante los últimos cuatro años, las caricias de ese hombre al que —no tenía caso seguir negándolo— amaba con todo su corazón.

Max no supo cómo, pero logró separar su boca de la de ella; las respiraciones de ambos estaban agitadas como si hubieran corrido los cien metros planos. Recorrió su rostro con una mirada anhelante y sus ojos fueron a posarse en los de ella con una ansiedad a prueba de todo.

—Nataly, ¿estás segura? —le preguntó con voz ronca.

Ella asintió. Si necesitaba una prueba, por pequeña que fuera, de que él había recapitulado, ahí la tenía. Sonrió.

—Todos merecemos una segunda oportunidad.

Max sonrió a su vez, feliz. Volvió a besarla, esta vez moderando su deseo, saboreando cada milímetro de sus labios, disfrutando con todos sus sentidos el calor de su cuerpo y la sensación de una corriente eléctrica recorriéndolo desde lo más profundo de su ser. Al fin estaba donde pertenecía.

—Esta vez todo será diferente, te lo prometo —alcanzó a decirle antes de llevarla en brazos hasta su habitación y entregarle todo el amor que había guardado para ella durante todo ese tiempo.

CAPITULO 30

No podía apartar su mirada de él, no podía creer que él estuviera en su cama, que hubieran compartido la intimidad nuevamente, que estuvieran intentando un nuevo comienzo.

La tenue luz de la lámpara que daba a la puerta del baño le permitía ver sus facciones viriles y hermosas. Pensó con cierta satisfacción que, en otras circunstancias, habría sido él quien se detuviera a observarla mientras dormía. Parecía tan cómodo, tan relajado.

Le había prometido que todo sería diferente y ella quería confiar en él y creer que realmente así sería.

Él se revolvió un poco en la cama y abrió los ojos con pereza. Sonrió al verla mirándolo.

—¿Cuánto tiempo llevas observándome? —le preguntó con una sonrisa.

—Horas —respondió ella en tono de broma.

—¿Te estás convirtiendo en una acosadora? —Se acercó a ella y la besó levemente.

—Lo estoy considerando.

—¡Ah! ¿En serio?

—Por supuesto. Tengo que proteger lo que es mío. ¿Acaso no has visto cómo te miran las demás mujeres?

Él rio.

—No. ¿Cómo me miran?

Ella lo miró con un fingido gesto severo.

—Las enfermeras y las doctoras del hospital casi babeaban cuando te veían pasar para reunirte con el doctor Petersen y conmigo.

—¿De verdad? —Él parecía muy divertido—. Te aseguro que nunca me di cuenta de eso.

Nataly adoptó una actitud más seria.

—Ejerces un poderoso efecto sobre las mujeres. Eres un hombre muy atractivo. —No lo miraba a los ojos al decirlo, sino que con uno de sus dedos formaba círculos distraídamente sobre el pecho masculino.

—Pareciera que lo dices con cierto pesar —hizo una pausa—. No tienes nada de qué preocuparte, tú sabes que soy solo tuyo.

Ahora sí lo miró a los ojos y sonrió.

—Sí, lo sé.

Él acercó el rostro de ella al suyo y la besó apasionadamente. Ella pensó que harían el amor nuevamente, y la idea no le desagradaba en absoluto, pero él, en cambio, la acomodó entre sus brazos y se dispuso a dormir, así, abrazado a ella.

—Buenas noches, Nataly. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, Max.

CAPITULO 31

Definitivamente, en la corta vida de Natasha esa era la mejor Navidad de todas. Había recibidos hermosos regalos por parte de todos sus abuelos, de sus tíos paternos y maternos, y de Merryl, por supuesto.

Dan, Sylvia, Dean y Carl acudieron al departamento a una hora razonable por tratarse de la mañana de Navidad, y la pequeña ya los estaba esperando, ansiosa por abrir todos sus obsequios.

Max se había mostrado muy generoso con la familia de su esposa, ya que a sus suegros les regaló un crucero por el Caribe, y a sus cuñados, unas costosas plumas fuente de colección.

Desayunaron todos en medio de una gran algarabía. Por supuesto que los padres y hermanos de Nataly se percataron rápidamente de que Max había pasado la noche en el departamento, y a pesar de la discreta actitud de los aludidos, se dieron cuenta de que había ocurrido algo muy parecido a una reconciliación.

Ambos trataban de disimular, pero Nataly parecía más relajada y alegre que la noche anterior, y Max no podía ocultar la felicidad que lo embargaba: seguía a Nataly con la mirada mientras esbozaba una sonrisa tonta de adolescente enamorado.

Al ver que no parecían tener intenciones de hablar claramente sobre el asunto, Dan, franco por naturaleza, los cuestionó abiertamente:

—Bien, bien, ustedes dos parecen haber llegado a un arreglo, ¿acaso ya se reconciliaron?

—¡Papá! —exclamó su joven hija, poniéndose roja como amapola.

Max sonrió abiertamente.

—Me complace decirle, señor Murray, que, efectivamente, Nataly y yo vamos a intentarlo de nuevo.

Sylvia miró a Nataly sin decir nada; Dan y sus hijos empezaron a hablar al mismo tiempo, felicitándolos por darse una nueva oportunidad.

—¿Qué es «reconciliaron»? —preguntó Natasha, que escuchaba a todos pero no entendía de qué estaban hablando.

—Es cuando una pareja pelea y luego se perdonan —intervino su abuelo antes que

nadie.

La niña se volvió a mirar a sus padres, que estaban expectantes por su reacción.

—Entonces, ¿mi papi y mi mami ya no están enojados?

—No, cariño.

—¿Y van a vivir juntos otra vez?

Todos se volvieron a mirar a Nataly y a Max, y fue este último quien respondió:

—Pues, al menos lo vamos a intentar, cariño.

La niña, que estaba sentada en las piernas de su abuelo, sonrió, con esa sonrisa genuina y abierta que solo los niños saben esbozar, y recargó su cabecita en el pecho de su abuelo, completamente feliz.

Nataly sintió deseos de llorar, esta vez no de frustración ni resentimiento, sino de satisfacción: su hija estaba feliz.

La sobremesa se prolongó hasta muy tarde y luego todos pasaron a la sala para observar con más detenimiento sus obsequios.

Max y Nataly pasaron un momento a la cocina para retirar los platos de la mesa y poner un poco de orden. Él de pronto se quedó muy quieto, observándola mientras ella dejaba unos platos en la tina.

—¿Qué sucede? —preguntó ella al darse cuenta.

—Yo... —Él agachó la mirada; parecía avergonzado—. No te di ningún obsequio.

—Yo tampoco te di ninguno —admitió ella—. Reconozco que no sabía si era apropiado darte algo, dada la situación y, además, pensé: ¿qué se le puede obsequiar a una persona que lo tiene todo?

Él abrió los ojos con asombro.

—¿Una persona que lo tiene todo? No lo tengo todo, Nataly, al menos, no lo tenía hasta anoche. Ahora sí lo tengo todo. Es más, ahora que lo pienso —y ahora sí la miró directamente, con esa mirada abrasadora que ella recordaba muy bien, y que la derretía— me diste el mejor obsequio que pude haber deseado.

Ella dejó lo que estaba haciendo y se le acercó mucho, casi hasta tocarlo.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál fue ese obsequio? —Su sonrisa pícaro lo estaba tentando, porque ella pensaba que se refería a la noche que habían compartido.

Max la atrajo hacia él, y le habló muy cerca de su boca:

—Me diste a mi hija, y me diste esperanza.

—¿En qué? —Ella sabía a qué se refería, pero quería que se lo dijera.

—En un nuevo comienzo.

Y se fundieron en un beso dulce, íntimo, lleno de amor y de promesas.

EPILOGO

—Te voy a extrañar muchísimo. Mi vida no será lo mismo sin ti y sin Natasha. —
Por primera vez desde que vivía en Portland, Nataly veía a Merryl realmente conmovida y triste.

Estaban empacando los platos, el horno de microondas y otros utensilios de cocina que habían dejado para el último momento porque los iban a necesitar hasta el final.

Natasha jugaba sentada en el suelo de la sala ya vacía del departamento. Nataly había optado por vender todos los muebles y todo lo que no fuera de uso personal o que tuviera valor sentimental, ya que Max había comprado una casa nueva, y le había prometido que todos los muebles, accesorios electrónicos, todo, sería nuevo también.

A Nataly le parecía un derroche innecesario, pues él ya tenía una casa muy hermosa, cómoda y espaciosa, pero él había insistido: se había empeñado en que su nuevo comienzo partiera de cero.

No podía negar que le entusiasmaba la idea; además, Max tenía una posición bastante holgada, podía darse esos lujos.

Ella aún no había conseguido trabajo en Boston, pero no dudaba en que podría conseguirlo sin problemas... aunque había decidido tomarse un año sabático para estar con su hija y dedicarle todo su tiempo.

El ruido de la puerta al abrirse atrajo la atención de las tres, y Max apareció tras ella, más atractivo que nunca, y también más feliz. Natasha corrió a abrazarlo.

—¿Y bien? ¿Ya están listas?

—Ya estamos listas —confirmó su esposa, sellando con cinta la última caja.

Se volvió hacia Merryl y la abrazó con fuerza. Se había prometido no llorar, pero las lágrimas la traicionaron.

—Te voy a extrañar muchísimo. Has sido la mejor amiga, la mejor hermana que una persona podría desear.

Por primera vez, Merryl pareció quedarse sin palabras.

—Yo también las voy a extrañar muchísimo —alcanzó a decir con la voz ronca por la emoción.

En ese momento tocaron a la puerta; era Paul, que se había ofrecido a llevarlos al

aeropuerto.

—Por favor, vayan a visitarnos en cuanto tengan oportunidad —les pidió Max antes de tomar el pasillo rumbo al avión.

—Lo haremos con mucho gusto, en la primera oportunidad —dijo Paul, dándole la mano.

—Pero ustedes también tendrán que venir a vernos —intervino Merryl.

—Me parece que el turno es de ustedes —dijo Nataly.

La última llamada para abordar interrumpió la despedida. Nataly sintió un nudo en la garganta al echar una última mirada a su amiga, que en los últimos cuatro años había sido uno de los pilares que le había dado fuerzas para seguir.

Respiró profundo y continuó andando; su nueva vida, un nuevo comienzo, la esperaban llenos de promesas.

¿Puede un hombre cambiar con el tiempo? Nataly deberá descubrirlo tras años separada de su esposo.



Cuando los celos irracionales y las actitudes posesivas por parte de Max, su esposo, superan todo lo que Nataly esperaba de ese matrimonio, ella decide poner fin a esa relación insana, rehacer su vida y alejarse de él. Sin embargo, al descubrir, unas semanas después, que está embarazada, teme que él pueda aprovecharse de esa situación y que, finalmente, la controle como siempre ha deseado. Entonces Nataly desaparecerá de su vida sin dejar rastro. Durante cuatro años, logra mantenerse fuera de su alcance. Pero el destino tiene otros planes.

Una empresa de médicos, de la que Max resulta ser el dueño, cierra trato con el mismo hospital donde ella trabaja. El miedo de Nataly a que él descubra que tiene una hija la obligará a ocultar a Natasha, su pequeña. No obstante, por accidente, él lo averiguará, y ella deberá luchar con este nuevo hombre que se le presenta, pues Max ahora es comprensivo, tolerante y dispuesto a conciliar. Pero, sobre todo, tendrá que enfrentarse a la atracción y al amor que siempre ha sentido por él y que estaban latentes en su corazón.

Rita Black Nacida en el central estado mexicano de Aguascalientes en el año de 1976, Rita Black tuvo un temprano contacto con la lectura. Enamorada de las letras, a los 13 años empezó a escribir cuentos cortos. Estudió Ciencias de la Comunicación, y fue reportera del área de deportes durante cinco años y medio, y de información general durante dos años, en un diario de circulación estatal. Tiene un hijo de 10 años y está felizmente casada desde hace casi 14. Actualmente está enfocada de lleno en su carrera como escritora de novela romántica y cuentos de fantasía y ciencia ficción.